

000-1 (866) Sanchez
1938
72

MANUEL MARIA SANCHEZ

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO - ECUADOR
COLECCION GENERAL
NO. 6023 ENC. 1990
IMPRESO EN ECUADOR

0001315 - J.

POESIAS

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
ESTADOS UNIDOS AMERICANOS
NO.

QUITO — ECUADOR

TALLERES GRAFICOS DE EDUCACION

1 9 3 8

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N°

824 ▲

FECHA DE CONSTATAACION

30 DIC 1949

VALOR

s/ 40 0

CLASIFICACION

PROLOGO

DE NICOLAS JIMENEZ

I

En los primeros años del presente siglo, hubo en la Capital de la República un movimiento de expectación espiritual, como si los artistas, los poetas, los aficionados, en general, a las letras se encontraran frente a claridades abisurdas en el horizonte, en señal del advenimiento de alguien, de la llegada de un ser esperado, del arribo de un profeta que vendría a dar solución a muchos problemas, con una teoría nueva, con una doctrina desconocida de arte, con un principio de original estética.

En pequeño y con las proporciones relativas del medio, se reproducía exactamente en la Capital esa tensión de espíritu tan bien descrita por Rodó, en su famoso opúsculo *EL QUE VENDRÁ*; tensión que el insigne maestro uruguayo presentaba como la nota distintiva de los últimos años del siglo XIX, cuando las formas de arte ya no satisfacían a los maestros ni a las multitudes, cuando el ideal hasta entonces venerado yacía roto por los suelos y cuando se produjo en las inteligencias y en las almas un vacío desolador e inquietante.

Y así como el mundo intelectual quedó vanamente en espera de "el que debía venir", así también la intelectualidad ecuatoriana esperó en vano al deseado de las gentes.

Al recordar esa época o al volver a leer los Opúsculos de Rodó, siempre me he preguntado si efectivamente vino, revestido de alguna forma individual o colectiva, encarnado en un hombre o en una doctrina, envuelto en un sistema filosófico o en un principio político, ese espíritu renovador y fecundo que debía remozarlo todo, satisfacer la sed de los espíritus, calmar las inquietudes de arte y ofrecer nuevos horizontes al mundo de las inteligencias. Y, después de seguir el curso de los acontecimientos, desde el año de 1880 hasta hoy, he creído que no vino, que no se presentó el tantas veces esperado Salvador y Profeta.

Y fijó la fecha inicial de esa espera en 1880, porque después de la boga del naturalismo, escuela que se extendió a toda manifestación intelectual y de arte, ya Bourget en su "Ensayos de Psicología Contemporánea", publicados en 1883, hacía notar el vacío que se produjo en los espíritus y la falta de algo nuevo y más adecuado a las almas, que se dejaba sentir en todas partes, juntamente con el ansia siempre inherente al hombre, de reemplazar al ídolo caído con otro digno de la adoración popular.

Rodó, años más tarde, en 1893, se hizo el eco de las frases desoladas y tristes de Bourget, prueba inequívoca de que hasta entonces nada se había presentado con el carácter del Profeta universal, cuyo advenimiento se esperaba.

Y, aún ahora mismo, después del primer tercio del siglo XX podrían repetirse las frases elegíacas de Bourget y de Rodó, preguntándose todavía por EL QUE VENDRA; porque no fue el simbolismo en la lírica, ni las escuelas que le han sucedido desde el Futurismo y el Vanguardismo hasta el arte revolucionario de nuestros días, ni fue el bergsonismo en la filosofía, los que vinieron como elemento universal transformador y profundo a dar una dirección completamente nueva al mundo de la inteligencia y de las artes...

En Quito, la juventud que iba en busca de maestros, empezó por reunirse en pequeños cenáculos literarios, siguiendo la tradición acostumbrada. Disuelta pocos años antes la Sociedad Figaro, surgió un círculo adicto al librepensamiento, de acuerdo con las doctrinas radicales que entonces se difundían entre nosotros como una moda intelectual. No prosperó mucho tiempo este círculo juvenil. Desapareció, pero fue casi en seguida, reemplazado con la Sociedad Jurídico - Literaria que se fundó en

1902, por jóvenes universitarios, que cultivaban al mismo tiempo las letras y la jurisprudencia.

A los pocos meses de establecida esa sociedad, apareció la REVISTA del grupo y, desde el primer número, brotó una floración inesperada de talentos, que, andando los tiempos, según lo ha demostrado la experiencia, estaban destinados a ocupar los más altos puestos en la Administración Pública y en los tribunales de justicia.

Entonces asomaron cuatro poetas, verdaderos poetas, que hablaban el lenguaje de los dioses, que descubrieron esas bellezas que permanecen veladas para los que no lo son, y nos dieron la suprema revelación del arte.

Fueron en el orden de su aparición cronológica:

Gonzalo Zalumbide con su oda heroica **EL ANARQUISTA**; llena de rasgos precisos y valientes, trazados con arte magistral, con entonación pindárica, de aquel enemigo de la sociedad y de los gobiernos, que venía en alas del odio a reducir el mundo con dinamita a un montón de escombros: Alberto Gómez Jaramillo que se presentaba como poeta de índole diferente, suave, tierno, místico. Su poesía **STELLA MATUTINA** se cernía en el éter, participaba de la pureza de esa especie de estratocéfera, región a la que no llega ninguna de las emanaciones deletéreas del suelo; Alfonso Mostoso, que con **LOS ASERRADORES**, nos dió un cuadro campestre de tanta perfección que él mismo no lo hubiera hecho mejor, superándose, en ninguna de sus composiciones posteriores. Fue algo perfecto, inimitable, anuncio de una nueva escuela nacional y de una poesía regional de las serranías; y Manuel María Sánchez que con su primer canto **LOS EXPOSITOS**, abría en su pecho corrientes sentimentales, que no eran las de un trasnochado romanticismo, sino las de un género elegíaco original, que buscaba la belleza allí donde había dolor.

*
* *

Al cabo de un cuarto de siglo, transcurrido desde entonces, cabe preguntar: ¿qué se hicieron esos cuatro poetas? ¿qué fue de las modalidades que trajeron para la literatura nacional? ¿cuántos libros de poemas publicaron?

————— 7

¡Ah! de todos ellos no perseveró en el empeño literario sino Manuel María Sánchez, y, aún él, no con la constancia ni la entrega total al culto de las Musas que hubiera sido de desearse. Los demás callaron y han guardado obstinado y completo silencio. Gonzalo Zaldumbide se dirigió a la carrera diplomática y a la alta vida de corte. Siguió cultivando su hermosa inteligencia. Se dedicó a la crítica, al ensayo y a la novela, pero el lírico no volvió a dejar oír su voz. En ELOGIO DE BARBUSSE, LA EVOLUCION DE GABRIEL D' ANNUNZIO, RODO, EGLOGA TRAGICA, fueron sus obras posteriores, pero EL ANARQUISTA, quedó solo y aislado. Alberto Gómez Jaramillo se graduó de doctor en jurisprudencia, ejerció lucidamente su profesión, ocupó los altos puestos de Ministro de Hacienda y Ministro de la Corte Suprema y dejó que se apagaran sus cantos crepusculares. Ha escrito bastante en el periodismo y en revistas, pero huyendo adrede de la poesía. LAS ASIGNACIONES FORZOSAS, es el libro de pleno rumbo jurisperito que ha publicado. Es una obra magnífica, pero el polo opuesto de su canto STELLA MATUTINA. Alfonso Moscoso también se graduó de doctor en jurisprudencia y rehusando todo cargo público, ha tenido siempre abierto su estudio particular, distinguiéndose como asesor de recto criterio y delicada conciencia. Antes de entrar en el ejercicio de su profesión publicó tres ensayos poéticos, EL VIEJO DE LA ESQUINA, CANCION DE AÑO NUEVO y SUSPIRILLOS GERMANICOS. Fueron, como se dice, el canto del cisne, no volvió más al cultivo de la lírica. En vano, Julio E. Moreno, el mejor crítico de esa época, saludó con entusiasmo la aparición de LOS ASERRADORES; en vano, recordando lo que Leopoldo Alas indicó años antes a Campoamor y a Núñez de Arce, que introdujeron un amable realismo en sus poemas, le aconsejaba que siguiera el rumbo abierto en aquel cuadrito campestre que creaba la poesía autóctona de las serranías, que hiciera poesía nacional y que se cuidara de introducir demasiado elemento subjetivo en las escenas tomadas del natural. Moscoso calló y ha callado hasta ahora. Este sino que persigue a algunos poetas, que callan tempranamente, debe ser alguna fatalidad universal. Sainte-Beuve, en un solo verso, que se ha inmortalizado, aludió a ella. Habló del "poeta que muere joven, a quien el hombre sobrevive," pero en el Ecuador, parece que tuviera más frecuente

esa observación del gran crítico francés. Dura realidad! La lucha por la existencia, los deberes profesionales, vocaciones más acentuadas, la seriedad de la vida, las agitaciones políticas y tantas otras causas, matan al poeta en el corazón de los jóvenes de veinte años y dejan que sobreviva sólo el luchador, sólo el abogado, sólo el profesional, sólo el hombre práctico.

*
* *

Manuel María Sánchez fue una excepción. Como algunos de sus amigos, él también se graduó de doctor en jurisprudencia, abrió su estudio profesional, ejerció la abogacía; se entregó luego a las labores del periodismo de combate, se agitó en la política militante, fue perseguido, triunfó juntamente con su partido, subió a los más altos puestos de la administración, le nombraron Subsecretario de Ministerios, Rector del Instituto Nacional Mejía, tuvo a su cargo la cartera de Instrucción Pública, y, a su muerte, desempeñaba el cargo de Ministro Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. Vida agitadísima la suya. Casi no conoció el descanso, no tuvo tranquilidad, ignoró lo que era un reposo completo y estático. Y sin embargo en él, no murió el poeta, sobrevivió a todas sus labores ordinarias, se acompañó al ejercicio de tan variadas funciones y fue su mejor compañía en los años de lucha e inquietud.

Pero, su producción poética aparecía escasa: Composiciones patrióticas, saluciones a las naciones amigas en sus efemérides, poemas laureados en concursos públicos, elegías a la muerte de seres queridos y amigos íntimos, versos de circunstancias; todo esto brotaba de su pluma y todo esto era leído con avidez y admiración por el público, mas, siempre el bagaje asomaba escaso en cantidad, aunque fuera de admirarse que un hombre tan ocupado, cuyas facultades todas se dispersaban en diferentes sentidos, tuviese tiempo para las dulces emociones de la poesía.

La sorpresa fue grande, completamente inesperada y enorme, cuando sus deudos, pasada la impresión espantosa de su muerte, buscando papeles y los apuntes del esposo y del hermano, encontraron poemas manuscritos de todo género, en abundancia como para repartirla entre varios poetas y de tal variedad como si el muerto querido no hubiera tenido más ocupación que el cultivo de la lírica.

Y es que como el Emperador romano Numa y como el rey de las leyendas orientales, se había construido un refugio interior en el que se encerraba todos los días, después de las agitaciones prosaicas y ordinarias de la política y del ejercicio profesional, para desahogar en estrofas y poemas la intranquilidad que le perseguía todo el día, aquietando así su turbación espiritual, despojándose de resentimientos, librándose del escozor de los desencuentros y recobrando fuerzas para la lucha del siguiente día.

Sólo así se explica esa producción tan abundante, tan variada, tan diversa, que va desde la oda de alto aliento hasta el idilio, desde el poema condensado en virilias estrofas hasta el breve epigrama, desde la elegía hasta fragmentos de evidente improvisación, como esbozos de cuadros futuros.

Cabeía preguntar: ¿a cuál de las escuelas se afilió el poeta? ¿cuáles fueron sus lecturas favoritas? ¿cuál es su posición frente a la naturaleza? ¿cuáles de sus sentimientos individuales quedan vaciados de preferencia en sus poemas?

*
* *

El arte, en los cien años y más transcurridos desde 1830 hasta hoy, ha pasado por las más diferentes y profundas transformaciones.

Hace un siglo completo hallábase en pleno y reciente triunfo el romanticismo. En algún libro mío he dicho que el romanticismo fue el segundo renacimiento, para explicar su avasalladora influencia sobre las letras, las artes, las costumbres y la vida en general de la humanidad, la que tomó otro rumbo torciendo la corriente hasta entonces establecida. Pero acaso fuera mejor llamarle un contra-renacimiento. En efecto, el espíritu nacional de la literatura, sobre todo en Francia, se desenvolvía durante la Edad Media y años posteriores, en gozosa y casi infantil libertad, lleno de gracia, de vivacidad, de la alegría de vivir, dando vado a los íntimos sentimientos de la raza. La literatura de esa época reflejaba aquel espíritu y era presagio feliz de un hermoso florecimiento de las artes dentro de un ambiente enteramente nacional.

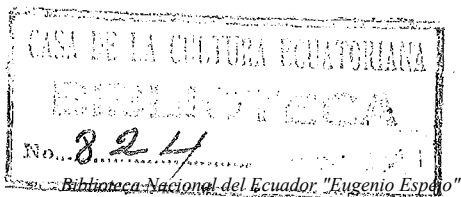
En tal estado sobrevino el llamado renacimiento; es decir la invasión del espíritu greco-latino, el ingerto del arte pagano en

el arte galo, la transfusión de la savia antigua en el cuerpo floreciente de una nación en pleno y vital desarrollo. La consecuencia fue el decaimiento del arte autóctono y el cultivo de aquel otro importado de siglos atrás. Este, mal comprendido y adaptado, de sereno y serio pasó, con el transcurso de los siglos, a ser seco y amanerado, convirtiéndose en cortesano y convencional. Con justicia mereció el calificativo de pseudo-clasicismo. Prolongado, con las debilidades propias de toda decadencia hasta 1830, no resistió los embates del romanticismo que triunfó ruidosamente en ese año, dejando suelta la corriente nacional, detenida y obstruída por el Renacimiento, y enriquecida con el aporte idealista, lírico y de ensueño, que constituía la nueva sensibilidad, traída por Rousseau y Burns.

Por desgracia el Romanticismo, por lo mismo que significaba libertad del espíritu y del arte en el más amplio sentido, al igual de lo que sucedió con la libertad en política, cayó en excesos y extravíos, e hizo necesaria una reacción. Esta se presentó, en la forma de un retorno a la antigua escuela clásica, resucitando sus caracteres más acentuados, la seriedad, la impersonalidad, la contemplación marmórea de los temas, el cuidado preferente de la forma, y advino así el parnasianismo que, si en el arte tomó este nombre, aliado en otros terrenos con la ciencia que entonces se creía dueña exclusiva del mundo intelectual, dió origen al positivismo, al predominio del documento humano, al dato experimental, en una palabra, al realismo y al naturalismo.

Como toda Escuela, ésta exageró también sus tendencias. En obligada reacción, se presentó una vuelta de los espíritus a las íntimas y más delicadas tendencias del romanticismo, a aquellas que más se habían adherido al recuerdo y sobrevivían en las nuevas generaciones. Y así apareció el simbolismo, modernismo o decadentismo como se lo ha llamado.

Fue acaso la primera, la más remota, la más espontánea tentativa de implantación de la poesía pura. Del documento humano, elemento insustituible legado por el positivismo, tomó lo que se ha llamado "El estado de alma", esto es, aquella disposición individual, aquella nota subjetiva diferencial, que el artista, mediante la introspección, descubre en su "Yo". Y se hizo moda que cada poeta se refugiase en ese asilo interior, en esa pequeña torre de marfil y desde allí contemplara los aspectos un tanto lejanos y fantásticos de la naturaleza, traduciéndolos



en una música especial de las palabras y los versos, relacionándolo todo con su estado de alma. Así se descartó de la poesía lo que no era esencialmente subjetivo y lírico; se le limpió de la didáctica, de la elocuencia, de los temas anecdóticos de leyenda, y se le redujo a la pura expresión del sentimiento individual. Monólogo interior se ha llamado a esta nota diferencial del simbolismo. Monólogo interior tan diferente del soliloquio, de aquel aparatoso exhibicionismo que predominó en los poemas y en el teatro de la escuela romántica; monólogo que acentuaba esa diferencia "sugiriendo" conceptos mejor que "expresándolos".

Fue breve el reinado del simbolismo. El poeta que, en vez de bajar a la plaza pública como en otros tiempos, se aisló en su torre de marfil, encontré inadaptado al ambiente de agitación, de cosmopolitismo y de febricitante movimiento que el inaudito desarrollo de las ciencias y las artes había creado a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Se creyó que la poesía debía ser hermana de las ciencias y acompañarlas en sus triunfos. El futurismo señaló a la ciencia esa nueva misión.

El predominio de este último fue aún más breve si es que puede hablarse de predominio. La guerra mundial se acercaba con sus alas de fuego y destrucción. En los cuatro años que ella duró, como consecuencia de los impulsos dados anteriormente, de esa busca de un ideal nuevo al que nos referimos al hablar de los primeros trabajos literarios de Rodó, y como una evasión del ambiente de pólvora, de incendio, de muerte y de destrucción que respiró el mundo, surgieron tres o cuatro escuelas literarias que hicieron pensar, ya en un retorno a lo más bello que hasta entonces había ostentado la lírica, como el llamado creacionismo, ya en el despeñadero en el fondo de un desequilibrio colectivo, como el dadaísmo.

Estas últimas escuelas, se agruparon bajo el nombre general de Vanguardismo, con un término de guerra, y duró también muy poco tiempo. La nota común a todas ellas fue acaso el descubrimiento de una segunda naturaleza tras el velo perceptible de la que hiere nuestros ojos y de la que todos contemplamos. El poeta vanguardista descubrió, más que en los tiempos gongorinos, nuevas relaciones entre los objetos creados. Parecía como si se hubiera abierto el subsuelo y de él hubieran brotado, crecidos ya y en pleno desarrollo, gérmenes hasta entonces

ocultos de las cosas. Era, en fin, como si un segundo ropaje se hubiera sobrepuesto al eterno verdor que siempre hemos contemplado, cubriendo la tierra y poblándola de seres, armonías, luces y colores nuevos.

Era como si la ley general de esa época, patente sobre todo en la técnica, el acercamiento de las distancias, se hubiera aplicado también a la poesía. El poeta vanguardista, encarnaba un objeto en la tercera o cuarta de las metáforas concatenadas bajo las cuales se le presentaba, salvando con un salto de la imaginación las metáforas intermedias, o atribuía a ese mismo objeto las cualidades que encontraba en la tercera o cuarta comparación con objetos que le eran semejantes, suprimidas así mismo las similitudes interpuestas. De ahí, por falta de conexión lógica y de expresión completa del proceso metafórico o comparativo, la extrañeza del nuevo estilo poético, que aparecía inconexo, forzado, ilógico, extravagante.

Como acabo de decir, a este procedimiento se le llamó la creación de una segunda naturaleza, el descubrimiento de nuevas relaciones entre las cosas, y con ese elemento estético se formó la nueva escuela artística que aún perdura en sus lineamientos generales.

El crítico debe comprender y explicar, aunque no siempre quiera ni deba justificar ni elogiar tales manifestaciones.

Para la época de la confusión, se apagaron los odios de la contienda mundial, sobre los campos de batalla cubiertos de heroicos huesos de millares de combatientes, brotaron las mismas plantas de los tiempos de paz y la luz de la vida alumbró a nuevas generaciones.

Legado de la guerra mundial fue el predominio actual del pueblo que fue infeliz antes de la guerra, que soportó lo más crudo y cruel de la fraternal contienda y que quedó aún en peores condiciones después de la guerra universal, diezmado, hambriento, inútil para el trabajo y la reacción.

El arte novísimo, reanudando la tradición de la lírica y la novela que en diferentes años bajaron hasta el pueblo y tomaron de él temas y argumentos, se exhibe ahora íntimamente unido al proletario, ya sea allí donde éste ha triunfado ruidosamente como en Rusia, ya sea allí donde continúa oprimido, subyugado y abatido. Es el arte revolucionario el que ahora se extiende y se cultiva como el producto de la post-guerra.

Como se observa, el arte, lo mismo que la ciencia, se realiza según la concepción hegeliana, por medio de reacciones, en que un elemento, acusadamente contrario al anterior, se une con él, combinando las partes que tienen comunes y dando lugar a un tercer elemento nuevo, que a su vez probará una antítesis suya, y así en adelante. No toda reacción significa un adelanto, ni toda etapa de esa evolución es un progreso; es simplemente un avance. Cuando las reacciones son fecundas, entonces sí las consecuencias constituyen otras tantas realizaciones positivas de lo que se llama progreso, o sea, elevación en grado o adelanto en el camino de la altura.

*
* *

Panoramas semejantes a éste, tenía en su cerebro Manuel María Sánchez. Por eso ocurre ahora preguntar: ¿a cuál de las escuelas se afilió? ¿a qué poetas leyó e imitó y siguió de preferencia? Pero antes de responder a estas preguntas acaso sea mejor, con la lectura de su abundante producción poética, señalar previamente, las notas que le son características, las que le dan innegable originalidad entre nuestros poetas, las que enaltecen su obra como una de las más notables de nuestro tiempo y las que le colocan en el corto número de los verdaderos y grandes poetas del Ecuador.

Estas son:

En primer lugar la forma casi siempre impecable. Es el artifice de la estrofa, el orfobre del verso. Casi en ninguna de sus composiciones, aún incluídas las primeras que escribió y aquellas otras de mero compromiso, trazadas a la ligera, se notan flojedad en las palabras, dureza en las voces, vacilación de ritmo dierisis o diptongos forzados, u otros defectos del idioma poético. Parece, o que por ahí ha pasado la labor cuidada y esmerada de la lima, con toda la riqueza que proporciona una larga experiencia y un consumado ejercicio, o que, en virtud de cierta disposición especial que sólo los verdaderos poetas poseen, la idea y la forma brotasen juntos, en un mismo acto de génesis mental, ajustándose o modelándose mutuamente

de tal modo que no se sabía bien si el ritmo sugería tal o cual idea o si ésta se encarnaba y traducía aquella expresión con preferencia a otra, por medio de una especie de selección natural;

En segundo lugar, un ritmo innato, una cadencia interior que parece que le sonaba constantemente al oído y que se intensificaba en los momentos en que se resolvía a escribir sus poemas. Esta cualidad es algo inexplicable para el profano, la poseen en toda su plenitud solamente los líricos de verdad. La llamo innata porque es la primera que espontáneamente indica a un hombre que el verso es el lenguaje en que debe hablar a sus semejantes. Es el signo distintivo con que alguien descubre que ha nacido poeta. Es una fuerza impulsiva que anima a cultivar el verso. De ahí una observación que me parece aplicable a todo poeta y que he descubierto también en Manuel María Sánchez: la selección de una estrofa preferida. A veces la inventa el poeta, a veces la escoge entre las ya usadas. En todo caso es la que le sirve para que exprese con facilidad en palabras bien medidas, en versos musicales, en estancias melodiosas, ese ritmo interior y acompasado que en mi concepto suena constantemente al oído del amado de las musas. Sánchez tuvo también su estrofa predilecta. La de cuartetos, compuestos de tres versos endecasílabos alternados con un heptasílabo, unas veces asonantados como romances y otras con rima perfecta. Feliz combinación, sobre todo si se tiene en cuenta lo que diré enseguida al hablar de la cuarta nota distintiva de este poeta. Esa estrofa parece hecha exclusivamente para él o por él. Se presta al tono suave de su voz, a las inflexiones de muchos de sus versos y al acento enteramente individual de su lírica; es la misma que usó Zorrilla de San Martín en su TABARE y que, en nuestro poeta, tiene belleza igual y parecida cadencia melancólica;

En tercer lugar su riqueza ideológica. No hay poema suyo que no encierre un concepto preciso, una idea definida, un pensamiento claramente expuesto. No es un poeta vacío, ni superficial. No es un poeta pobre de ideas. Por pequeñas que sean sus composiciones, por más que revistan la forma breve de madrigal y epigrama, por más que sean solo fragmentos para ser utilizados después, en todos ellos hay siempre una idea y no mera reunión de palabras ni ruido de consonantes y voces exóticas. Se impone aquí una obligada comparación: cada poema

suyo es como un pomito de perfumes, en el fondo se descubre siempre un aroma exquisito que es como un alma embriagadora que le da vida y consistencia. Y esta es una gran cualidad de los poetas, una cualidad rarísima. Los hay fecundísimos, que han dejado muchos volúmenes de versos, pero en ellos se encuentran pocas ideas. El mérito está en decir siempre algo y, por consiguiente, en no escribir poemas sino cuando se tenga algo que decir; y

En cuarto lugar la nota elegíaca, de una elegía concentrada. Hay elegía no solo en los poemas que brotan frente a la muerte, sino, en general ante el dolor. El dolor es acaso nuestro único patrimonio universal. Nadie ni nada escapa al dolor. Todo en la vida tiene su aspecto de elegía. Va por grados, desde el más pequeño, al que se resiste fácilmente, hasta el más agudo que nos atraviesa como una espada. El poeta elegíaco se dirige de preferencia a la contemplación del dolor humano en todos esos grados y aspectos. Parece que viera ante todo, o que solo viera, el lado triste de la vida, el color negro de las cosas, y ese velo tembloroso de llanto que rodea al mundo como una especie de penumbra. Y el poeta elegíaco encuentra allí la belleza para su arte, porque el dolor es bello, tiene la hermosura un tanto apagada de los crepúsculos. Ya he dicho en otra ocasión que la elegía no debe concretarse a lamentar la muerte de personas queridas, sino que debe abarcar el dolor en toda su extensión, en la forma de recuerdos, de reflexiones y de esperanzas.

Conviene aquí para justificar las expresiones que preceden y para exhibir en conjunto las cualidades personales que acabo de reconocer en él como notas de una originalidad manifiesta, transcribir siquiera fragmentos de varias composiciones suyas, que el lector puede encontrarlas en toda su integridad en las páginas que siguen a este prólogo. En estas breves transcripciones se observarán unidas, la cadencia rítmica interior, la nota predominante elegíaca y la maestría con que manejaba su estrofa predilecta:

Como muere, en la tarde, en la floresta
misteriosa y callada,
marchito ya su cáliz, y exhalando
su último aroma la azucena pálida;

cual sin murmullo espira y sin rumores
la ola tranquila y glauca,
que el marino huracán golpeó bravío,
en las arcas de desierta playa;

como alondra canora que, plegando
suavemente las alas,
da al aire su postrera melodía
y fenece en la fronda solitaria,

así murió la joven . . . Dulcemente
se desprendió aquella alma,
como del pecho plácido suspiro,
como del labio mística plagaría . . . etc.

(Una Lágrima)

Los que siguen, debieron tener de preferencia un acento épico, porque se refieren a una acción desgraciada de guerra en plena región oriental, entre fuerzas militares del Ecuador y el Perú; mas, el poeta, aparte de trozos de encendido patriotismo se detiene en las escenas de los patriotas que cayeron en las soledades de las selvas, aplastados por fuerzas superiores, ofreciendo en holocausto doloroso su vida en aras de la patria.

Del aura errante, que, gimiendo, pasa
por la pomposa selva,
del aura errante del frondal oscuro,
que solloza, al llevar las hojas secas;

de los extraños ecos melancólicos
que eternamente pueblan
la inmensa soledad de la montaña,
como voz de otros mundos mensajera;

de ese rumor de misterioso duelo
que alza naturalcza,
cuando, de Dios cual lágrimas, asoman
allá, en el firmamento, las estrellas;

del ruido que, en las flores peregrinas
de la feraz pradera
el rocío produce, en la alborada,
al desgranarse en brilladoras perlas;

y del ritmo de heridos ruiseñores
que en el ramal se quejan,
de las notas del triste solitario
y del acorde de torcaces huérfanas,

formar, para mis versos, una flébil
melodía quisiera
y entonar gemebunda una elegía
de plegarias dolientes y anatemas . . . etc.

(Entre las Selvas)

Véase ahora una composición genuinamente elegíaca, en que se nota, como en ninguna otra, los rasgos distintivos ya puntualizados:

Como una última nota,
como una nota suave y dolorida
de una arpa humilde, abandonada y rota
así ¡oh poeta! se extinguió tu vida.

Alma inmortal y fuerte
en cuerpo casi exangüe, alma serena,
pasaste del silencio de tu pena
al eterno silencio de tu muerte.

Cruzaste por el mundo en angustiosas,
negras horas crueles
llevando espinas y regando rosas,
bebiendo acíbar y vertiendo mieles.
No tuviste la audacia
de la suerte con su manto dolorido:
eras la poesía, eras la gracia,
pero nunca pudiste ser vencido! etc.
(El Final del Poeta)

Obsérvese de paso la incomparable belleza de las estrofas "A la memoria de los muertos en Angoteros y Solano". La descripción de las selvas, ese medio ambiente de los bosques orientales, de sus ríos, de las galas con que se adorna la naturaleza, podría intercalarse, sin que se notara sensible diferencia, en las páginas de Tabaré, o pudiera creerse que han sido extractadas de la grandiosa leyenda del inmortal poeta uruguayo.

Con las cualidades, ya apuntadas, tenía Sánchez las aptitudes suficientes para no ser mero imitador, sino original. Y lo es, en efecto. Recorre con libertad las escuelas, no se afilia a ninguna, no sigue servilmente las excentricidades ni copia el estilo de otros poetas, adopta el procedimiento que pide el tema que desenvuelve.

A veces se le creería parnasiano:

Un claro día del abril florido;
una mansión claustral, adusta y vieja;
un inculto jardín, tras de una reja,
que convida al reposo y al olvido;

una fuente que corre con un ruido,
fingiendo una plegaria o una queja,
y, oculta entre la fronda, una pareja
de jilgueros, besándose en un nido etc.

(Acuarela)

Berbiquí de cristales, desde la cima enhiesta
que al azul infinito alza la hirsuta frente,
saltando entre peñones, cantando alegremente,
desciende el claro río a la fexaz floresta.

El valle engalanado como para una fiesta
suave regazo ofrece al diáfano torrente,
se mira en el espejo de su pura corriente
y, entonces, la esmeralda de su color le presta ... etc.

(Río Verde)

A veces, romántico:

Cómo es de breve el tiempo, amada mía,
cuando estoy junto a tí; cómo quisiera
que todo lo fugaz de cada día
una infinita eternidad se hiciera.

Tengo ansia de vivir para quererte,
para sentirme tuyo, y me amilana
la visión de la ausencia o de la muerte
que nos podría separar mañana.

Bien sé que es este amor como una herida
que ha abierto en nuestras almas el destino;
pero es toda la vida de mi vida,
toda la luz que alumbra mi camino etc.

(Junto a tí)

Ya hay rosas en mi huerto,
y en silencio cada una se deshoja,
como tu amor ha muerto
para mi amor, ya no hay quien las recoja.

Y son frescas y bellas
y fragantes. Vertió, al romper su broche,
sus perfumes en ellas
el alma encantadora de la noche.

Las hermosó el rocío
con la vivida luz de sus joyeles
y destiló el estío
en los abiertos sépalos sus micles etc.

(La agonia de las rosas)

Otras se presenta como simbolista, con ligeros reflejos de la
poesía subjetiva y mística de Amado Nervo, el poeta a quien
había leído con más penetrante comprensión:

Noviembre. Nebuloso
el día. Gris el cielo,

gris, como si copiara
mi pensamiento.

Las montañas se envuelven
en un sudario inmenso
de nubes. Tristemente
llora el invierno.

Flota vaga tristeza
en torno. Como un cuervo,
bate en sus corazones
su ala el misterio.

Y mientras las campanas
doblan con toques lentos,
se hunde mi alma en profundo
recogimiento.

(Dos de Noviembre)

Cae la tarde gris, hosca y lluviosa
sobre mi corazón adolorido
como pesada losa
sobre una tumba que cavó el olvido.

Las sombras del crepúsculo —sudario
del día agonizante— entenebrece
el salón solitario,
donde la luz y mi alma desfallecen etc.

(Crepuscular)

Tedio, en mi torno tejes, como una negra araña,
los hilos invisibles de tu sutil madeja,
y mi alma nada anhela ni de nada se queja,
prisionera en tus redes, cual en cárcel extraña.

Bajo tu enorme peso, peso de una montaña,
que mi ser paraliza y sin brío me deja,
todo es uno y lo mismo Solo sé que me aqueja
un mal indefinible que me roe y me daña etc.

(El Anfora Vacía)

No le falta la nota nacional como **EN LA ERA**, cuadrito
gemelo de **LOS ASERRADORES**, de Moscoso:

Agosto. Mediodía. Reverbera
en el cenit el sol,
y el suelo de la era
arde, como si fuera
encendido crisol.

Y allí, en la tierra adusta, bajo el fuego
que abraza sin piedad,
un robusto labriego
trabaja sin sosiego
en ajena heredad.

Es joven y ágil. Sobre el cuello erguido,
su rostro de gafián,
como en bronce esculpido,
ha quedado gurtido
en las luchas del pan.

Al soplo de una ráfaga importuna,
en loca dispersión,
su cabellera bruna
flota, tal como una
melena de león.

El ancho tórax vigoroso y rudo,
tórax de luchador,
al mostrarse desnudo
se asemeja al escudo
que ciñe un triunfador.

El esfuerzo hincha el músculo; se empina
sobre los firmes pies,
y la parva culmina
con la opulenta hacina
de la bermeja mies.

Y sigue enhiesto el trillador. Azota
su torso al sol tenaz,
y el sudor, gota a gota,
cual de una fuente brota
de su tostada faz.

Y, en medio de esa calma soberana,
toca con lento s6n
una esquila lejana.
La voz de la campana
invita a la oraci6n.

Es la llamada del descanso. Empieza
la hora de la quietud,
e inclina la cabeza
el campesino y reza
en humilde actitud ... etc.

(En la Era)

Puede afirmarse que sus extensas lecturas de poetas favoritos penetraron en 6l, no como pautas o normas de imitaci6n, sino como un aporte m6s de cultura para la perfecci6n de su obra propia.

*
* *

Y aqu6 con venga tal vez contestar a aquellas dos preguntas formuladas anteriormente: ¿c6mo reacciona ante la naturaleza? ¿y c6mo vac6a en estrofas su pasi6n interior?

No se es poeta sin una actitud definida frente a la naturaleza. Hoy ya no es concebible el tipo del poeta de corte que ve el paisaje solo en pinturas murales; ni tampoco, del que se mantiene encerrado en sus castillos eb6rneos, sin aereaci6n, sin mirador a los horizontes dilatados. La naturaleza es el inmenso RESERVOIR, al que acudir6n siempre los poetas de todos los siglos y de todos los pa6ses.

Para presentar una imagen precisa, gr6fica y bella de las riquezas, que para el arte encierra ocultas en s6 la naturaleza y que solamente son percibidas por el poeta, hay que comparar a

la madre tierra, a esta madre fecunda y fecundante, con el aire ahora poblado de ocultas armonías por las emisiones de las estaciones radiográficas. El oído no las percibe. La simple audición del hombre no las capta. Pero tan luego como se instala un aparato especial y, debidamente acondicionado, cualquiera que sea el lugar en que se la sitúe, al punto se escucha las músicas y los cantos que giran en los átomos del aire, las voces y las palabras, los discursos y las noticias, que viajan en las ondas sonoras por todos los confines y en toda dirección. Se ha hecho sensible ahora, no sólo la armonía de las esferas, que se imaginaba oír Pitágoras al contemplar el concertado movimiento de los astros, sino esta otra armonía de las cosas, arte casi mágica, como si todos los objetos exteriores cantaran a la vez y poblaran los aires con sonidos musicales y bien concertados. Pero, para oírlos son necesarias ciertas condiciones que la ciencia ha creado en forma de antenas y aparatos receptores. Asimismo, la naturaleza visible es no tanto un depósito, que da la idea de un estado inerte, sino una fuerza germinadora, en constante creación de belleza que, sin embargo, no se manifiesta claramente a todos. Se mantiene en estado latente para la mayoría de nosotros y solo se descubre bajo la mirada de algunos seres privilegiados. Cada objeto es solo un aspecto de esa universal hermosura, asociado a los demás, que tienen igual misión reveladora. La sensibilidad del poeta es como la antena que capta esos aspectos y los devuelve en estrofas y poemas. Allí palpitan, selectas y ordenadas, las cosas del mundo sensible con la belleza parcial que les ha tocado en lote, y que componen la belleza una y grande del universo. El poeta debe, pues, darse cuenta de la realidad que le rodea para embellecerla o para recrearla o para trasladarla fielmente a sus estrofas.

Hay además un lazo común entre el poeta y la naturaleza. La tierra es arcilla inanimada; el hombre, arcilla animada. El parentesco es evidente. Puestos en presencia, uno frente al otro, el que es verdadero poeta ve en la naturaleza esa comunidad de origen, siente ese lazo hereditario, y advierte que una misma corriente de vida, en diferentes manifestaciones y grados, asoma por los objetos y las cosas exteriores y se exhala por sus propios labios.

La actitud de Sánchez es la del poeta que forma parte consciente de la vida universal y que busca lo bello en las formas

cambiantes de las cosas, en ese ropaje exterior de la divinidad, que dijo Goethe. Su procedimiento acostumbrado no es el de mera descripción. No es tampoco la ponderación hiperbólica de unas bellezas fantásticas. Ni es el sentimiento panteísta del alma que se diluye en el Gran Todo y que se siente, como la esponja en el agua, compenetrada de la vida universal por todos sus poros. Posee el instinto seleccionador de la belleza. No la busca afanosamente y en vano. La encuentra por feliz instinto, allí donde él pone su mirada. Vistas de la cordillera, valles extensos, playas risueñas, verdor de primavera perpetua, ímpetus bruscos de cascadas, ríos de corriente apacible, lagos que duplican las visiones de lo alto y de los alrededores, bosques seculares que se agitan con los cien brazos de sus ramas, todo esto lo ha visto él, lo ha encontrado bello, y lo ha reproducido con esa nota de hermosura que tiene en la creación.

Y ¿cómo expresa su pasión interior este poeta?

Una de las notas distintivas de todo lírico es la pasión. Por eso es esencialmente subjetivo, diferente del épico y del dramático; pero bajo el concepto genérico de pasión se encubre una gama íntegra de sentimientos. Averiguara, pues, cómo expresa su pasión interior un lírico es lo mismo que indagar cuáles son sus diversas tendencias y en que grado las posee. A veces se observa el predominio de uno de aquellos, con subordinación completa de los demás que aparecen débiles a su lado; otras veces muy raras, otros sentimientos se presentan en igual grado de fuerza y forma en las producciones literarias, una feliz combinación de temas diferentes hasta ser considerados como opuestos. Sánchez podrá ser calificado dentro de esa segunda y superior jerarquía. Lo que se llama pasión en un lírico, era en él una sensibilidad finísima, indeterminada en principio, que contenía viva su fantasía y despierto y pronto su ingenio, y que se producía al exterior de acuerdo con el objeto que directa e inmediatamente la hería y la solicitaba. De ahí la variedad y aún diversidad de manifestaciones en sus ideas poéticas y de tonos y estilos en sus poemas. Se le creería exclusivamente el poeta elegíaco, el poeta del pensamiento, porque en ese terreno sus estrofas son bellísimas, incomparables; pero se vacila en darle ese calificativo porque al propio tiempo se leen otras composiciones suyas, igualmente bellas, en que sus sentimientos ofrecen diferentes formas y aspectos: ya es el amante soñador

y ardoroso, ya el contemplador del paisaje embebido en la belleza que le rodea, ya el ingenio festivo que encierra en sus versos leyendas y cuentecillos, ya el admirador de los héroes de la patria, ya el cantor de sus grandes hombres, ya el intérprete místico de hermosos paisajes bíblicos.

Sin embargo, me atrevo a sostener que lo mejor y lo más original de su estro está en los poemas elegíacos y de presentimiento. Sencillamente diría que es el primero o el único de los poetas del presentimiento, que hemos tenido. Lo es en grado tal que acaso pudiera llamársele, con un neologismo, autoelegíaco, para designar esta actitud suya con que, en ciertos momentos de recogimiento interior, veía con ojos adivinos cercana la muerte y la llamaba, le tendía los brazos con afecto, le daba cita como a una persona amada, hacía una composición del lugar en que querría preferentemente dormir su último sueño y, como Santa Teresa, cuyos versos constan cual epígrafe de muchos de sus poemas, tanto era el placer que tenía de morir pronto que, por eso mismo, volvía a vivir con mayor resignación y energía.

Esa visita cercana de la muerte que se viene pronto y directamente a nosotros, ha sido la obsesión de algunos renombrados poetas. La Condesa de Noailles, para no citar más, era asediada de esos presentimientos, pero los evitaba con terror y se agarraba con ambas manos y con todas sus fuerzas a la vida y a la alegría para huir de esas visiones pavorosas. Sánchez, por el contrario, parece como que se gozaba dulcemente en diluir esos presentimientos con preferencia a todos los demás. En la composición **TARDE VIENES A MI**, dice: "En las tristezas de la muerte pienso —más que en los regocijos de la vida". Admirables expresiones en lenguaje vecino del amor, imágenes felices, frases de una entonación emocional exquisita, en torno, todo ello, del presentimiento de su muerte, pueden leerse en sus composiciones, **ME DORMIRE EN LA MUERTE, CUANDO EL OTOÑO EMPIEZA. AL FINAL DEL CAMINO, MORIR MORIR DORMIR EL PLACER DE MORIR, MORIR CALLANDO, EN LA PAZ DE LA HORA, LA NOCHE EN QUE YO MUERA, PARA LA HORA SUPREMA, TARDE VIENES A MI.**

Dije que su sensibilidad era de esas que mantienen a un mismo tiempo viva la imaginación y listo el ingenio. En efecto para comprobar lo primero bastaría leer **EL POEMA DEL**

PERDON. La escena que allí se describe pudiera ser trasladada al lienzo. Sánchez al igual que Llona en todos sus poemas, por la precisión de rasgos descriptivos, prueba que los artistas son hermanos entre sí y que las bellas artes —principalmente la pintura y la poesía— como lo simbolizaron los griegos, tienen lazos fraternales íntimos. En Llona, con plena justicia, se ha elogiado y celebrado porfiadamente, la fantasía con que, continuando por su cuenta, el desenvolvimiento de la idea de un pintor, por otro lado obscuro, escribió su famoso poema **LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS**, inspirándose en la composición del cuadro y en el simbolismo que de él se desprendía. Sánchez por otro lado, en vez de recibir tema de un pintor, lo da, explanando y amplificando aquel admirable episodio evangélico en que Jesús concedió el perdón a la mujer adúltera. Allí es tan viva la descripción, son tan precisos los rasgos, tan vivaz el colorido, que un pintor puede trasladar la escena a un cuadro. Y así son muchos de sus poemas descriptivos, principalmente aquellos en que interviene la persona del Jesús de los Evangelios, del dulce Rabí, como lo llamaba nuestro poeta. Véanse, como ejemplo: **PAZ?** y **NO HAY QUIEN ME CONSUELE!**

Sus sentimientos de patriota eran también vivos, personales y vehementes. Se ha observado que la poesía patriótica es la menos duradera de todas, por la sencilla razón de que ligada como está con acontecimientos y recuerdos históricos, la continua superposición de éstos va dejando a los pasados en el olvido y enfriando los afectos despertados anteriormente. A pesar de eso las composiciones patrióticas de Sánchez perdurarán porque tienen un más alto sentido que el de simple recuerdo de glorias pasadas. **PATRIA**, una de las más bellas, es nuestro segundo himno nacional. Se ha popularizado en todo el Ecuador, lo cantan en las Escuelas y se hermana perfectamente con la música del gran compositor nacional, Doctor Sixto María Durán. Si alguna vez —suposición baratísima— llegara a olvidarse el himno que todos sabemos, el himno del insigne Juan León Mera: "Salve, oh Patria! mil veces, oh Patria!..." lo reemplazaría ese otro himno no menos inspirado y hermoso de Sánchez: "Patria, tierra sagrada de honor y de hidalguía,— que fecundó la sangre y engrandeció el dolor"—

Por motivos diferentes, porque el valor, el ideal, guerrero, el espíritu nacional, el sacrificio del soldado, las glorias encar-

nadas en la bandera, están idealizados en el más alto grado que lo consigue la poesía, vivirán siempre sus poemas esencialmente patrióticos, SANGRE GLORIOSA, VEINTE Y CUATRO DE MAYO, CANTO DE LA SANGRE, OFRENDA A ESPAÑA, A QUITO, LOS CERVAUROS DE COLOMBIA, LA UNION DEL PORVENIR. En todos ellos era un poeta, el que con acentos épicos hablaba a sus compatriotas, acentuando su propio lirismo, sobre virtudes heroicas, usando ocasionalmente la forma artística del verso. Porque Sánchez no era solamente poeta. Fue también un escritor de primera fuerza. Su prosa tenía las más variadas cualidades de corrección, soltura, gracia, elocuencia, fuerza y brillantez.

Parcía su pluma cortada tanto para las grandes campañas políticas, como para las crónicas amenas y ligeras; así para las polémicas, no desde luego personales sino ideológicas, como para los resúmenes de hechos ordinarios transfigurados por el áticismo y la discreción. Fue su compañero de labores en muchas publicaciones diarias. Soy testigo de lo que afirmo. Fue un gran periodista en el amplio sentido de la palabra. Era jefe y Director. Indicaba rumbos y veía claramente a la distancia. Sugirió y orientaba. Desde mucho antes cultivó ese género periodístico que en la actualidad ha llegado entre nosotros a la perfección y cuenta con pocos pero selectísimos cultivadores: la crónica. Además de artículos editoriales y de fondo, le gustaba, en dos o tres columnas llamadas generalmente LA SEMANA, sintetizar y comentar los sucesos públicos y privados de los siete días últimos, en párrafos amenos y sueltos, en que la reflexión iba unida con la gracia.

Desde 1906, la crónica ha evolucionado de una manera brillante entre nosotros. Contamos en ese género con escritores dignos de figurar entre los mejores en la América. Basta hojear los diarios que nos vienen de fuera y comparar unas firmas con otras, unos pseudónimos con otros. Labor ésta que se halla al alcance de cualquiera, con tal que tenga criterio, buen gusto e imparcialidad.

En esa época la crónica aun estaba circunscrita y era un poco tímida. Ahora es vivaz, despierta, coloreada con los más diversos matices y "nuances", aguda, y su dominio es infinito. No tiene límites. Tiene carácter propio. Debe ser, en el fondo, amena, suelta, mariposadora. Pero pide prestado a todos los

géneros sus especialidades. A la poesía subjetiva le roba el lirismo; a la dramática, el diálogo; a la sátira, la vis cómica y le amargo de la invectiva; al epigrama, la brevedad; a la leyenda, los temas de tradiciones y anécdotas; a la crítica, la semblanza; y a la caricatura, el humorismo.

Sánchez fue uno de los precursores con sus crónicas semanales. Había otros y los hubo anteriormente. Pero no fueron tan perseverantes como él en el empeño. Después se ha formado un grupo de excelentes, amenos y muy leídos "croniqueurs" entre los cuales hay quienes recorren toda la escala de ese género; desde la semblanza hasta el calembour; otros la han aplicado admirablemente a los reportajes, con la descripción inimitable de personas y lugares; no pocos han resucitado lo mejor de las Charlas de Ernesto Mora, con el desarrollo de asuntos políticos; y no han faltado otros de admirable estilo, que han desenvuelto temas literarios y sociales, en frases cortadas, modernísimas, esencialmente impresionistas, con impresiones de un temperamento delicado.

De pluma abundante y fecunda. Verdadera pluma-fuente, para usar un tecnicismo mercantil moderno. Podía el solo llenar casi todas las planas de un diario, en una labor infatigable de unas cuantas horas seguidas. Conozco que éste no es un elogio excepcional. Pero lo hago constar porque es privilegio sólo de los grandes periodistas, de los diaristas de vocación, éste de la fecundidad. De la fecundidad en la variedad. No hay en estos tiempos, periodistas legítimos, grandes, sin las virtudes de la prontitud en la concepción de ideas, planeamiento rápido de artículos, selección de temas oportunos y variedad de talento para diferentes secciones. Sánchez tenía de todo esto. Se producía sin levantar la diestra de las cuartillas; ni la cabeza, del escritorio. Estaba siempre como enajenado cuando se preparaba cada número de un periódico.

Era también orador parlamentario. Sereno, agudo dialéctico, pronto para la réplica y de palabra fácil. En Congresos y en Asambleas sus improvisaciones eran felices y abundantes. Sostuvo discusiones porfiadas con adversarios muy bien preparados, igualmente elocuentes, firmemente convencidos de su credo, hábiles en la exposición y refutaciones, dignos de medirse con él.

Y fue también un estadista y un político que dejó recuerdos impreciosos de su paso por los rectorados y ministerios. Des-

cuicirto por ese perspicaz político y gran concededor de hombres, que se llamó General Leonidas Plaza G., ocupó en edad temprana el Ministerio de Instrucción en 1914 y desde entonces todas sus actividades como hombre público se dirigieron a mejorar la educación de la juventud y de la niñez levantando edificios escolares, espléndidos colegios de enseñanza secundaria, contratando misiones pedagógicas alemanas, elevando y ennobleciendo el nivel cultural del profesor.

En lo privado fue un amigo y compañero inmejorable. Un perfecto caballero; noble en su trato, leal en su conducta, consecuente, desinteresado y de una proverbial amabilidad. Con él se gozaba de la dicha de ser joven. Ingenioso, jovial, epigramático, decididor, y por otro lado, resuelto, valeroso, firme. Pero ¡raro contraste! era también melancólico, tal como aparece en sus más hermosas poesías, y, tal como su alma se nos exhibe ahora en las mejores páginas de este libro. Debí tener horas de meditación y recogimiento. Puede ser que sea verdadera aquella teoría de lo subconsciente, que divide al hombre de modo que la parte que constituye el fondo de su ser quede reservada para las intimidades del hogar y de la amistad, en las que el cariño se desborda y el espíritu se transparenta.

Porque el hogar, el llamado dulce hogar por los ingleses, tiene esa virtud. El hombre allí se siente a sus anchas, en la amable expansión de todo su ser, en el despliegue interior de sus innatas facultades y aptitudes.

Así, como al refugiarse en él, después de las agitaciones profesionales, después del bullicio y confusión sociales, se cambia de vestimenta, se arroja todo lo etiquetero y todo lo de moda, así también en la región de los afectos y sentimientos, para el hogar se deja lo más íntimo, en una especie de nudismo espiritual, lo más ingenuo, lo más propio, lo idiosincrático, lo básico, lo más conatural con el yo. Y este substractum en el artista, en el poeta subjetivo, no se por qué relación misteriosa aún e inexplicable tiene un matiz, un aspecto, un dejo de tristeza y de melancolía. Acaso es porque la dicha apurada en esas horas nos habla más que nunca de la brevedad de la vida, de la inconstancia de la felicidad, de la sombra eterna que se acerca, como envidiosa, a pasos silenciosos, pero incansables, adelantando su pie, con cada minuto que se oye, con cada segundo que apenas se distingue en el volar del tiempo; acaso porque en-

tonces el alma, por otro fenómeno curioso, gusta de la retrospectión, vuelve la mirada atrás y saborea lo tenuamente amargo del recuerdo.

Es lo cierto que esto que acabo de denominar nudismo espiritual es lo que ha valido para que poetas y artistas en general produzcan obras inmortales y para que Sánchez se incluya en ese número como lo prueba esa serie de poemas que podrían llamarse autobiográficos.

Me he desviado de mi objeto que era solo el de entregar al público este libro, compuesto por un poeta de verdad, por un gran poeta, que ocupará uno de los más altos puestos en ese parnaso ecuatoriano, en cuyas alturas no es desconocido, ni será nuevo el nombre que llevó en vida el malogrado amigo. Allí, en lo alto, ya resonó el nombre de otro poeta, progenitor de Manuel María, el insigne maestro de juventudes, don Quitiliano Sánchez, y ha resonado también el de otros vástagos de ese mismo ascendiente, que por atavismo heredaron el don de la poesía y del cultivo del arte.

Los lectores se convencerán de que solo he hablado la verdad, no he abultado hiperbólicamente nada y me he ceñido a la imparcialidad.

NICOLAS JIMENEZ.

Guayaquil Junio de 1937

PORTADA

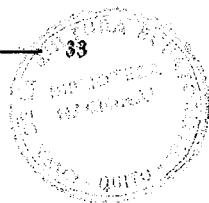
Será este el libro de mis horas tristes.
Dejaré en cada página,
con la huella sangrienta de la herida,
un pedazo de mi alma.

Dietario de dolor, serán sus hojas
como fuente sellada,
donde broten las penas de mi vida,
ignotas y calladas.

En él encontraré al único amigo
que ni miente ni engaña;
le contaré mis íntimos sentires
y mis secretas ansias.

Le buscaré cuando me asalte el tedio,
le hablaré en voz muy baja,
y será como un vaso peregrino
donde vierta mis lágrimas.

33



E P I C A S

PATRIA

(Recitación escolar)

Patria de mis ensueños, tu nombre soberano
es como el sol, despidе calor y claridad,
y no hay una palabra que en el lenguaje humano
tanto como ella exprese dulzura y majestad.

Patria, tu nombre vibra, vibra cual una nota
de una maravillosa y divina canción,
cuando, como la cifra de mis amores, brota,
aun más que de mis labios, de aquí, del corazón.

Patria, tu nombre tiene para mí una fragancia
primaveral y suave, deliciosa y sutil,
y, al pronunciarlo, creo que se enflora mi infancia
con todos los rosales con que sonríe Abril.

Luz, y ritmo, y perfume, compendio peregrino
de cuanto hay en la vida de amable y seductor,
si traducir no puedo lo que eres, te adivino
en el azul del cielo, en el trino, en la flor.

Te admiro en la blancura de la alta cumbre austera
que eligen los condores para hacer su nidal

y en tus valles jocundos de eterna primavera,
donde enrojece el fruto y se dora el trigo.

Estás en cuanto yo amo y estás en cuanto anhelo,
en el santuario oculto de mi bendito hogar,
en todo lo que es canto y en todo lo que es vuelo.
¡Hasta en mi sangre ardiente te siento palpar!

Patria, tierra sagrada de honor y de hidalgía,
que fecundó la sangre y engrandeció el dolor,
¡cómo me enorgullece poder llamarte mía,
mía, como de madre, con infinito amor!

Por tus cruentos martirios y tus dolientes horas,
por tus épicas luchas y tu aureola triunfal,
por tus noches sombrías y tus bellas auroras,
cúbrenos siempre, ¡oh Patria!, con tu iris inmortal.

Bajo la sombra augusta de tu glorioso emblema,
que es sobre nuestras frentes como una bendición,
hará nuestra inocencia, cual oblación suprema,
el ara de tu culto, de cada corazón.

24 DE MAYO

I

Arriba, en el azur del firmamento,
en la extensión sin fin, diáfana y pura,
el incásico dios arde y fulgura,
como fulge en el hombre el pensamiento.

Abajo, del volcán sobre el asiento,
lidiando, cual condores en la altura,
dos nobles pueblos que, en igual bravura,
son de la Gloria y del Valor portento.

Y ante la augusta esplendidez del ciclo—
mudo testigo del humano duelo—
y ante esa lucha homérica que espanta,

del Tiempo y del Pasado en la honda tumba,
la vieja Monarquía se derrumba
y el Genio de los libres se levanta.

II

Oh! indomables y heroicos luchadores:
que, en roja sangre, tintas las espadas,
del Derecho en las épicas jornadas,
caísteis, como egregios gladiadores,

hicisteis de la noche y sus negros
brotar resplandecientes alboradas,
pueblo viril de ideas levantadas
de un pueblo de oprimidos y opresores.

Salve a tí, Patria mía! en luz inunda
tu tierra ecuatorial noble y fecunda
de Mayo el sol que ardiente centellea.

Patria! sé digna de tu excelsa historia
y camina hacia el templo de la Gloria
entonando los himnos de la Idea.

1906.

LOS CENTAUROS DE COLOMBIA

Galopan los centauros, con un galopar loco
que desafía al viento y hace temblar la tierra.
Vienen de las distantes playas del Orinoco
y es Libertad! su grito formidable de guerra.

Escalaron los Andes como rudos titanes,
y el sol y la nevasca les curtieron las pieles;
descendieron al llano como los huracanes
y en cien ríos diversos bebieron sus corceles.

Su desnudez compite con la de los aceros
que esgrimen en la diestra — garra robusta y fuerte—
y, así, la lucha empeñan, arrogantes y fieros,
riendo del peligro y retando a la muerte.

Tienen un bello culto: la Patria y la Bandera;
un alto y noble orgullo: su brío y su pujanza;
un amigo: el caballo, y una fiel compañera
a la que no abandonan: la poderosa lanza.

Nada detiene el ímpetu de su valor y nada,
en la lidia sangrienta, resiste a su coraje.
Aun aquellos magníficos guerreros de la Iliada
habrían a su audacia rendido un homenaje.

Un día, ante el Apure, Bolívar, poseído
de angustia, vanamente el horizonte escruta.
El paso de sus huestes el río ha detenido.
y no aparece un mástil por la líquida ruta.

Páez que le contempla, aquella inquietud nota;
hay un fuego sagrado que en sus miradas brilla,
y dice: "No ha llegado la colombiana flota?
Pues bien, el enemigo nos dará su escuadrilla."

Se mecen en las aguas tres naves españolas,
que señala a Aramendi allá, en lontananza;
la empresa ordena, y, luego, saltan sobre las olas
los desnudos jinetes con la desnuda lanza.

Son apenas cincuenta, pero aquellos cincuenta
valientes legendarios, de potente coraje,
en quienes una llama de heroicidad alienta,
se arrojan con locura sublime al abordaje.

Aventura tan rara no contempló la Historia
ni las edades vieron denuedo semejante!
Aquel puñado de hombres conquistó la victoria
e izó sobre la presa el lábaro triunfante.

Otro día esos bravos guerreros sin segundo,
esos bravos que hicieron virtud de la fiereza,
realizaron, llenando de admiración al mundo,
la más extraordinaria y espléndida proeza.

Eran ciento cincuenta centauros contra miles
de españoles. Ufano, aguerrido, altanero,
armado de cañones y armado de fusiles,
frente a ellos se mostraba un ejército entero.

El Arauca impetuoso a unos y otros separa;
mas ¿quién opone vallas al épico heroísmo
del lancero? Al contrario divisan, le hacen cara
y lanzan sus caballos al pavoroso abismo.

Llevar en la cabeza las sillas, en la mano
la lanza amenazante y prepotente, enhiesta,
y, así, con un arranque soberbio y soberano,
en pelo en los caballos, ganau la orilla opuesta.

Se oye el estrepitoso galope en la sabana,
y los clarines sueñan y el ronco tambor bate,
en el campo realista. La fuerza castellana
se encuentra preparada para el feroz combate.

Los llaneros veloces llegan a toda brida
al sitio en que, seguro, el enemigo acampa;
provócale a la lucha; luego, fingien la huida,
y al adversario atraen a la propicia pampa.

Y, entonces, bruscamente, con singular destreza,
se vuelven, como tromba, en raudó torbellino,
y atacan cuerpo a cuerpo con la lanza, y empieza
el choque formidable, olímpico, divino.

Qué encuentro aquél, qué impulso, qué terrible batalla,
que oscurece a las gestas inmortales de Homero!
Todo lo desbarata y todo lo avasalla
ese puñado de hombres, con el hiriente acero.

Cuatrocientos hispanos pasaron a cuchillo,
cuando cayó la noche sobre ese llano, tinto
de sangre. Ante él, absorto, contemplaba Morillo
cómo se iba eclipsando el sol de Carlos Quinto.

Bolívar el Inmenso los aguardaba y cuando
supo de aquella hazaña, añadió a sus banderas
el nombre de una excelsa locura: San Fernando,
y el nombre de una audacia sublime: Las Queseras.

Así, con este brío, quebrantarón cadenas
conquistaron ciudades y formaron naciones.
Con vino de sus vidas, con sangre de sus venas,
fecundaron el surco de las liberaciones.

Nada igualó al empuje de sus brillantes cargas
y no padeció nunca su intrepidez desmayo.
Alud rugiente fueron en Pantano de Vargas
y en Junín, encendido y fulminante rayo.

Lanceros de Aramendi, húsares de Cedeño,
laneros de Monagas y Rondón y Zaraza,
vuestros hechos parecen un fantástico ensueño
y raza de titanes o dioses vuestra raza.

Del océano a los Andes, en fúlgida carrera,
fuisteis lo inverosímil hecho carne, hecho historia,
realidad palpitante de una extraña quimera,
la fuerza hecha ideales, el vértigo hecho gloria.

Blanquean vuestros huesos en cien campos de lides
y, con estos despojos, los de vuestros corceles;
pero un día, algún día, oh! heroicos adalides,
brotarán de esos huesos cien bosques de laureles.

OFRENDA A ESPAÑA

EN EL XCVII ANIVERSARIO DEL 10 DE
AGOSTO DE 1809

Digno blasón de un vasto continente,
hoy el Arte, en la piedra inmortaliza
la obra con que la Patria simboliza
la página más bella de su Historia:
Pueblo del Diez de Agosto, reverente,
yergue la altiva frente
donde irradian los rayos de la Gloria!

Poetas, despertad! resuene el verbo
de unión y de esperanza;
el canto triunfal brote,
no el que fustiga al déspota protervo,
cual formidable, infamador azote,
en nombre del Derecho,
sino el verbo de luz, siempre inspirado,
ese verbo que crea
un mundo de verdad en cada idea,
una hoguera de amor en cada pecho.

Ya los odios pasaron; se extinguieron,
oh Patria! los rencores de la lucha
y en tus sonoros cánticos triunfales
de alegría suprema,
ni vibra el anatema,
ni la iracunda imprecación se escucha.

Justicia es que la edad los odios borre!
El viejo tiempo, cual raudal sonoro,
si, allá, en su origen, enturbiado corre,
más se depura mientras más avanza
y cuando al fin se lanza,
de gratas armonías entre el coro,
en el inmenso cauce de la Historia
va dejando la escoria
y sólo lleva las arenas de oro.

No será voz extraña
la voz del bardo, oh dulce Patria mía!
si en sus versos invoca en este día,
como ofrenda de amor, para cantarte,
el nombre augusto de la augusta España,
porque admirar a España es admirarte.

Oh España! la heredera del latino
y colosal imperio,
que, rasgando los velos del Destino,
arrancaste al misterio
la Atlántida soñada
a la que hoy tienes los amantes brazos;
cuando al rencor de lucha encarnizada
han reemplazado del amor los lazos;
cuando a la bella América preciada
hoy tan sólo domina
tu sonora lengua peregrina,
hacia mi Patria vienes,
envuelta en pabellón de rojo y gualda,
de tu hija por ceñir sobre las sienes,
como prenda de unión, una guirnalda.

Del Diez de Agosto el triunfo soberano
es triunfo tuyo, la victoria tuya
de aquellos generosos redentores
del mundo americano;
que es justo que la rama restituya
al tronco en que nació, savia y vigores.
Del blasón solariego
que, con tu raza, nos legaste un día
noble y heroica Iberia, no reniego;
ni renegar podría
al recordar que tu épica grandeza
de las luengas edades a despecho
admira el universo todavía;
por eso, altivo, ufano,
siento inflamado de entusiasmo el pecho
y hasta orgullo al llamarme castellano.

Siempre será más noble en su locura,
el Quijote, demente sin segundo,
en lucha con las aspas del molino,
que aquel ideal mezquino
que hacer intenta, en su codicia impura,
un mercado del mundo.

En los excelsos hechos de tu historia
América ha aprendido
los triunfos a aspirar, a amar la gloria,
a vencer a la Suerte y al Olvido.
Fuiste tu luchadora, y luchadores
hubimos de nacer ¿cuándo del nido
de los altos condores
se han alzado los cuervos?
¿cuándo, di, un pueblo libre engendró siervos?

Indigno de tu stirpe, de ese brío,
que página inmortal grabó en Numancia,
se llamaría, Iberia, el pueblo mío
si, al yugo dócil la cerviz, no hubiera
con legendaria, olímpica arrogancia
el cetro ya caduco de tus reyes

trocado con el cetro de las leyes,
a cuyo amparo la virtud impera.

Y, a través de los tiempos, llegó la hora
esa hora inevitable que el Destino
va a los pueblos marcando en su camino
con hondas convulsiones.

¡No hay noche sin aurora,
no son eternas, no, las opresiones
ni es eterno en los pueblos el desmayo!
Cual fiat de verdad, levantó Quito
clamor de redención, y fue ese grito
el eco colosal del Dos de Mayo.

La América, tu América, sentía,
de tu arrojo heredera,
aquellas rebeldías singulares
que hicieron inmortal la audacia ibera.

Y, ya núbil y fuerte
y libre ya, podía
en su suelo formar nuevos hogares
disponer, a capricho, de su suerte.

Y fue aquella contienda,
eterno asombro de la edad futura,
digna de ser, por su épica bravura,
cantada por la homérica leyenda.
No baldón, alto triunfo, egregia España,
son para tí tan legendarias hieses,
que aquel luchar heroico e iracundo
fue, hazaña tras hazaña,
la titánica lucha de dos Cides
que disputaban a porfía un mundo.

Ya el odio está extinguido!
hoy la española raza
con los estrechos vínculos se abraza
del comercio, y la paz y el pensamiento.
Tu gloria ha renacido,
que, con noble ardimiento,
la Atlántida felice se levanta.

y, con paso seguro,
gentil y esplendorosa se adelanta
a la conquista excelsa del Futuro.

Oh, España! si abatida
has contemplado extinto
el fulgor de ese sol de Carlos Quinto,
que te alumbró con luz indeficiente,
no estás al peso del dolor rendida,
pues sabes que ese sol de tu alma gloria
si es que tuvo su ocaso ya en tu historia
hoy tiene, aquí en la América su oriente;
y, en tu raza mirando el alto brio
de tu pasado de esplendor, ufana,
puedes decir: "el porvenir es mío,
que América gentil es castellana!"

Morir no puedes tú, porque no cabe
que, cobarde, sucumba
quien escribir en sus anales sabe
los nombres de Sagunto y de Pavía.
¡Los pueblos como tú no tienen tumba!

Si la fortuna impía
quiso abrirle un abismo
por mano del enfado fanatismo,
del dolor depurada en los crisoles,
hoy que la sombra del error no empaña
el astro de la Idea, que ilumina
con resplandor de soles,
los pueblos de la América latina,
pueblos que forman una nueva España,
te saludan a tí, oh España nueva!

Ya no eres hoy extraña
a nuestros populares regocijos;
que te honras a tí misma, hidalga España,
al honrar a tus hijos
¡Qué hicieron los heroicos redentores
de mi Patria, entregándola en ofrenda,
su sangre generosa,

sino seguir la senda
de aquellos indomables luchadores
de Bailén, San Marcial y Zaragoza?

No puede ser cobarde
quien en sus venas siente
arder, cual lava de un volcán, hirviente,
la sangre de Daois y de Velarde.

Patria mía, serena
resplandece tu frente vencedora,
mientras el himno del Trabajo suena
con vibración sonora,
del Trabajo que el alma purifica,
que, ya regando germen, ya sudores,
las fuentes de la vida multiplica
y, en las arduas labores,
la natura fecunda y vivifica.

Qué son, augusta Iberia, los fulgores
con que el progreso aureola
la altiva frente de la Patria mía
sino las joyas que Isabel un día,
con nobleza de reina y de española,
arrancó a la corona de su imperio,
para pedir al insondable océano
ese vasto hemisferio,
velado por las sombras del arcano?
Oh Patria, salve a ti— si es que aun purpura
tus dilatadas y fecundas vegas
la sangre de la guerra fratricida
que brota aún de la entrecabierta herida
si es que ayer, de la lucha en los rencores,
gastaste tus vigores,
hoy que libre despliegas
al viento tus pendones soberanos—
a cuya sombra, muertas las pasiones,
no enemigos se encuentran, sino hermanos—
el arma vil de los Caines deja,
trácala afuera en la robusta reja
que abre el surco férax a la simiente

A CHILE

Chile! todo en ti es grande! En ti palpita
soplo de eterna juventud bendita;
tu alma está hecha de flamas de volcanes
y eres reencarnación de los titanes
que escalaron la bóveda infinita.

Te guardan como inmensos valladares,
los Andes, formidables atalayas,
y entonando olímpicos cantares
de resonancia inmensa, van dos mares
para besar tus pies, hasta tus playas.

Los cóndores te dieron su alto vuelo
y su angusta fiereza el océano,
su fuerza el rayo, su esplendor el cielo
y, así, formado, en alas de tu anhelo,
vas a las cumbres del Progreso humano.

Fue cuna de tu pueblo la Victoria,
y de la limpia legendaria historia
con que tu orgullo nacional se ufana
fue la primera página de gloria
una epopeya ilustre: la Araucana.

El germen de sublime rebeldía
te trasmitió Lautaro, su hidalgúa
la raza de Pelayos y sus Cides,
y naciste al clangor de épicas lides,
armado como Palas nació un día.

Hoy que brillan con luz más esplendente
los blasones ilustres de tu escudo,
yo que nunca incliné mi altiva frente,
pueblo viril y excelso, te saludo,
y ante tí me descubro reverente.

Cuando, en tu negra noche de dolores,
irradiando tus rayos salvadores
brilló por fin, tu salvadora estrella,
trocaste en anatema tu querella
y retaste a tus duros opresores.

Pueblo indomable y generoso, fuerte
como el acero que templó la fragua,
tú desafías a la adversa suerte
y vences al destino y a la muerte
como en la roca heroica de Rancahua.

Digno eres de tí mismo y de tu gloria,
tu anhelo el ideal solo acaricia
y no es, con mengua de tu clara historia,
tu augusta libertad farsa irrisoria
ni vergonzoso escarnio tu justicia.

Un pueblo como tú no degenera;
aún tu enseña sagrada, tu bandera,
conserva el esplendor glorioso y noble
que le dieron O' Higgins y Carrera
en Maipo, en Chacabuco y en el Roble.

Libre puedes llamarte, desde el día
en que gritaste, altivo, ¡no hay tiranos!
que si alguno se alzara todavía,
como Hércules a una hidra, lo ahogaría
al poderoso esfuerzo de tus manos.

Alienta heroico corazón tu pecho
y tras las tiranías que has deshecho,
poder no hallaste que tu brío tuerza,
que hasta el mismo derecho de la fuerza
lo formas con la fuerza del derecho.

Mi admiración oh! Chile es más ferviente
que al contemplar tus épicas hazañas,
al mirar que el sudor baña tu frente,
abriendo el hondo surco a la simiente,
con el tren escalando las montañas.

Has colgado ya el arma vengadora
en tu hogar, do la paz, la alma paz, mora,
y esgrimiendo en tus manos otro acero,
emprendes la jornada redentora
en el taller humilde del obrero.

Salve, héroe del trabajo, tú que erguida
levas la frente del laurel ceñida,
y por las sendas del Progreso avanzas
entonando el gran salmo de la Vida,
el himno de las dulces esperanzas.

El Ecuador que su amistad sincera
te juró por su espada y su bandera,
para su afecto leal de noble hermano
no encuentra en la distancia una barrera
y te clama en tu triunfo ¡Soberano!

Y hoy que brillan con luz más esplendente
los blasones egregios de tu escudo,
yo que nunca incliné mi altiva frente,
pueblo viril y excelso, te saludo
y ante tí me descubro deverente.

Setiembre 18 de 1908.

BOLIVAR

Héroe, Libertador, mártir y genio,
grande entre los excelsos, su figura
llenará de los siglos el proscenio,
más y más aumentando su estatura.

Múltiple y colosal; vasto y profundo;
cerebro como el sol— fulgor y brasa;
corazón gigantesco, como el mundo,
las humanas virtudes sobrepasa.

Los Andes, que temblaron en su asiento,
al paso de los épicos centauros,
serán su perdurable monumento;
sobre ellos se alza con eternos lauros.

Y, para hacer su gloria indeficiente,
para que siempre en las edades viva,
no faltará un menguado o un demente
que ose al astro arrojarle su saliva.

Sigue el astro su curso; el torpe insulto
a perturbar su majestad no alcanza
La blasfemia es, también, forma del culto
y ofrenda para el dios a quien se lanza!

SANGRE GLORIOSA

(Recitación escolar, en homenaje a los
Héroes Ignotos)

Sangre de los anónimos guerreros
que en sus anales olvidó la Historia
tú empurpuraste, un día, los senderos
que recorrió la Gloria.

Sangre de sacrificio, en inexhausto
venero de virtud, fuiste vertida
y, en la sublimidad del holocausto,
de tí brotó la vida.

Vino de las vendimias de la Muerte
escanciado en el valle y en la sicra,
en su profunda entraña al absorverte,
se fecundó la tierra.

Y, convertida en savia milagrosa
y hecha del todo universal sustancia,
eres miel en el fruto y en la rosa
eres suave fragancia.

Sangre de innominados campeones
regada en legendarias aventuras,
aún palpitas en nuestros corazones
para lides futuras.

ENTRE LAS SELVAS

A la memoria de los Muertos en Angoteros y Solano

I

Del aura errante, que, gimiendo, pasa
por la pomposa selva,
del aura errante del frondal oscuro,
que solloza, al llevar las hojas secas;

de los extraños ecos melancólicos
que eternamente pueblan
la inmensa soledad de la montaña,
como voz de otros mundos mensajera;

de ese rumor de misterioso duelo
que alza naturaleza,
cuando, de Dios cuál lágrimas, asoman
allá, en el firmamento, las estrellas;

del ruido que, en las flores peregrinas
de la feraz pradera
el rocío produce, en la alborada,
al desgranarse en brilladoras perlas;
y del ritmo de heridos ruisiñores
que en el ramal se quejan,
de las notas del triste solitario
y del acorde de torcaces huérfanas,
formar para mis versos una flébil
melodía quisiera
y entonar gemebunda una elegía
de piegarias dolientes y anatemas . . .

II

Con su corona de eternals nieves
se alzan las cordilleras
y se yerguen allá, en la lejanía,
cual formidables, mudos centinelas.

Y más allá, prodigio que ocultara
en su seno la América,
la región del Oriente se dilata,
el edén ignorado de mi tierra.

Allí está el bosque secular: la palma
y el AGUANO, y la ceiba
y el cedro, que levanta su ramaje
desafiando terríficas tormentas.

Allí el desierto sin confín, en donde
gime naturaelza
y el silencio infinito, que interrumpe
sólo la voz de Dios, la voz eterna.

Allí los ríos, que rompiendo pasan
formidables barreras,
y al Marañón caminan entonando
los colosales himnos de las selvas.

Allí, en la arcana soledad, cual nido
de águilas altaneras,
casi oculto en las verdes frondaciones,
un caserío rústico se asienta.

Y murmullos de voces ahí se escuchan,
murmillos que despiertan
a las aves salvajes que, medrosas,
de ese contorno a otra región se alejan.

¿Quiénes son los que aquel rincón obscuro
habitan de las selvas?...
Son los soldados de valor heroico,
son los soldados de la Patria nuestra!

Allí aguardan la muerte, como aquellos
guerreros de la Grecia,
que, con grandiosa y épica osadía,
firmes, el paso al invasor le cierran.

Son de temple de acero aquellas almas,
su corazón no tiembla;
ni el peligro jamás les intimida
ni del contrario la acechanza artera.

Acá, en los Andes, el hogar dejaron
y el alma en él, cual prenda;
acá, madres, esposas y queridas
con afán anhelante les esperan.

Y, en medio de la ingénita osadía
que sus pechos alienta,
a ese dulce recuerdo, amarga lágrima
por las mejillas de esos héroes rueda;

más, es fugaz la conmoción, ocupa
la patria placentera
su pensamiento y su alma y por la Patria
sus fátigas bendicen y sus penas.

III

En su seno llevando tempestades,
gigantes nubes negras,
cruzan el horizonte cual fantasmas...
¿scrán de duelo y de desgracia présagas?

Huyen despavoridos los CACIQUES
y hay aves agoreras,
que graznan en el bosque tristemente
y cuervos que impacientes aletean.

¿Por qué una extraña conmoción sintiendo
treme naturaleza?
es que ya del cañón el estampido
han llevado los ecos a las selvas!

Es que, en sangrienta y obstinada lucha,
aquella virgen tierra
no el sudor del trabajo que fecunda,
sinó la sangre americana riega

Y ved! como héroes de mi Patria,
las armas en la diestra,
al invasor se oponen con denuedo
digno de ser cantado en epopeyas.

Son muchos los contrarios; más ¿qué importa?
enemigos no cuenta
quien da la vida, y, con la vida, todo
a la Patria adorada por ofrenda.

Al escuchar los gritos de esos bravos,
se estremece la tierra,
como al rugido de leones nubios,
tiemblan, también, africanas selvas.

Vedlos lanzarse a la enemiga hueste
con furor de tormenta;
el clamor de su pecho es roncó trueno,
sus miradas, cual rayos, centellean.

Ved! Ya enclavaron en el campo opuesto,
la tricolor bandera,
que, como signo de inmortales glorias,
Tarquí, en un día, y el Pichincha vieran.

Legendarios guerreros de la Patria,
noble estirpe heredera
del heroico valor que vió la Historia,
con pasmo, en San Mateo y las Queseras.

Sangre de Calderones y Ricaurtes
corre por vuestras venas;
de los sublimes mártires de Agosto
sublime el alma en vuestro ser alienta

Vais, oh! hidalga legión, al sacrificio,
vais a una muerte cierta;
más hay muertes más dulces que la vida,
que morir por la Patria es gloria excelsa.

IV

Obscuro el cielo está y en el espacio
eriantes nubes negras
cruzan, como fantasmas, lentamente,
la creación dejando en luto envuelta.

Del bosque en las sombras, un lamento
de dolor y de queja
se escucha, cual acorde misterioso,
de plegaria y sollozo extraña mezcla.

Y al aire dan su lúgubre graznido
los búhos en las cuevas,
en los frondaes lloran las torcaces
y el cuervo, ya harto, en el confín se aleja.

Soplo de destrucción, de ruina y duelo
siente naturaleza,
y, de Dios como lágrima, doliente,
tiembla, en el cielo, solitaria estrella.

De aquellos héroes de la Patria mía,
de indómita fiereza,
de la legión de leones indomables
que combatieron con valor, ¿qué queda?

Han caído abrumados por el número,
han caído en las selvas,
como aquellos sublimes espartanos
que amedrentaron al monarca persa.

Suyos son, aún caídos, los laureles,
que el triunfo de la fuerza,
de la fuerza brutal sobre el derecho
al vencedor y no al vencido afrentan.

V

Salve guerreros de mi Patria, el labio
para nombraros tiembla,
tiembla de indignación y de coraje
y estalla, como rayo, un anatema.

¿Lámparas de lumbre que apagó el Destino
cuando ardían apenas,
flores que el viento de la muerte impía
arrebató en hermosa primavera!

Para cantaros, nobles luchadores,
la lira yo quisiera,
la lira de Tirteo, cuyas notas
tenían el fragor de la pelea.

En la infinita soledad perenne,
allá, en la oscura selva,
las tumbas se alzan de esos campeones,
que destrozó la desigual contienda.

Hasta hoy, no ha puesto cariñosa mano
recuerdo alguno en ellas;
sobre ellas, en la aurora, llora el cielo
y la brisa oriental sólo les besa.

VI

Jurad por esas tumbas, ciudadanos,
que, antes que impura huella
vuelva a dejar el invasor injusto
de nuestra Patria en la bendita tierra,

una gota de sangre generosa
no quede en nuestras venas
y el Sangay vengador, en duelo horrible,
desolación y ruina nos envuelva.

¿Qué es la muerte? la muerte sólo es vida,
vida inmortal y eterna;
la muerte honrosa, inmarcesible gloria
y la vida sin honra, una vergüenza.

EL ARBOL DE MONTALVO

Árbol que albergó al Genio; árbol glorioso
que para sus borrascas, en otrora,
le ofreciste, a tu sombra protectora,
la inefable caricia del reposo.

Aquí, en tu tronco gigantesco, añoso,
apoyó su cabeza pensadora,
y brotó de su mente creadora
el pensamiento excelso y luminoso.

Don Juan llegó hasta tí cansado y triste,
rasgado el corazón; tú le tendiste
tus cariñosos brazos, como hermano.

El noble luchador gustó la calma
de tu frondaje, y, serenada el alma,
guardó la pluma que mató al tirano.

Baños — 1931

A LA PRENSA

Composición premiada con medalla de plata en los Juegos
Florales de "El Grito del Pueblo" de Guayaquil

Bardos, cantad: los que en el noble pecho
sentís del entusiasmo arder la llama,
tremolando en la diestra del Derecho
el glorioso oriflama;
los que, aspirando al himno de la Fama
y de la Gloria a cantos inmortales,
os vais en pos de excelsos ideales,
bardos, cantad, y vuestro canto sea
el poema grandioso de la Idea.

El tiempo es vasto río: las edades
fugaces va arrastrando en su corriente,
cual va llevando su raudal potente
hacia ignoradas y distantes zonas
y a arcanas soledades,
monarca de la selva, el Amazonas.

Ayer, siglos de sombra! sus fulgores
ni una estrella vertía
de las artes y ciencias en el cielo;

vientos de destrucción, soplo de horrores,
cruzaban por la tierra,
y, en medio del terror, sólo se oía,
como nuncio de duelo
el clangor de las trompas de la guerra.

Era la negra noche del tormento,
el tiempo de la obscura nigromancia
y el furor asesino.
En medio del pavor de las naciones,
águila prisionera, el pensamiento,
que a la roca fatal de la ignorancia
enclavara el Destino,
se esforzaba en romper sus eslabones,
y esperaba, en constancia luchadora,
de la alma libertad la nueva aurora.

Y un día fué! en los troncos carcomidos,
cual se estremece el bosque a los rugidos
del león furibundo,
como tiembla la roca, sacudidos
oleaje tras oleaje sus cimientos,
muchedumbre de déspotas proterva,
lanzando un ay! profundo,
pálida tambaleando en sus asientos,
se estremeció de horror y de pavor
y un himno a Gutenberg entonó el mundo;
que nacía la Prensa, cual Minerva,
de la cabeza del ilustre anciano
al choque apercebida, y la pelea:
estaba libre el pensamiento humano
y despertaba a no morir la idea!

Se disipó la noche entristecida,
el sol brilló con esplendente lumbre,
la tierra palpó con nueva vida
y, en el ámbito azul del claro cielo,
ávida de ganar el alta cumbre
el águila cautiva alzó su vuelo.

¿De uno a otro hemisferio
sentado había el colosal imperio!

La Prensa! en las cruzadas del derecho
cuantas conquistas ha hecho!
Sol inmortal, ¿qué abismo hondo y obscuro,
en al ciudad, y el campo y en al aldea,
con el fulgor divino
no ha iluminado de la excelsa idea?
Vencedora grandiosa del Destino,
¿qué aterradora valla
no salva, no destroza, no avasalla?

Ella es hecha de luz indeficiente,
es formada de fuego de volcanes;
alza la augusta frente
con la audacia gentil de los titanes,
y, cual ángel de Milton, centellea,
en medio del fragor de la pelea.

Salve a tí redentora! Allá, a lo lejos,
arrojaste los leños de la hoguera,
que esparcían fatídicos reflejos,
y, en la cerúlea esfera,
al escuchar tu poderoso grito,
no el humo ya de pestilentes piras,
que levantaron déspotas menguados,
alzóse del espacio a lo infinito,
sinó el humo tranquilo que, en espiras
y en hermosos penachos sonrosados,
cual plegaría que asciende de aquí abajo,
da en su taller benéfico el Trabajo.

Salve a tí, redentora! Más humana
a la inclemente humanidad tu has hecho;
desterraste la fuerza, y del derecho
dictaste la doctrina soberana;
tu apagaste el encono furibundo
que sin cesar estalla
de negros odios en la atroz batalla;



tu iluminaste en la conciencia al mundo,
y al progreso propicias,
borrando los horrores de la guerra,
rindes a la justicia,
reina del universo, vasallaje,
proclamando, en los pueblos de la tierra,
el salvador principio: el arbitraje!

Al que gime doliente y desvalido
tu le llevas consuelos y esperanzas,
y, difundiendo luz, serena avanzas
de la existencia en la ardua travesía;
bajas a la sombría
mansión del proletario, obscuro nido
de corrupción, y de miseria, y males,
y de crimen y rudos padeceres,
y entonando los himnos celestiales
del trabajo, titán nunca vencido,
y la paz bendecida,
retornas a la vida,
a la vida del bien, míseros seres.

Y mientras se derrumba
el palacio, y el trono se desploma
y mientras todo cae y en la tumba
del tiempo se sepulta, como el fuego,
como aquel fuego que en la eterna Roma
perennemente ardía
en el altar de Vesta, noche y día,
el fuego de tu espíritu fecundo
con llama gigantea
alumbra, sin cesar, el vasto mundo;
que en tu ser llevas inmortal aliento,
la juventud eterna de la idea;
y el destruir de los siglos iracundo
no puede, no, matar el pensamiento.

Oh! salve, salve! Prensa redentora,
la de labor proficua y bienchora!

No a la que, vil, se inclina,
a los halagos del poder y el oro,
ante tiranos míseros, artera;
no a aquella que las horas asesina,
no a la que, necia, vende su decoro,
cual despreciable, impúdica ramera,
y en los abismos de la infamia se hunde;
no a la que horrible corrupción defiende
ni a la que asorda el mundo con la grita
destemplada del odio y la matanza,
y a la inconsciente multitud incita,
con el furor de bárbara tormenta,
a espantosa venganza,
a destrucción frenética y sangrienta.

Oh! Prensa, - apostolado, que blandes
sobre las locas frentes
de los verdugos tu fulminea espada;
la que esparces la luz de las ideas,
en haces refulgentes,
en el alma del mundo desolada;
la que fustigas, indignada, al vicio
de Juvenal con el azote cruento,
con la voz inspirada de Isaías;
la que al mártir le das el noble aliento
para el final y duro sacrificio,
y en sus luchas heroicas y sombrías;
la que engendras los grandes ideales
e inspiras en anhelo de la gloria,
y al rumor de los cantos inmortales
que entona la Victoria,
y sobre los escombros y ruinas
de la protervia del linaje humano,
en actitud de triunfo, te encaminas
del Progreso al alcázar soberano:
Oh! Prensa, en tus conquistas giganteadas
yo te saludo, en nombre de la Idea.

Estás firme y de pies! Como amazona,
la noble frente erguida,

centellante y serena la mirada,
de peto armada y colosal tizona
con poderoso escudo, apercibida
para lidiar con brío heroico y fuerte
contra el crimen y el vicio, denodada,
desafiando al martirio y a la muerte.

Aguila luchadora, ¿qué te importa
que alce su estulta grito,
como rugir de tempestuoso viento,
la ignorancia maldita,
que engendra el crimen y que el mal aborta
y la mente y las almas envenena?
Monarca de la luz y el firmamento,
por la extensión callada e infinita,
bátes el ala, en magestad serena.

Pasaron a la Historia las edades
de abrumador y duro despotismo
y de opresión inmensa,
y alumbras hoy, ¡oh!, Prensa!
de tu lumbré con suaves claridades,
de la ignorancia el pavoroso abismo,
y te rinden del mundo las naciones
merecido y excelso vasallaje,
de una zona a otra zona,
mientras el Progreso entona
un cántico grandioso en tu homenaje.

Has vencido en tus lides, has triunfado
del martirio sangriento y de la hoguera;
de negra afrenta en vergonzosa rota
a la torpe ignorancia la has dejado;
mundo de ideas a tu paso brota;
de la virtud austera
señalas los difíciles senderos,
y a la ciencia tú le abres derroteros
nuevos y al arte una infinita esfera.

Oh! Prensa, si la necia tiranía
con mano audaz te forja las cadenas
de duro cautiverio;
si te arrebatara un día
el cetro esplendoroso de tu imperio,
si destruye tu culto y tus altares,
si el ara de tu templo deja muda
y, con la faz sañuda,
te arroja a vergonzosos lupanares,
tú te erguirás altiva y vengadora,
y, al timbre de tu voz, más prepotente
que de un volcán el fragoroso estruendo
en ímpetu tremendo,
de la justicia formidable en la hora,
del déspota bollarás la indigna frente
y te alzarás radiante y vencedora.

Bardos, cantad! El entusiasta grito
del Pueblo hoy os da cita
a que en la lid del pensamiento honrosa
os conquistéis los lauros del talento,
al templo de la Fama esplendorosa,
y a subir os invita

Bardos, alzad los líricos cantares,
pulsad laúdes de oro,
de armonioso concierto,
y eclipsen vuestros himnos singulares
el de Helicóna melodioso coro.

Bardos, cantad: los que en el noble pecho
sentís del entusiasmo arder la llama,
tremolando en la diestra del Derecho
el glorioso oriflama;
los que, aspirando al himno de la Fama
y de la Gloria a cantos inmortales,
os vais en pos de excelsos ideales,
bardos, cantad, y vuestro canto sea
el poema grandioso de la Idea.

Tú, musa mía, en tanto,
tú que has osado con humilde canto,
los cantos emular de altos poetas,
vuélvete a la espesura
del frondal en que vives ignorada;
que de ocultas violetas
el aroma sencillo
no vence de fragancia los primores
de la rosa de espléndida hermosura,
ni el trino de campestre jilguerillo
al cantar de los dulces ruseñores.

FEDERICO GONZALEZ

S U A R E Z

Fue una cumbre de níveas claridades
bañada en sol y de fulgores llena,
una cumbre magnífica y serena,
más alta que las altas tempestades.

Triunfador de menguadas falsedades,
alma al temor y a la lisonja ajena,
hizo brillar sobre la humana escena—
fuego y luz, como el rayo, sus verdades.

Vibró en hora de pruebas y de dudas
su voz de admonición y de protesta,
y ante la ira villana y ante el necio

y cobarde clamor de tantos Judas
sólo halló, como el Maestro, una respuesta:
su infinita piedad hecha desprecio

LA UNION DEL PORVENIR

A Chile en el XCVII aniversario de su emancipación política:

I

. Cuando el alma de América doliente,
Oh! Chile, en tu hora negra
el lastimoso grito de la angustia
lanzó y, con él, ensordeció la esfera;
cuando víctima fuiste de esa oculta
y misteriosa fuerza
que crea, que destruye, que aniquila
y que es germen de muerte o de existencia;
cuando tu pueblo, en medio a las ruinas
confusas y dispersas,
vibrar hizo un sollozo infinito
de duelo y de pavor extraña mezcla,
yo, que vi alzarse como nuevo fénix,
de sus cenizas yertas,
triunfadora del fuego y de la muerte,
del Guayas manso a la preciada perla,

también alcé mi voz . . . Pulsé la lira,
y arranqué de sus cuerdas
el acento que anima la esperanza
y no la nota de dolor siniestra.

Y, el velo descorriendo del futuro,
como en visión profética,
miré radiar en tu horizonte negro
con más fulgor tu solitaria estrella.

El rayo de los grandes infortunios
no hiere, en su ira fiera,
a los seres raquíticos y enfermos,
sino almas que resisten gigantescas.

Yo se que desfallecen esos pueblos
donde ha quedado muerta
la libertad augusta, los que olvidan
que se borran las glorias con afrentas.

Los pueblos como tú, los que no manchan
con cieno su conciencia,
oh, Chile, en el crisol del infortunio
su espíritu engrandecen y retemplan.

Firme estás y de pies! Ya has restañado
las heridas sangrientas,
y, tras de los gemidos del desastre,
el himno excelso del Progreso elevas.

Salve, patria de Prat! tierra fecunda
que, generosa, engendras
no carne de vergüenza y servidumbre
sino héroes del trabajo y de la guerra.

Hoy vuelvo a saludarte, hoy que tu hermano
el Ecuador, te entrega
el corazón inmenso de su pueblo,
de amistad y de amor cual digna ofrenda.

II

Hoy el pacto de unión, con los dos himnos
de epopeyas gloriosas,
renuevan los dos pueblos que nacieron
en una misma cuna, la victoria.

La Unión cuando se mezclan esos himnos
en unas mismas notas,
y enlazados los sacros estandartes
como un solo pendón al aire flotan,

mi espíritu divisa cómo se alza
con la luz maravillosa,
allá, en los horizontes del futuro,
de paz y redención la nueva aurora.

Ya la piedra milliaría los dos pueblos
aunándose colocan,
y levantan el templo, en que mañana
desplegará su pompa la Concordia.

No es un ensueño generoso y vano
ni una esperanza loca
"la eterna comunión de las naciones",
la comunión sublime y salvadora.

Cuando la luz de la verdad irradie
en las conciencias todas,
y el Derecho no sea una mentira,
ni la justicia farsa escandalosa;

cuando, al fin, calme de los pueblos fuertes
esa fiebre invasora,
y, extinguidos los odios de las razas,
no se escriba con sangre ya la historia;

cuando sólo abra el surco las campiñas
el hierro con que forja

instrumentos horribles la matanza
la guerra despiadada y destructora;

cuando la paz fecunda, aquella blanca
y bíblica paloma
lleve el ramo de oliva por el mundo
de un polo al otro, de una a otra zona;

cuando no haya opresores ni oprimidos
y, de oprobio en las horas
no levanten tiranos los esclavos
ni el vicio cifa espléndidas coronas;

cuando sea el obrero un ciudadano,
no víctima que explotan,
medrando con su llanto y su miseria,
ya la ambición, ya la codicia sórdida,

se fundirán, al fin, todas las Patrias
en una Patria sola,
la Patria inmensa y fraternal, la excelsa,
¡la Humanidad del Porvenir gloriosa!

III

Salve a tí, heroico Chile, hoy que ligado
al Ecuador, proclamas
esa fraternidad que, generosa,
todos los pueblos unirá mañana,

Si el Maipú ayer y en el Pichincha hicieron
proezas legendarias
los dos pueblos hermanos, que conservan
el genio audaz de la latina raza,

hoy que el hombre, domados sus instintos,
no es ya la fiera humana,
emprendamos conquistas más grandiosas,
mas nobles y pacíficas jornadas.

La vieja tradición con sus errores
quedó ya sepultada,
y la fuerza brutal no es el Derecho
que proclamó tan solo la ignorancia.

La ciencia, que es verdad y que es progreso,
la ciencia, hermosa maga
que a la tierra transforma y la engrandece,
nuevos rumbos espléndidos nos traza.

Hay en la ciencia fe! Sea la escuela
el templo en que, ante el ara
de la diosa Justicia, en los espíritus
se prenda la simiente del mañana.

Sea el trabajo el campo en que se traben
las próximas batallas,
en que el genio asombroso de la industria
triumfante siempre de las lides salga.

Sea la gloria Paz y no el espectro
que, al grito de matanza,
siembra do quiera destrucción, mostrando
su iracunda cabeza medusaria.

Y entonces en ese día en que la tierra
quede regenerada,
y en que el amor universal no encuentre
barrera insuperable en las distancias,

oh! Chile egregio, al Ecuador unido,
la frente coronada
levantarás de brilladores nimbos
y le dirás a la conciencia humana:

"Yo sembré de este fruto la simiente,
yo levanté el alcázar
donde esplende el progreso, y brillar hice
de este día triunfal la radiosa alba.

Ahora, en himno colosal y excelso,
el Universo canta
"la eterna comunión de las naciones",
la comunión eterna de las almas!"

Quito, Octubre 8 de 1907

AL PUEBLO DE GUAYAQUIL

En el aniversario de su independencia

Pueblo de alma viril, que, en áureo escudo
ostentas tu valor y tu hidalguía,
hoy, de tu historia en el fulgente día,
desde el pie de los Andes, te saludo!

Cetro y corona de imperar sañudo
despedazó tu indómita osadía
y, de entonces, la necia tiranía
nunca en tu vuelo levantarse pudo.

Emulo de Pelayos y de Cides,
ayer, con tus hazañas peregrinas,
al valor asombraste y a la muerte;

y hoy, del trabajo en las hermosas lides,
bajo la sombra tutelar caminas
del grande Olmedo, y Carbo y Rocafuerte.

MANUELITA SAENZ

Romántica belleza, que un día entretejiste
el mirto venusino al glorioso laurel,
fuiste la gracia heroica de la Epopeya, fuiste
en el cáliz amargo del Genio, suave miel.

Gentil y apasionada, pasaste por la Historia
tal como una sonrisa de bondad y de amor;
te concedió el Destino ser gloria de la gloria
y la libertadora del gran Libertador.

A CHILE

(En el aniversario de su emancipación)

No el sonoro canto, cuyas notas
de plácidas cadencias,
cual desgranadas perlas de un joyero,
va derramando el alma del poeta;

No ese canto de acordes soberanos,
do el espíritu encuentra
algo como la augusta y mejestuosa
esplendidez del cielo en primavera;

No ese canto triunfal en que palpita
la alegría suprema
de un pueblo que, en las lides de la gloria,
ha hecho de su historia una epopeya,

Sino el canto doliente, el que solloza
el canto en que se mezcla
al ritmo de la flébil alegría
contra el Destino arcano la honda queja.

Noble Patria de Prat y de Portales,
el Ecuador te ofrenda,
hoy que el timbre mayor de tus blasones
tu aniversario egregio nos recuerda.

Nuestra ofrenda es de amor! Desde aquel día
en que se alzó la América,
con la frente nimbada por la gloria
de legendaria y sin igual contienda.

Oh! pueblo hermano con la Patria mía,
en comunión estrecha,
unido has avanzado heroico y fuerte,
a las conquistas del Progreso excelsas.

No puede separarnos la distancia,
pues nos une la idea,
la idea y el amor que salvan siempre
valladares, abismos y barreras.

La idea y el amor! Son como el polen
de lejanas palmeras,
que, en alas de las brisas fugitivas,
a fecundarse, a la distancia, llegan.

El odio no ha podido y la perfidia,
con su labor artera,
romper los lazos con que el pueblo mío
está ligado a la chilena tierra.

Hidalga tierra hospitalaria, has sido
segunda patria nuestra
y, al calor de tu hogar, no han torturado
al alma la nostalgia y la tristeza.

Ayer no más conmemoró tus triunfos
nuestra amistad sincera
y evocamos las sombras de tus héroes,
Freire, Rosas, O'Higgins y Carrera.

Hoy abatida estás, hoy el Destino
esfinge muda y negra,
con fúnebres crespones ha enlutado
los laureles que ciñen tu cabeza.

Como Euménides locas e iracundas
que, la hirsuta melena
al aire dando, siembran pavorosa
desolación y ruina por do quiera.

La furia de encontrados elementos
trocó con saña fiera
en ruinas cuasi informes tus ciudades
en yermos campos tus féculdas vegas.

Fue horripilante el cuadro, horripilante
de tu duelo la escena,
que, a la siniestra luz del vasto incendio,
se asemejaba a una visión dantesca.

La mar rugía airada y se agitaba
como enjaulada fiera,
para lanzar hasta la incóncita costa
el turbión de sus olas gigantescas.

En el oscuro espacio se cruzaban
fatídicas centellas
y temblaba la tierra, estremecida
con furores horribles de epilepsia.

El gemido doliente, los sollozos,
la plegaria, la queja
la imprecación blasfema y angustiosa,
en solo un grito, ensordeció la esfera.

Y en medio a los escombros que aun humecaban
tan sólo tu bandera
quedó flotando en pie Como esperanza
brillaba aún tu solitaria estrella!

Símbolo es de tu arrojo, oh! pueblo amigo,
aquella augusta enseña
de Maipó y Chacabuco, a cuya sombra
héroes brota tu suelo por do quiera.

Fecundo es el dolor, en sus crisoles
el alma se retempla
y se engrandece más y se agiganta
como el sol, al romperse la tiniebla.

No ha podido enervar la suerte impía,
oh! Chile tu grandeza;
hiere, mas no derriba al fuerte roble
el rayo que despiden las tormentas!

Tú, como Anteo fabuloso, tienes
inacabables fuerzas,
que la raza de Arauco y la española
te legaron su sangre por herencia.

Mañana, del Trabajo que ennoblece,
en la honrada faena,
en medio de la ruina y los escombros,

más grande te alzarás, tierra chilena!

Tú no gastas tus nobles energías
en miserables contiendas;
con el noble sudor riegas tus campos
y no con sangre fratricida riegas.

La augusta Libertad tiene en tu suelo
altares, no cadenas;
no lanzas los gemidos del ergástulo.
el canto excelso del Progreso elevas.

Chile, yo te saludo! Tú me infundes
no piedad lastimera;
admiración inmensa tú me inspiras,
aun en tus horas de desgracia negras.

Piedad? . . . No necesitas! que la imploren
las turbas irredentas,
que, del oprobio y la opresión en brazos,
caminan, —no a la Gloria,— a la vergüenza!

Oh! Chile, ni con lágrimas ni sangre
has regado tu senda;
ni, el freno roto de la ley, con cieno
vas tus lauros manchando en las revueltas.

Prostituir no has querido tus blasones,
de tu honor para mengua,
ni han caído en tu suelo asesinados
la Justicia, el Derecho, la Conciencia.

Tu libérrimo pueblo no ha llegado
a ser en hora negra,
el Prometeo eterno de la historia,
el lastimado Job de la leyenda.

En tí tan solo la virtud palpita,
el trabajo te alienta
e inclinas con orgullo la alba frente—
no ante los hombres— ante tu bandera.

No cres el ave que, las alas rotas,
herida revolea;
eres águila audaz que, hacia el Futuro,
su vuelo colosal, libre, despliega.

Salve, tierra chilena! La fecunda
unión que hace la fuerza,
esa unión que es la paz y que es la vida,
que sea siempre tu grandioso lema.

Pródiga de su amor, todos sus dones
te dió naturaleza,
el Cid sus generosos ideales,
Caupolicán su heroica fortaleza.

En no lejano día, restañada
la herida aun entrecabierta,
para honra de tu raza y de tu nombre,
más viril alzarás y gigantesca.

Hoy, como ayer, el Ecuador que siente
como tuyas tus penas
y que ha hecho propio tu dolor, te envía
los afectos del alma por ofrenda.

Es ofrenda de amor! ¿Qué otra le iguala,
oh! Chile, en su grandeza?
quien dá su corazón todo lo ha dado,
y el corazón te dá la Patria nuestra!

LA EDAD PROCERA

Viejo tiempo de santos y guerreros,
de sombra y luz, de amor y de fiereza,
hubiste más virtud y más nobleza
que este siglo de sórdidos logreros.

Tuvieron tus feudales caballeros—
todo decoro y todo gentileza—
un soberano sello de grandeza
en sus lances heroicos y proceros.

Y fue toda tu gesta la armonía
de la Fuerza y la Gracia, una epopeya
que tiene la apariencia de un ensueño,

en esta edad sin fe y sin hidalguía,
cuando todo —hasta el alma!— se aplebeya,
cuando todo— hasta el crimen!— es pequeño.

SI LLEGA LA HORA

Oh! pluma mía, espada que, en otrora,
con honor, en las luchas he esgrimido,
aun te hallas fuerte, no te has emohecido,
puedes tornar a ser batalladora.

Si el mal vuelve a triunfar, si llega la hora
en que el negro y fatídico partido
se alce del polvo en que rodó vencido,
te llevaré al palenque vengadora.

Te empuñaré otra vez con mano airada,
y aunque no alcances, ágil y valiente,
a asestarle mortífera estocada,

tendrás alientos, en la lid suprema,
para —aun rota— marcar su erguida frente
con el inri de un último anatema.

A QUITO

En el IV Centenario de su fundación

San Francisco de Quito, cuando aquel Rey de España—
que fue prez de la raza y asombro de la Historia—
te dió un escudo ilustre, por intuición extraña,
tuvo como presciencia de tu futura gloria.

Te asientas en las cumbres y eres, así, como ellas,
de excelsa y de grandiosa. La luz con arrebales
te envuelve en áureo manto, te besan las estrellas
y te forman diadema de emperatriz los soles.

Su fuego incontrastable te dieron los volcanes;
los cóndores andinos te prestaron su vuelo,
y, mientras a tus plantas rugen los huracanes,
como un símbolo egregio, estás cerca del cielo.

Desde allí, desde el flanco del gigantesco monte—
campo de tu epopeya, en la lid redentora—
vives atalayando el inmenso horizonte,
abierto, como tu alma noble y acogedora.

Desde allí, de la hirsuta y la almenada falda
de la montaña —tu alta y colossal cimera—
contemplas la campiña circundante, esmeralda
con que te ciñe, plena de encantos, Primavera.

Gloria es de la mirada el múltiple paisaje:
ubérrimos pradales; extensas arboledas
bordadas, bellamente, por delicado encaje
multicolor que en ellos ponen las rosaledas;

huertos que ofrecen, pródigos, la bendita abundancia;
jardines donde, en loca eclosión, los capullos
estallan, esparciendo su exquisita fragancia;
fuentes que van cantando con alegres murmullos.

Así, Naturaleza con manos maternas
te entrega sus riquezas, y, colmando tu anhelo,
te muestra el ondulante manto de los caudeales
que Fray Jodoco Ricke depositó en tu suelo.

Aunque no lo haya dicho, talvez, ningún cronista,
pienso yo que, mirando la amenidad de tu agro,
al llegar a tus puertas, tras de la ardua conquista,
hincóse de rodillas el Mariscal Almagro.

Era el término ansiado de estupenda aventura.
Hombres de formidable, pasmosa reciedumbre,
con los cuerpos cubiertos por pesada armadura,
llegaban cual titanes, hasta la enhiesta cumbre.

La cruz en la una mano y en la otra la tizona,
escalaron los Andes, baluarte tras baluarte;
mas para sus esfuerzos hallaron la corona,
cuando, por fin, un día, lograron contemplarte.

Quedaron embriagados con tu azul infinito;
hiciéronte española, hiciéronte creyente,
y, desde aquel entonces, San Francisco de Quito,
primogénita fuiste del Sur del Continente.

Los Shyris, y los Incas y los Conquistadores,
todos los que influyeron en tu inmortal destino,
en días jubilosos y en horas de dolores,
en tu faz imprimieron un sello peregrino.

A través de los siglos, ese sello aun perdura
y, por raro contraste, eres, a un tiempo mismo,
dulce con inefable y singular dulzura
y fieramente heroica, con trágico heroísmo.

Tranquila y apacible, rebelde y tormentosa,
hecha, como el Pichincha, de nieves y de llamas,
sonriente y ceñuda y terrible y graciosa
aun para tus desgracias encuentras epigramas.

Cinemáticamente, pasa por mi memoria
tu heráldico pasado que hoy día resucita,
y oigo el clangor guerrero que anuncia la victoria
y la esquila doliente que a la plegaria invita.

Y en el ecran oculto del cerebro, en desfiles,
se proyectan, saliendo del caos, una a una
fantásticas figuras de diversos perfiles,
los hombres de la buena y la mala fortuna.

La ciudad primigenia. Cacha, el héroe impotente,
orgullosa y enferma, que de dolor rugía,
caída ya la esmeralda de la abatida frente,
al presenciar el triste fin de su dinastía.

Los incas invasores. Huaynacápac que avanza,
de grandeza nimbado y se rinde al halago
de Paccha, la princesa gentil, y la matanza
siembra entre los Caranquis y tñe en sangre el lago.

El Yavirac. El templo que, tapizado de oro,
refulge en la eminencia. El solemne holocausto
que está humeando en la fiesta de Inti-Raima y el coro
sagrado de las Vírgenes del Sol; la pompa, el fausto.

El imperial palacio. Entre sus esplendores,
constelado de joyas, sobre trono mirífico
va en marcha, precedido por trescientos cantores,
con el llauto simbólico, Atahualpa el Magnífico.

Y, luego, cuando al Inca, cautivo en insidiosa
jornada, le estrangulan, desolación y ruína.
Rumiñahui, en las sombras de una noche espantosa,
domina en la urbe inerte, e incendia y asesina.

Inicia la Colonia su existencia. Un bizarro
Capitán la gobierna. Su gallarda figura
es de un rey, y se llama Don Gonzalo Pizarro,
cuya vida es como una fabulosa aventura.

Mas apenas nacida, oh! ciudad, te desuela
el odio de los hombres, que todo sacrifica.
La lívida cabeza del Virrey Núñez Vela,
trofeo profanado, se alza sobre una pica.

A aquel terrible vértigo de las ciegas pasiones,
a aquel furor humano que en sangre te enrojece,
siguen los elementos. Con locas convulsiones,
la tierra, en epilepsis horrible, te estremece.

En cenizas candentes te envuelve, en humo denso;
la claridad del día en lobreguez convierte,
y eres montón de escombros, desolado e inmenso,
que atraviesa el espectro del estrago y la muerte.

Hay rica savia, empero, en la marchita planta,
y, a despecho de tantas tempestades violentas,
sacando de tu herida nuevo vigor, levanta
tu genio monumentos que con orgullo ostentas.

Aunque eres aborígen, eres también latina.
Roma, París, Toledo te dieron su grandeza
y has heredado toda la inspiración divina
de aquellos que elevaron a un culto la Belleza.

Fue llama de milagro tu fe. Cientos de artistas
arrancaron la piedra de tu abrupta montaña,
la esculpieron paciente, puliendo sus aristas,
y elevaron tus templos, para alto honor de España.

Para cada convento, para cada santuario
y para las mansiones de próceres y oidores
hubo derroche de Arte. Fuiste, así, un relicario
que guarda, noblemente, los más raros primores.

Por Santiago y Gorívar, Carrillo y Caspicara,
en las tierras hispanas tu fama se extendía;
pero llegaste, Quito, a ser aun más preclara
por tu alma generosa de insigne rebeldía.

Eres predestinada para todo heroísmo,
para toda injusticia lanzas tus anatemas,
y cuando se levanta, soberbio, el despotismo,
esgrimes el acero, en las horas supremas.

Fue tu gesta, en la noche colonial, una aurora;
tu grito en la tiniebla como un clarín guerrero,
que a somatén llamaba. La empresa redentora
halló en tu sacrificio el esfuerzo primero.

Pasa Ruiz de Castilla, con su afrenta abrumado,
la mano temblorosa en tu sangre teñida.
Esa sangre preciosa fue el bautismo preciado
de la América libre, al inciar su vida.

Aquel licor bermejo salido de tus venas
en pródigo torrente y en cien luchas crueles,
cuando ya la victoria desató las cadenas,
como fecundo germen, floreció en cien laureles.

Con ellos te has ceñido la triunfadora frente
y, digna de un pasado de esplendor y de gloria,
poseída de tu fuerza, te alzas perennemente
tal como un centinela alerta de la historia.

Cuando quiera que surge menguada tiranía,
le opones resistencia, rechazas sus agravios,
vindicas el derecho, sancionas la osadía,
y retas a la muerte con la risa en los labios.

Corazón y cerebro, idea y sentimiento;
tú el vigoroso tronco de la Nación has sido,
toda la Patria vibra con tu viril acento,
del un confín al otro, se siente tu latido.

Y así como ante el crimen de indignación te inflamas
y estallas, como el rayo, en fieras explosiones,
eres plena de gracia y de bondad cuando amas
y robas dulcemente todos los corazones.

Te entregaron los suyos los Grandes Capitanes,
quedaron prisioneros en peregrinos lazos,
y hallaron, como premio de todos sus afanes,
una suave sonrisa y unos sedosos brazos.

Tus hijas fueron siempre tu mejor poesía,
flores de gentileza, flores de santidades,
que vierten en la copa del dolor ambrosía
y en la noche del alma derraman claridades.

Hay aún en el huerto de la dulce Mariana
de Jesús, azucenas que difunden su esencia
sutil en el ambiente; aun la piedad humana
mitiga de las hidias feroces la vehemencia.

Mi ciudad bienamada, por tus bellas mujeres,
síntesis de hermosura, de virtudes tesoro
y joyero de gracias arrobadoras, eres
la Sultana del Ande, la de imperial decoro.

Y como son de todos tus hechizos espejo,
te rindo ante ellas culto, me prosterno de hinojos
y al dedicarte un canto de admiración, te dejo
toda el alma, cautiva por siempre de sus ojos.

Y una plegaria elevo, al darte mi homenaje:
que esos ojos me miren, que su visión divina
endulce mi agonía y que, en mi eterno viaje,
pueda llevar grabada su luz en mi retina.

E L E G I A C A S

NOCHE ETERNA

Era el supremo instante de agonía
de mi madre. De hinojos y doliente,
ante su lecho me postré, pendiente
de la luz que en sus ojos se extinguía,

y vi, cuando expiró la santa mía,
cómo un rayo del sol besó su frente
y, al besarla, brilló resplandeciente
en el último llanto que vertía.

Desesperado, con el alma rota
la lágrima bebí, en mi desvarío,
sobre su rostro de infinita calma,

y, al sorber todo el sol en esa gota,
más pura que las gotas de rocío,
cayó una noche eterna sobre mi alma.

PAZ? - - -

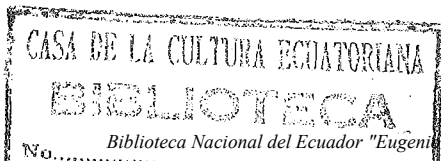
En el jardín de Antipas, los floridos rosales
de Jericó esparcían sus divinos aromas;
se oían los conciertos de las fiestas pascuales,
y en el atrio del templo se amaban las palomas.

Tenía aquella tarde radiante de Judea
un encanto muy suave y una dulzura extraña,
cual la diáfana tarde en que oyó Galilea
al Rabi el incunable Sermón de la Montaña.

Bajo un cielo azul pálido, en esa hora de nona,
en el confín lejano del inmenso horizonte,
formaba el sol como una luminosa corona
sobre la yerma cumbre del descarnado monte.

Y, allí, —mármol sangriento— inerme ya y exhausto,
el pálido Profeta de las consolaciones,
en el leño infamante, ara de su holocausto,
agonizaba, en medio de escribas y sayones.

De sus mustios cabellos caía, gota a gota,
la sangre del martirio, y sobre su cabeza,
que la diadema hiriente de espinas dejó rota,
esplendían aureolas de luz y de belleza.



El Gran Ajusticiado, inmóvil, casi inerte,
no miraba los gestos de las turbas, no oía
los acerbos sarcasmos; sonreía a la muerte
dulcemente y soñaba en esa hora sombría.

Soñaba que vendrían otros tiempos mejores
y que en la tierra, fértil con el sangriento riego,
brotarían, piadosas y lozanas, las flores
del amor, no los cardos del odio insano y ciego.

Soñaba que del germen que regaban sus manos
torturados, salían sólo frutos de vida;
soñaba que los hombres eran todos hermanos
y ya no se esgrimía el puñal homicida.

Cuán vano fue el anhelo de tus supremas horas,
cuán vana tu esperanza, doliente visionario! . . .
La noche aun nos envuelve; no brillan las auroras
de paz y de justicia que viste en el Calvario.

Aun es la especie humana como un rebaño hambriento
de lobos insaciados, en perdurable guerra,
aun se esgrime, en combate implacable y cruento,
la quijada del asno de Caín, en la tierra.

En dónde está, oh! Profeta, la visión de aquel día
cuál la virtud fecunda de tu amoroso empeño?
Menesterosos siempre de amor y de alegría,
los pueblos, oh! Maestro, aun sueñan con tu ensueño.

EL JARDIN HOGAREÑO

Oh! mi jardín de antaño, mi jardín hogareño,
Que formaron mis padres con prolijos afanes,
Ya tu belleza antigua apenas es un sueño,
Porque te deshojaron todos los huracanes.

Fue segando, una a una, tus flores peregrinas
La mano de la muerte con su aguda guadaña,
Y eres hoy desolado yermo campo de espinas
Que, como riego, el llanto de mis dolores baña.

Donde hubo, en otro tiempo, bulliciosa alegría
Un silencio de angustia, lúgubrementemente, impera,
Y se extiende el sudario de una nube sombría,
Donde irradiaba, otrora, la luz de Primavera.

Está a tu infausta suerte también mi suerte unida
Pues soy lo que tú eres, como fui lo que fuiste;
Un despojo, un inútil despojo que la vida
Ha dejado en ruinas, perennemente triste.

ALMA DE ARTISTA

Fué ese el último ensueño del artista —un orfebre
que cincelaba ritmos y creaba armonía,
fué ese el último ensueño de tisis y de fiebre.
La Muerte, la gran madre de la piedad, quería
endulzarle aquella hora de su negra agonía
y verter en el alma del triste peregrino—
vaso de luz— del arte, el bálsamo divino.

Era un pálido y suave atardecer de Mayo.
Con tintes de oro viejo, un compasivo rayo
del sol, el dulce amigo del vencido doliente
entraba en la bohardilla por besarle la frente;
las violetas de un ramo, ya olvidado, una a una,
deshojaba una brisa traviesa e importuna,
y una vieja corona de laureles, con saña,
destruía implacable cierta asquerosa araña.

No había un alma hermana que consolara al triste
en aquel abandono de todo cuanto existe....
Sobre el jergón humilde flotaba su melena;
caía sobre el pecho su barba nazarena;
imprecisas palabras sus labios entreabiertos
pronunciaban; sus ojos, vidriosos, casi muertos,

fijaban cariñosos la ya extraviada vista,
en un violín, la única fortuna del artista.

El pobre "stradivarius", silencioso y sombrío,
de la pared suspenso se moría de frío.
Dormían en sus cuerdas las suaves armonías
de sus pasados tiempos, de sus mejores días,
y una capa del polvo muy sutil y muy fino
la desnudez velaba de sus cuerdas de lino.
También era un vencido, cuya madera vieja,
Un adiós prolongado, evocador de antiguos

Su dueño lo miraba y él miraba a su dueño,
en esa tarde tibia de singular ensueño.
Un adiós prolongado, evocador de antiguos
recuerdos, se enviaban aquellos dos amigos,
aquellos dos amigos que una común historia
habían tenido, juntos, de luchas y de gloria,
y que juntos morían en la obscura bohardilla,
el uno, de hambre y tisis; el otro, de polilla.

El violín y el artista se veían De repente
un delicioso acorde lanzó el violín silente.
Era como un reclamo apasionado y suave,
que un ave entre las frondas le dirigiera a otra ave.

Del tísico en los ojos brilló un extraño fuego:
se incorporó en el lecho, maravillado . . . luego
de las vibrantes cuerdas del violín, casi muerto,
iban saliendo notas de un divino concierto.

Jamás, ni en esos días de triunfo soberano,
había así gemido bajo ninguna mano;
nunca como en aquella prodigiosa agonía
vertió el stradivarius tal raudal de armonía.

Los ritmos en las cuerdas, tanto tiempo cautivos,
iban brotando como si fuesen seres vivos:
¡en esas milagrosas fugaces vibraciones
había los acentos de todas las pasiones!

Ya era un rumor gigante de embravecidas olas;
ya era un murmullo blando de brisas y corolas;
ora un "scherzo" tierno, palpitante y sentido
de aquellos que remedan los amores de un nido;
ora gritos hirientes, iracundos clamores,
condensación extraña de infinitos dolores.

Torturaba el artista su obscuro pensamiento.
¿Quién hería las cuerdas de ese viejo instrumento?
Nadie allí había acudido . . . Una infinita calma
había en al bohardilla. Estaba solitario,
en esa hora suprema, el pobre visionario
— ¿Quién gime así, quién canta? se preguntó con miedo;
y una voz contestóle al oído, muy quedo:
"¿No lo sabes, artista, no lo sabes? ¡Es tu alma!"

Y mientras se apagaban las notas lentamente
el bohemio inclinaba la soñadora frente
y cuando el instrumento calló, tras un gemido,
se hundió al fin en la nada el glorioso vencido.

Terminaba la tarde de aquel florido Mayo;
huyó la luz amiga del compasivo rayo;
de la traviesa brisa las rálagas inquietas
se escaparon, cansadas de deshojar violetas,
y quedó, al caer las últimas, las pálidas corolas,
la Muerte, la gran madre de la piedad, a solas . . .

CEMENTERIO ALDEANO

Cementerio aldeano, que Primavera viste
De amapolas bermejas y blancos alevies,
Nada hay en tí que sea ni lóbrego, ni triste;
Lleno de sol parece que eternamente ríes.

Junto a tus gruesas tapias que tapiza la yedra,
Abren lánguidamente sus pétalos las rosas
Y revuelan en torno de las cruces de piedra,
En jubiloso enjambre, doradas mariposas.

Eres, como tus muertos, humilde. De grandeza
La necedad humana no ha sabido rodearte;
Mas, en cambio, la suya le da Naturaleza
Con magestad que en vano quiere igualar el Arte.

Lejos de toda pompa, lejos de todo empeño,
Lejos del falso brillo de torpes vanidades
Y en tu tranquila paz, quiero dormir el sueño
Eterno, mientras pasan edades tras edades.

DOS DE NOVIEMBRE

Noviembre. Nebuloso
el día. Gris el cielo
gris, como si copiara
mi pensamiento.

Las montañas se envuelven
en un sudario inmenso
de nubes. tristemente
llora el invierno.

Flota vaga tristeza
en torno. Como un cuervo,
bate en los corazones
su ala el Misterio.

Y, mientras las campanas
doblan con toques lentos,
se hunde mi alma en profundo
recogimiento.

MADRE

Madre idolatrada,
madrecita mía,
vaso de ternuras
y melancolías,
aún vela tu sombra,
tu sombra querida,
mis noches sin sueño,
mis largas vigiliás.
En mis negras horas
de angustia infinita,
yo siento en mi frente
tu mano extendida;
yo sé que, amorosos,
tus ojos me miran,
y que tus miradas
son como caricias;
yo sé que tus labios
enfloran sonrisas,
que ponen un rayo
de sol en mi vida,
y aún creo que escucho
tu voz, melodía
de amor y esperanza,
tu voz peregrina
que enciende de nuevo
mis muertas cenizas.
Tu espíritu alienta
junto a mí. En la vía

de mis amarguras
y de mis desdichas,
me sigues—el alma
de dolor transida—
como al Nazareno
la Virgen María.
Vas rasgado el pecho
por las siete heridas;
nubladas de llanto
las dulces pupilas;
sutriendo los golpes
que me martirizan;
bebiendo las hieles
que a apurar me obligan,
y oyendo conmigo
la espantosa grita
con que me persigue
la turba enemiga.

Me tiendes tus brazos
en cada caída
y en ellos me acoges,
tiernamente; alivias
el enorme peso
de mi cruz; suavizas
la senda de abrojos
que atravieso; quitas
de mi sien sangrante

las duras espinas
con que me corona
la humana injusticia;
con tus blandos óleos
de amor, cicatrices
las llagas crueles
que me abre la vida;
apartas, piadosa,
mi cáliz de acibar,
y, así, me sostienes
y me fortificas,
trocando en granito
mi frágil arcilla.

Tú sola conoces
las tristezas íntimas,
que vivo ocultando
con falsas sonrisas,
y sabes que mi alma
ya desfallecida
es como una débil,
rota navecilla
que, a merced del viento,
sin velas camina,
que luchar no puede
con las embestidas
de tantas borrascas
y que va vencida,
bajo las tinieblas,
sin rumbo ni guía,
quién sabe en qué rocas
a estrellar su quilla.

Desde que te fuiste,
madre, desde el día

que apagó la muerte
la llama divina
de esa tu existencia,
mitad de la mía,
he luchado tanto
que, al fin, la fatiga
ha dejado todas
mis fuerzas rendidas.
Mi escudo está roto,
sangran mis heridas,
y aún sigue sin tregua
la implacable lidia.
Años ha que dura
mi horrible agonía
y siento un anhelo
de paz infinita.

Llévame contigo,
madrecita mía,
vaso de ternuras
y melancolías.
Cuando suavemente
cierres mis pupilas,
cuando en tu regazo
de amor me recibas
y sienta en mi frente
tus blandas caricias,
quedaré dormido,
como aquellos días
en que me arrullabas
con tu voz bendita,
y tendrá mi sueño
la quietud beatífica
de lo que es eterno,
sin fin ni medida.

RESIGNACION

Alma mía, doliente, sé resignada y buena,
extingue en tí la llama de todas las pasiones
y piensa que la vida sólo es una cadena
que se encuentra formada de duros eslabones.

Alma mía doliente, sé buena y resignada,
no busques resplandores en la noche sombría,
ni rosas en la yerma estepa desolada
ni en la discordia grita incéfable armonía.

Si te hieren, procura que de tu herida abierta
brote, cual de la mirra, exquisito perfume
y que el metal impuro en oro se convierta
en tu crisol de penas, que la escoria consume.

Si te ofenden, contesta al que te arroje el dardo
del odio, como el Cristo, con todas las bondades.
El perdón es un óleo milagroso de nardo
que vierte en la honda llaga divinas suavidades.

Yo, alma mía, comprendo que a veces, muchas veces,
un iracundo gesto o una palabra dura
suelen mover, adentro del corazón, las heces
y que llega hasta el borde del vaso la amargura.

Mas, ante la injusticia del adverso destino,
vale más el silencio—peregrina virtud.
Que en el vaso se vea el licor cristalino
y que queden las heces en perpetua quietud!

LOS EXPOSITOS

Cuan triste ternura me dan estos niños,
que nacen en medio de arcana tiniebla,
los niños que el crimen arroja a la calle
y acoge el asilo piadoso a sus puertas.

Con llanto a la vida despiertan, gimiendo,
sin besos ni dulces caricias despiertan;
con llanto a la vida despiertan y es llanto,
y es luto y es duelo su triste existencia.

Miradlos! qué hermoso su grupo doliente:
se reúnen, se agrupan, se apiñan, se estrechan,
se encuentran sus manos, sus frentes se inclinan,
cual lirios que abate la brisa ligera.

Son grupo aterido de huérfanas aves,
que, al frío del bosque, sollozan y tiemblan,
buscando en sí mismas calor a sus cuerpos,
calor que, a estar viva, la madre les diera.

Miradlos! hermosos están, cual querubas:
su triste, atractiva y extraña belleza
cual flores de invierno que crece olvidada,
de sol sin los rayos que vida le prestan.

Sus ojos muy grandes, azules los de unos,
oscuros los de otros, cual noche muy negra
allí, en sus pupilas, revelan, ingenuos,
anhelos sin nombre, dolores y penas.

Sus bucles castaños, y rubios y negros
esparce a los aires la brisa y les besa,
y, en torno a sus frentes, un nimbo aparece,
un nimbo radiante de dulce inocencia.

Su risa no tiene los ritmos sonoros,
su risa es muy triste, su risa no alegre,
su risa es un rayo de luz que, en invierno,
no torna apacible marchita floresta.

¿Sus madres?... ¿acaso tal nombre, tan tierno,
tan puro, tan bello merecen las hienas,
los seres de pecho que el mármol más duro,
los seres infames de entrañas de fiera?

¿Sus madres? silencio! la madre es el ángel
que al niño en la cuna le arrulla y le besa,
le toma en los brazos, le mira extasiada,
le aduerme con cantos de suave cadencia.

La madre es la santa mujer que plegarias
al hijo del alma, piadosa, le enseña
y escucha, en arrobo, cual grata armonía,
del labio del niño brotar balbucencias.

Oh! seres sin nombre, ni besos sintieron
jamás vuestros labios de dulce terneza,
ni arrullos no tiene ni plácidos cantos
el sueño tranquilo de vuestra inocencia!

Oh! seres sin nombre, la madre inhumana,
la vida ¡ay! al daros, os dió sólo penas,
las gélidas auras nocturnas por besos,
por cuna la calle tan fría y desierta.

Tal vez a esa madre sonríe la suerte
con goces, y dichas, y amor y opulencia,
y escancia los vinos en copas de argentot
y viste su cuerpo de encajes y sedas.

Y al hijo, aquel hijo que arroja a la calle,
el frío y el hambre tal vez atormentan,
y, en muda congoja, de aquellos sus ojos
manando está el llanto, raudal de tristeza.

.....
.....

Con lúgubre esquila ya llama el asilo
y al templo a los niños invita y congrega;
la sorda campana parece, en sus sonos,
que gime y solloza, suspira y se queja.

Cual grupo doliente de huérfanas aves,
ya mustios los niños y ya hoscos se alejan
y llevan grabado en sus pálidas frentes
el sello indeleble de amarga tristeza.

MORIR - - - MORIR - - - DORMIR - - -

No me amedrenta la final partida;
en esta hora suprema seré fuerte.
Si he sido un ignorante de la vida,
hoy quiero ser un sabio de la muerte.

No temblará mi corazón cobarde,
y será la visión de la Enlutada
como la de esa estrella de la tarde,
que nos anuncia el fin de la jornada.

Y, así, estaré, para aguardarla, alerta,
ya libertado de terrenos lazos,
al oír sus pasos, franquearé mi puerta,
saldré a su encuentro y le abriré los brazos.

Dónde me llevará? Quizá a esos mundos,
libres de engaños, de dolor, de males,
que van por los espacios, errabundos,
en los hondos silencios siderales.

Allí, en la paz inmensa e infinita,
lejos de todo afán y todo empeño,
donde nada se mueve ni se agita,
pueda acaso tener un dulce sueño.

Morir... Morir... dormir... soñar. Quién sabe
si es que, al romperse el hilo de las horas,
se aduerma el alma, sosegada y suave,
en medio de una noche sin auroras!

MI DOLOR

Todo es uno y lo mismo.
Dondequiera que voy,
perspectivas iguales
me presenta el Dolor.

El borra con sus sombras
hasta la luz del sol
y donde hay alegría,
pone desolación.

No oigo armonía alguna;
sólo escucho su voz
que convierte en lamento
la más suave canción.

Y, así, seguiré siempre,
mañana como hoy,
recogiendo los cardos
que en mi vida sembró.

Conmigo, a todas partes
lo voy llevando yo,
aquí, en mi pensamiento,
aquí, en mi corazón.

MADRE MIA, HE LLORADO!

En el hondo silencio de la noche
y en medio de las sombras de mi estancia,
en cuyo seno mi dolor oculto,
madre mía, he llorado. Eran mis lágrimas,
no como aquellas dulces de mi infancia
que, para convertirlas en sonrisas,
con tu mano enjugabas;
eran, para mi mal, lágrimas de hombre
brotadas de una herida siempre abierta
que eternamente mana;
desesperadas lágrimas de angustia
de aquellas que se vierten cuando muere
en nuestro corazón toda esperanza;
lágrimas sin sollozos,
candentes como lava
y amargas y salobres, cual las ondas
del mar, cuando le azotan las borrascas.

Así he llorado, madre,
y junto a mi no estabas,
no estabas, como otrora, en mi suprema
desolación de espíritu. Invocaba
tu nombre como un mágico conjuro
contra el destino impío, y era vana

mi invocación. En mi infinito anhelo
de un consuelo piadoso, te llamaba,
como un inerte niño, y se perdía
mi voz en la tiniebla solitaria,
sin que, a sus tristes ecos, acudiera
para asistirme tu alma.

Madre mía, mi santa, mi inefable
tesoro de bondad ¿dónde te hallabas
cuando no iluminaste mi congoja
con el rayo fugaz de una esperanza?
Estaba solo, inmensamente solo,
y no había una mano que apartara,
en esa hora de enorme desaliento,
las hieles de mi copa envenenada.
Como el divino y blondo Nazareno
en el huerto doliente, me agitaba,
en lidia con mi propio pensamiento,
una tregua pidiendo a mi desgracia.
Era total mi desamparo. Nadie
cerca de mi velaba;
era inútil mi empeño
e inútil mi esperanza.

Y así me encontró el día, torturado
por vigilia tan larga;
plenamente vencido,
después de la batalla;
como víctima inerte,
bajo la dura garra
de mi infortunio inmenso,
de mi infortunio ineluctable; exhaustas
mis fuerzas; semejante a esos despojos
que deja borrasca;
triste como la muerte; sumergido
en el océano de mis propias lágrimas.

LOS LEPROSOS

Torturados, dolientes, silenciosos,
desfilan por su Asilo los leprosos;
desfilan por los amplios corredores,
abrumados con su carga de dolores.
Y es claro el día, y es azul el cielo
y el sol hace llover, como un consuelo,
a través de los diáfanos espacios,
entre el follaje verde, sus topacios;
pero, detrás de las cerradas puertas,
aparecen las cosas como muertas,
se le siente a la vida como rota,
como truncada y mustia,
y en todas partes flota
un soplo extraño de infinita angustia.

Los árboles inclinan su ramaje,
sin agitar sus hojas, sin ruido,
y son sólo fantasmas del paisaje,
en ese mundo de aflicción y olvido.
Las flores no se yerguen orgullosas,
se miran tristemente en su quebranto
y dejan caer sus pétalos las rosas,
como gotas de llanto.

No hay nidos en las frondas. Ninguna ave
turba con sus arrullos y conciertos
el silencio tenaz, profundo y grave
de aquel refugio de los vivos muertos.
Sólo, en el césped, van saltando inquietas
dos grises mariposas indiscretas.

Lo que, afuera, es fulgor y es alegría
apenas si es aquí melancolía,
cuando no, acaso, esa tristeza fosca,
que, cual la sierpe, en nuestro ser se enrosca.
Contemplo yo los rostros deformados
y pienso en los afanes y cuidados
que bullen en sus almas de amarguras,
en esas almas, cárceles oscuras
del anhelo imposible,
de la dicha intangible.
Hay un hombre entregado al aislamiento,
tendido junto al muro. Nada agita
su faz de momia. ¿Oculta un pensamiento
terrible su cerebro? ¿qué medita?
¿qué tempestad deshecha se desata
en su sangrante corazón? Me mira,
y es su mirada de fiereza y de ira,
tal como el filo del puñal que mata.
Cerca de mí hay otro hombre.
Sus labios corroidos
parece que pronuncian algún nombre,
un nombre dulce de mujer, muy suave,
y sus ojos están embebecidos
en el vuelo de una ave.

Sigue con ansia la invisible estela
que va dejando el pájaro que vuela
y, cuando acaba, al fin, la trayectoria
de ese vuelo fugaz y desaparece
la silueta, su rostro se ensombrece.
¿Qué recuerdo ha evocado en su memoria
aquel enfermo? Es joven todavía.
Hasta ayer, le ofrecía sus placeres

la existencia. Tal vez, su fantasía
sueña con el amor y las mujeres,
con la pasión que exalta, con los besos
que nos dan inefables embelezos,
con aquel otro mundo, el que se alegra
dichoso, y ríe y a gozar invita;
mas, en el fondo de su noche negra,
hay una voz maldita
que, inexorable, grita
una palabra, que es suplicio: nunca!

Un infeliz labriego,
montón de carne putrefacta, ciego,
con la honda llaga de sus ojos llora,
en un silencio impresionante. Añora,
tal vez, la choza en la empinada sierra
donde jamás ha de tornar, la tierra
que desbrozó con su labor, el monte
que descuajaba un día y otro día
y la línea sin fin del horizonte,
allá, en la luminosa lejanía.

El silencio se ha ahondado. Una campana
vibra, bajo la mano de la Hermana,
y otra vez, torturados, los leprosos,
los olvidados en la humana feria,
desfilan por su Asilo, silenciosas,
como grey de dolor y de miseria.

VIDA NO HAS SIDO BUENA

Vida no has sido buena! Para mí no has **tenido** ni la piedad que endulza, ni el amor que alborozaba. Entre tus manos crueles e implacables, he sido como un banal juguete que se pisa y destroza.

Te di todas las flores de mi jardín de ensueño, todo el rico tesoro de mi alma en primavera, el cielo azul sin nubes, el miraje risueño, las gemas más preciosas de la Maga Quimera.

De mi panal oculto supe extraer las mieles más dulces y más suaves, para ofrecerte en **dones** de Amor y de Belleza y puse en mis pinceles para tí mis anhelos, mi fe, mis ilusiones.

Para todos los hombres, para todas las cosas mi corazón tenía infinita ternura; era como una lira de cuerdas armoniosas donde vibraban notas de una rara dulzura.

Y tú lo destrozaste. Y ese vaso pleno de todas las bondades, derramaste, sañuda la hiel del desengaño y vertiste el veneno del odio y la traición, del dolor y la duda.

Yo nada anhelaba de tí. No te pedía
que, pródiga, me dieras honores ni riquezas:
sólo anhelaba una alma gemela de la mía
que pusiera un rayito de sol en mis tristezas.

Y tú me la negaste. En la espinosa senda
por donde he recorrido, siempre he buscado en vano,
con inútil empeño, al ser que me comprenda
y que haga el grave peso de mi cruz más liviano.

El odio me ha tendido su traidora asechanza;
la carne me ha mordido como lebrél hambriento,
y no tuve en la lucha ni una voz de eperanza,
ni una palabra amiga que me infundiera aliento.

Así tan triste y solo, he quedado vencido;
se han agotado todas las fuerzas de mi alma.
Y a tu piedad, ¡oh vida! únicaente pido
ya no una hora de dicha, sino una hora de calma.

Hoy me siento a la vera de este largo camino,
de este largo camino de mis tribulaciones
a esperar que en mis llagas ponga su óleo divino,
la Muerte, la suprema de las consolaciones.

Ella me traerá el beso de paz. Como la buena
madrecita amorosa a quien yo reverencio,
me llevará hasta el puerto de la quietud serena
donde es todo armonía infable, hasta el silencio.

LA VIOLETA

Suspendió su lectura el grave capuchino...
En la página mística del viejo pergamino,
Adherida a los salmos dolientes del Profeta,
Encontraron sus ojos una mustia violeta
Que, hacía un siglo, acaso, encantadora y viva.
Quedóse entre las hojas del infolio cautiva.
El Tiempo, el implacable, que todo lo consume,
Dejó en aquel cadáver de flor cierto perfume
Primaveral y suave, y la suil ascencia
Embalsamó la estancia de duelo y penitencia.

ORACION POR LOS NIÑOS TRISTES

Niños de almas silenciosas
y pupilas lacrimosas;
pobrecitos
y dolientes hermanitos
que la vida— la madrastra
sin piedad ni corazón—
a la furia de sus vórtices arrastra;
porque sois de cuanto existe
lo más triste,
por vosotros yo levanto mi oración.

Taciturnos incluseros,
los de rostros lastimeros;
desvalidos,
como pájaros sin nidos,
y a los cuales en la cuna,
no adormió con la canción
que es caricia y es arrullo madre alguna;
niños de hondas amarguras,
sin ternuras,
por vosotros yo levanto mi oración.

Pequeñuelos macilentos,
los desnudos, los hambrientos;

figulinas
que, de pie ante las vitrinas,
en las noches del invierno,
padeceis esa atracción
del juguete primoroso y el pan tierno
que desprecian tantos otros,
por vosotros,
por vosotros yo levanto mi oración.

Rapazuelos del arroyo,
sin hogar y sin apoyo,
niños parias,
los de almitas solitarias,
blancas rosas de miseria
marchitadas en botón;
carne humilde de presidio y de laceria,
que una negra suerte huraña
hiere y daña,
por vosotros yo levanto mi oración.

Porque no tenéis anhelos
ni esperanzas ni consuelos
ni alegrías:
porque sois albas sombrías;
porque viejos en dolores—
vuestras mismas risas son
como linfas de una fuente sin rumores,
risas mudas y secretas,
risas quietas,
que no cantan sino lloran, mi oración.

ME DORMIRE EN LA MUERTE. . . .

Me dormiré en la muerte, pensando en la dulzura
de las horas felices de nuestro ayer risueño
y, cuando deje mi alma su carnal envoltura,
sentiré en mi cabeza las alas del ensueño.

La fuente, nuestra fuente, que era como hermanita
juguetona y alegre, verterá sus cristales
y tendrán sus murmullos, en la calma infinita,
algo así como el eco de viejos madrigales.

No sentiré los pasos que dé la Segadora
en mi torno; a mi lado llegará sin ruido
y, absorto en tus recuerdos en esa suprema hora,
una embriaguez extraña me turbará el sentido.

Y mi espíritu amante volará hasta tu estancia,
hasta el lecho en que duermas; oh Bienamada mía!
para que tú lo aspire como un lirio en fragancia,
para que tú lo escuches trocado en armonía.

Te besaré en la frente como un rayo de luna,
imperceptiblemente, te besaré dormida,
y nunca, como aquella, habrá tal vez ninguna
más delicada y tierna, y bella despedida.



LA CASA SOLARIEGA

La Casa solariega, desolada y triste
Que de mis ensueños el albergue fuiste,
Guardas en tus viejos muros derruidos
El divino encanto de los tiempos idos,
Como guarda el vaso, ya roto, el perfume
De la rosa mustia que en él se consume.

A la sombra amiga del ciprés— ya muerto—
Que es como un cadáver del jardín desierto
Y como la imagen de mi propia historia,
¡Cuántas veces, cuántas! soñé con la gloria
Y ofreció a mis ojos Hada Fantasia
En palacios regios de oro y pedrería.

Tú fuiste de mármol, tú fuiste sonora,
En la noche quieta tenías otrora,—
Al caer en cascadas menudas de plata,—
La suave armonía de una serenata;
Y hoy está en silencio y hoy está en despojos
Y hoy está ya seca, como están mis ojos.

Todo en tí está muerto. Los blancos rosales
Que el aire poblaban de aromas sensuales,
Cuando deshojaban sus pálidas rosas

Y las madreSelvas de ramas añosas,
Donde las palomas formaban su nido
Quedaron en polvo que esparció el olvido.

Cubre la maleza— igual que un sudario—
Tu patio morisco frío y solitario;
Sobre tus esbeltas columnas de piedra
Finge una corona mortuoria la yedra,
Y del roto alero— convertido en ruinas—
Huyendo asustadas van las golondrinas.

Tus viejas estancias, tus salas vacías,
Que el eco extinguieron de mis alegrías;
Tus amplias ventanas de aros platerescos,
Tus artesonados y tus arabescos,
Que se descomponen y se desmoronan,
Como yo,— lo vano del vivir pregonan.

Casa solariega desolada y triste,
Que de mis ensueños el albergue fuiste,
Guardan tus escombros todos mis cariños,
Todo lo más bello que amamos de niños,
Y en sombras envuelta, y envuelta en misterio,
Eres, como mi alma, sólo un cementerio.

TRISTITIA RERUM

(A la vista del Islote, cementerio
de los apestados, en Panamá)

Allá, sobre una roca sombría y solitaria
donde el viento parece que eleva una plegaria,
sobre una roca abrupta, sobre una roca agreste,
duermen el sueño eterno los que segó la Peste.

En medio del silencio augusto y soberano
se ven aquellas tumbas, en el inmenso océano,
blancas, como gaviotas cansadas ya del vuelo,
entre el azul del agua y entre el azul del cielo.

Tumbas de los vencidos por el cruel Destino,
el corazón de luto llenáis del peregrino...

guardáis, bajo esas cruces, dolientes, desoladas,
más que cenizas yerlas, vidas en flor tronchadas.

Cuántos ¡ay! de esos seres que, aquí, acechó la Muerte
fueron de los cruzados de alma indomable y fuerte
que la miseria empuja de Europa cada día,
en busca de trabajo, de pan y de alegría!

Y aquí, en tierra extranjera rindieron la jornada,
se hundieron en lo arcano, se hundieron en la nada,
fija con insistencia la ya extraviada vista
en el país lejano de ensueño y de conquista...

Oh, Dios! para ellos no hubo, aquí, la voz amiga
de esas que hasta lo acerbo del gran dolor mitiga,
ni manos que cerraran, con doloroso empeño,
sus ojos abatidos, para el eterno sueño...

Cayeron por sorpresa, cayeron tristemente,
ante el gesto impasible de mercenaria gente,
que, en la lucha incesante contra la aleve Peste,
luego arrojó sus cuerpos sobre la roca agreste.

Oh! roca la más lúgubre desolada y sombría,
oh, roca de la Muerte implacable e impía,
¿qué alma compasiva acude a tus riberas
a turbar tu silencio con voces lastimeras?...

Sólo el mar, que en espumas su melena sacude,
para entonar psalmodias hasta tu playa acude;
sólo el viento, en la noche, el agitado viento
llevándote va notas de queja y de lamento.

Jamás hubo en tu humilde, desierto camposanto,
ni un gemido de pena, ni una gota de llanto.
Marino cementerio, en todo cuanto existe
talvez no hay cosa alguna que sea, cual tú, tan triste...!

Blancas y pobres tumbas, de lejos yo las miro
y hacia ellas, con las olas, envío hondo suspiro,
y acaso mi suspiro sea la única plegaria
que llegue hasta la roca agreste y solitaria.

EN EL DÍA DE LA MADRE

Al inefable recuerdo de la mía.

Santa madre mía,
la de suaves labios, la de dulces ojos,
la de alma de armiño,
quiero, en este día
de todas las madres, postrarme de hinojos
ante tu recuerdo, con ese cariño
que no tiene nombre, tal como lo hacía,
cuando yo era niño,
ante los altares cubiertos de flores,
donde, entre albos tules, la Virgen María
recibió la ofrenda de ingenuos amores.

Madre, no te traigo rosas peregrinas.
Todas las que tuvo mi encantado huerto,
las heló el invierno. Sólo las espinas,
al fin, me han quedado, y en el alma ha abierto—
como una implacable madrastra—la Vida
con cada una de ellas incurable herida.

Tampoco te traigo los tesoros de arte,
con que tú soñabas. Quisiera ofrendarte.

madre, los más altos, más bellos poemas,
en los que los versos fueran como gemas,
que para tí formen corona sublime;
mas ya en mí no alienta el fuego divino,
mi lira está rota,
rota entre las piedras duras del camino,
y, al vibrar sus cuerdas, ya no canta, gime,
gime con un hondo dolor cada nota,
y es mi poesía solamente un eco de melancolía.

Ni flores ni ritmos! Es vano mi empeño
de amor. De aquel hijo que quiso tu ensueño
de inmensa ternura
colmado de dichas, ya nada perdura.
En él ya no restan sino los despojos
de sus esperanzas, de sus ilusiones
y de sus anhelos.
Madre, si me vieras, lloraran tus ojos
ese llanto amargo de las aflicciones
para las que nunca se encuentran consuelos.
Cómo sufrirías,
tú, tan bondadosa, con las penas mías;
cómo en cada llaga,
que abrió en mí el encono de la lucha aciaga,
vertieras el óleo de tus suavidades;
cómo tu regazo, tornando a esos días
de mi edad primera,
el refugio fuera
de mis desventuras y mis tempestades.

He bregado mucho. Volví de la lidia,
altiva la frente, firme la conciencia,
pero destrozada, toda mi existencia.
Persiguióme el odio; me asió la insidia;
sus golpes áleves; derramó en mi vaso
su hiel la injusticia y, al salirme al paso,
por la encrucijada, como las serpientes,
me hincó la falsía venenosos dientes.
Tras tantas borrascas, quedé abandonado,
prematuramente fatigado y viejo;

pero no me quejo
ni maldigo, airado,
del destino infausto. Pienso en lo que fuiste,
madre, y tu recuerdo es como enseñanza,
en mis negras horas de desesperanza;
porque padeciste
siempre en el silencio, resignada y buena.

Mater dolorosa

fue un panal de mieles tu virtud serena.
para cada espina tuviste una rosa
y blanda sonrisa para cada pena.

Alma la más pura,
la más noble y bella,
flor de santidades,
fuente de dulzura,
fuiste aquí, en el mundo, tal como una estrella,
que iba derramando suaves claridades.

Me encuentro agobiado por la adversa suerte,
tengo hasta los bordes llena de veneno
la copa que apuro; estoy solo y triste,
mas quiero ser fuerte,
mas quiero ser bueno,
porque tú lo fuiste.

Santa madre mía,
la que me sostienes, la que me levantas,
con sólo evocarte, de todas las santas
como a la más santa te invoco, este día
de todas las madres. Estoy a tus plantas,
y es como plegaria mi melancolía.

UNA LAGRIMA

(En la tumba de mi prima Rosa Mercedes Baquero P.)

Como muere, en la tarde, en la floresta
misteriosa y callada.
marchito ya su cáliz, y exhalando
su último aroma la azucena pálida;

cual su murmullo espira y sin rumores
la ola tranquila y glauca;
que el marino huracán golpeó bravo,
en las arenas de desierta playa;

como alondra canora que, plegando
suavemente las alas,
da al aire su postrera melodía
y fenece en la fronda solitaria,

así murió la joven... Dulcemente
se desprendió aquella alma,
como del pecho plácido suspiro,
como del labio mística plegaria.

Ya helada está su frente donde había
como destellos de alba,
no se refleja en su pupila el cielo
ni en su sonrisa brilla la esperanza.

Su voz, más dulce que el arrullo suave
de las palomas blancas,
se extinguió como nota moribunda
de un laud cuyas cuerdas se arrancaran.

El hogar quedó triste y enlutado,
y en la doliente casa
y con crespones fúnebres envuelto,
el Ángel del Dolor posó sus alas.

¿Por qué caen del árbol de la vida
las más floridas ramas,
y por qué las estrellas sus fulgores,
al brillar más espléndidas, apagan?

Es la muerte cruel la segadora
que, cautelosa, avanza,
tronchando al mismo tiempo, el roble añoso
y la azucena endeble y delicada.

¡Oh, la ilusión fugaz! oh, la existencia,
ligera nube blanca
que se esfuma en el cielo, espuma leve
que el agua forma y que deshace el agua!

Ay! tan sólo el recuerdo de la hermosa
ha de quedar mañana,
cuando torne la tierra hacia la tierra,
cuando vuelva la nada hacia la nada.

Duerme, joven gentil, tranquila duerme
el sueño que no acaba,
al rumor de las brisas de la tumba
que tiene de gemido y de plegaria;

mientras el Dolor inacabable y duro
solloza en tu morada,
donde tu último adiós suena doliente,
donde aún tu sombra cariñosa vaga.

El trovador tan sólo, con el canto
que da su flébil arpa,
te deja entre las flores de tu fosa,
en señal de dolor, silente lágrima.

BRUMA ETERNA

(En la muerte del poeta Antonio C. Toledo)

Como la última nota,
como una nota suave y dolorida
de una arpa humilde, abandonada y rota;
así, oh! poeta, se extinguió tu vida.

Alma admirable y fuerte
en cuerpo casi exangüe, alma serena,
pasaste del silencio de tu pena
al eterno silencio de la muerte.

Cruzaste por el mundo, en angustiosas,
negras horas crueles,
llevando espinas y regando rosas,
bebiendo acíbar y vertiendo mieles.

No tuviste la audacia
de la mediocridad hecha ruido;
eras la poesía, eras la gracia
del divino rimar... ¡fuiste vencido!

Vencido? no, no fuiste, si te hería
el destino inclemente,

te armabas de un escudo; tu ironía,
una ironía plácida y doliente.

Y, por eso, en tu faz de Nazareno,
coronado de cardos punzadores,
tu espíritu sereno
cristalizó en bondad hondos dolores.

Como amante impaciente hacia tí vino
la Muerte, vino aprisa,
y, al mirarla, oh! cansado peregrino,
encontraste para ella una sonrisa.

No fue aquella hora para tí, la hora
de la aflicción que abrumba;
te trajo claridades... fue una aurora,
y le cantaste tú la última bruma.

AL CRUCIFIJO DE SU MESA

(En la muerte del gran patricio Honorato Vázquez)

Cristo del holocausto y el tormento,
ya el sabio ni te canta ni te nombra,
y te has quedado solo en su aposento,
donde aún parece disipar la sombra
con la luz de su egregio pensamiento.

Oh! Cristo de su mesa, ya tu hermano
partió, tranquilo, a la región ignota.
La dulce lira del ilustre anciano—
prototipo de hidalgo castellano—
yacé a tus plantas, enlutada y rota.

Unió a la ciencia la virtud; fue bueno,
con aquella bondad que, como el día,
derrama claridades: su sereno
espíritu selecto se veía
en su apacible rostro nazareno.

Oh! Señor Jesucristo, presidiste,
por largos años, su faena diaria,
junto a su pluma excelsa, y tú le viste
cuando ante tí elevaba a su plegaria,
siempre admirable, resignado y triste.

Tuvo él también calvario de dolores.
El infortunio destrozó su vida,
tronchando, uno tras otro, sus amores;
más de la sangre de la abierta herida
brotaron siempre milagrosas flores.

Con la conciencia de las almas puras,
clara, como el espejo que refleja
la luminosidad de las alturas,
en silencio sufrió, sin una queja
sus crueles e inmensas desventuras.

Enclavado en la cruz de su heroísmo,
buscó en su angustia soberano aliento;
se olvidó del dolor y de sí mismo,
para inmolarsse a un solo sentimiento:
su grande, su supremo patriotismo.

Coronada de nieves su cabeza
de preclaro varón, como las cumbres,
al verle tan augusto en su tristeza,
se inclinaron ante él las muchedumbres,
en solemne homenaje a su grandeza.

Y, así, llegó a la meta, paso a paso,
tal como un triunfador, erguido y fuerte,
con la alegría de alcanzar, acaso,
la inefable quietud. Tuvo su muerte
la magestad del sol en el ocaso!

Enero 27 de 1933.

ELEGIA

(En memoria de mi tía Rosario B. v. de Uquillas)

Fue una auténtica santa, sin sayal ni cilicio,
brotó entre los zarzales de la humana existencia
por un don peregrino, cual flor de sacrificio,
que, en su torno, difunde su más sutil esencia.

En el dulce silencio de su melancolía,
sobre su faz impresa, su corazón entero
en el amor inmenso de los suyos ardía,
convertida en perfume, tal como un pebetero.

Las penas de los otros, fueron sus grandes penas
y su alma delicada de humilde sensitiva
fue forjando una a una, las pesada cadenas
que le hicieron sentirse de su bondad cautiva.

Y, así, agotó la fuente amarga de su llanto
y pasó por el mundo en un peregrinaje
de dolores y tristezas y quebranto,
nostálgica del cielo, hasta su eterno viaje.

Se fue ya para siempre la ancianita amorosa
que fue el Hada Madrina de mi feliz infancia.
su pálida silueta de Madre Dolorosa,
del misterio insondable se perdió en la distancia.

Y otra vez Implacable me hirió . . . Cuantos vacíos.
en mi redor! . . . El alma de angustia estremecida,
voy abriendo las tumbas a los cariños míos
y en cada una dejo un girón de mi vida.

A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

compartí tus penas y tu soledad,
postrado de hinojos y juntas las manos,
en lejanos días de fe y de piedad,
Recuerdas, Señora? En días lejanos,

Fue mi santa madre, de todas las santas
la más dulce y buena, quien, llena de unción,
me llevó a tu templo, me puso a tus plantas,
me dijo el secreto de tu honda aflicción.

Alcé a tí los ojos, vi tu dolorosa
imagen bañada por cálida luz,
bella y abatida, tal como una rosa
de pétalos mustios, al pie de la cruz.

Era mi alma, entonces, como un blanco lirio
de esos que adornaban tu sencillo altar,
y, al ver tu abandono, tu inmenso martirio,
tu duelo supremo, me puse a llorar.

Sentí tu tortura. Tus siete puñales
se clavaron todos en mi corazón
y me dolí tanto de todos tus males
que fue una plegaria mi intensa emoción.

Pasaron los años. Cada uno ha traído
su hiel a mi copa: cada uno se fue
dejándome triste, dejándome herido,
sin una esperanza ni anhelos ni fe.

Señora, mi vida tan sólo es un yermo,
un lúgubre yermo, desierto y erial;
estoy solitario, doliente y enfermo,
y bajo la garra de un tedio mortal.

Y nadie en mis llagas sus bálsamos vierte
con una palabra siquiera de amor;
le llamo a la muerte con ansia, y la muerte
no quiere, inclemente, oír mi clamor.

Señora, recuerda que he sido en otrora
el fiel compañero de tu soledad,
y por aquel llanto de niño, Señora,
devuélveme hoy día piedad por piedad.

Señora, yo nada deseo. No pido
ni dicha ni glorias efímeras; haz
que tenga una tregua de paz y de olvido,
un poco de olvido y un poco de paz.

MORIR CALLANDO

No temas que el labio mío
revele a nadie lo que es
mi corazón. Ya lo ves:
me estoy muriendo, y sonrío.

Tengo el supremo pudor
de mis pesares ocultos;
no quiero que los estultos
se burlen de mi dolor.

Y llevo, así, el antifaz
de una ruidosa alegría,
para esconder mi agonía,
bajo una aparente paz.

Rugen, bravías, en mi alma
tempestad tras tempestad,
y nuestro serenidad,
y fijo en mi rostro calma.

No temas, sé padecer
de la suerte los rigores.
Como aquellos gladiadores
del circo, sabré caer.

Y, cuando manche la arena
con la sangre de mi herida,
nadie creerá que mi vida
ha consumido la pena.

MIS VERSOS

(Para Rafael Bruzual López)

Que te diga mis versos?... No me han quedado, hermano,
ni los ecos siquiera de mis viejas canciones
que tenían aromas de violetas tempranas,
que tenían sonrisas y rayitos de soles.

Pobres canciones mías! con que soñé en la gloria
cuando latía el pecho con todos los ardores
de los cariños castos y los anhelos locos
allá, en mi primavera de luz y de ilusiones.

¡Pobres canciones mías! ritmos de adolescencia
hechas con la adorable ingenuidad de entonces,
que escuchaba arrobada la madrecita mía
para laurearme luego con sus besos de amores.

En ellas vacié toda toda la esencia de mi vida
y puse todo el fuego que por mi sangre corre,
toda la rica savia de ese árbol que ha quedado,
después de la borrasca, sin hojas y sin flores.

Pobres las trovas mías!... En mi alma, lira rota
por la mano implacable de mis hondos dolores,

se extinguieron ya, como, sollozando, se extinguen
de un laud destrozado los últimos acordes.

Como lirios tronchados, como alondras heridas
murieron... Se apagaron como esos arreboles
de un día luminoso de estío, cuando pueblan
el azul infinito las sombras de la noche.

Todo he perdido, todo!... La madrecita mía,
que laurearme sabía con sus besos de amores,
se fué como mis versos... Estoy desamparado,
tengo hambre de caricias y de consolaciones!

Y, así, por esas sendas crueles de la vida,
como el Cristo por la agria pendiente de aquel monte,
rendido voy al paso de mi cruz, silencioso,
sin que en mi labio quejas desesperadas broten.

¡PIEDAD!

Piedad para los débiles, los niños
que van por los caminos de la vida,
huérfanos de esperanzas y cariños,
de caída en caída.

Piedad para sus frentes—abrileno
lirios que el viento del dolor inclina—
donde jamás tejieron los ensueños
su tela peregrina.

Piedad para sus ojos errabundos
que parecen mirar cosas extrañas;
ojos meditativos y profundos,
de pupilas hurrañas.

Para sus labios secos y marchitos
que la miseria con sus hieles llena,
piedad; piedad para sus rancos gritos
de hambre, de sed, de pena.

Piedad para sus rostros demacrados,
pálidos como rosas del invierno,
que nunca se han sentido acariciados
por el beso materno.

Piedad para sus manos, esas manos
que, cruzadas de rojas cicatrices,
demandan compasión de sus hermanos,
los ricos, los felices.

Piedad para sus plantas diminutas
que hieren y ensangrientan los zarzales,
plantas que, acaso, seguirán por rutas
y senderos fatales.

Piedad para sus cuerpos mal vestidos
que el frío azota y el calor hostiga;
cuerpecitos dolientes de vencidos
que caen de fatiga.

Piedad para sus tristes corazones
en donde nada canta ni florece,
yermos que el huracán de las pasiones
desvasta y aridece.

Piedad para sus almas sin ternuras
de donde huyeron ya las alegrías;
almas faltas de sol, almas oscuras
como ánforas vacías.

Piedad para sus días sin encanto,
piedad para sus noches sin sosiego,
piedad para su llanto,
piedad para su ruego!

EN LA PAZ CAMPESINA

Cementerio aldeano, que Primavera viste
de amapolas bermejas y blancos alelíos,
nada hay en tí que sea ni fúnebre ni triste;
lleno de sol, parece que con la muerte ríes.

Junto a tus grises tapias, que tapiza la hiedra,
abren lánguidamente sus pétalos las rosas
y revuelan en torno de tus cruces de piedra,
en jubiloso enjambre, doradas mariposas.

Eres, como tus muertos, humilde. De grandeza
la necedad humana no ha sabido rodearte;
mas, en cambio, la suya te da naturaleza,
con majestad que en vano puede igualar el arte.

Lejos de toda pompa, lejos de todo empeño,
lejos del falso brillo de torpes vanidades
y en tu honda paz, que dulce será dormir el sueño
eterno, tras de tantas y negras tempestades!

1919

Te vas, año caduco,
sin dejarme, en tu marcha,
ni una sola alegría
ni una sola esperanza.
Te vas, como viniste,
con tu hosquedad huraña,
fatídico y sombrío,
ceñuda la mirada.

Y, al hundirte, oh! viejo año,
en la tiniebla arcana,
me quedan de tu paso,
como memoria ingrata,
más tristeza en mi vida
y en mis ojos más lágrimas,
más canas en mi frente
y más nieve en el alma.

1920

No te pido, nuevo año,
las ilusiones blancas
que huyeron de mí un día,
como aves asustadas.
No aspiro a que me ofrezcas
aquellas glorias vanas,
tras las que corre, loca,
la necesidad humana.

No espero ya que escancies
aquí, en mi copa amarga,
ese licor divino
de la pasión que embriaga.
Sólo quiero, año nuevo,
que me lleve tu barca,
hacia el país del olvido,
a una piadosa playa,
solitaria e ignota,
de silencio y de calma,
en donde dormir pueda
el sueño del nirvana.

MI JUVENTUD HA MUERTO

Mi juventud ha muerto. La enterré aquella noche
en que arrancaste la última rosa de la ilusión;
la enterré sin hacerte ni siquiera un reproche,
tal como en una tumba, aquí, en mi corazón.

Mi juventud ha muerto, ha muerto como muere
la luz en el espacio y el perfume en la flor,
y salmodio yo mismo un triste **miserere**
por mi pasada dicha, por mi perdido amor.

DESALIENTO

Todo lo que yo amé en mi edad primera,
todo lo que canté en mi edad florida,
cuando el alma fue rosa en primavera
y una promesa de esplendor la vida,

el Destino cruel me ha arrebatado
o la cruel verdad desvanecido,
y de todo, al final, no me ha quedado
sino mi honda tristeza de vencido.

Mi madre es un recuerdo dulce y santo;
una muerta ilusión, el amor mío;
la fe, una llama que ha apagado el llanto,
y Dios, una palabra en el vacío.

que se perdió en brumosa lontananza.
y el ideal, en luz inasequible
sueño; en un cadáver, mi esperanza,
Se convirtió mi anhelo en imposible

De la amistad, de la amistad sin dudas,
que fue en mi corazón un noble culto,
no restan sino el beso de los Judas,
la torpe ingratitud o el vil insulto.

Contemplo con enorme desaliento
mis altares de ayer hechos ya trizas
y, consumido el lar, me falta aliento,
para avivar de nuevo esas cenizas.

Sangran mis pies, y por la dura senda
voy llevando la carga de la vida,
sin que haya un ser que mi dolor comprenda
ni restañe la sangre de la herida.

PARA LA HORA SUPREMA

Oh, Dolor! purifícame, hazme bueno, hazme fuerte,
Oh, Dolor! da a mi espíritu grandeza, en tu crisol;
quiero para aquella hora suprema de la muerte
la majestad que tiene en el ocaso el sol.

Quiero vestir el manto de las serenidades,
mirar desde alta cima los hombres y las cosas,
bañarme en peregrinas y suaves claridades
y, al final de la senda, ir deshojando rosas.

Quiero que nada manche ni turbe el pensamiento
quiero que se desligue de mí toda pasión
y que, al dar a la vida fugaz mi último aliento,
sea un vaso de perfumes todo mi corazón.

Quiero que, en el momento en que la fe desmaya
y en que la carne enferma puede flaquear, yo sea

el mismo hombre sincero de ayer y de hoy, y que haya
más valor en el alma y más luz en la idea.

Y quiero que, al sentirme bajo tu garra herido,
no me arranques un grito ni demudes mi faz
y, al partir a lo Ignoto, al Misterio, al Olvido,
aún enloren mis labios su sonrisa de paz.

AL FINAL DEL CAMINO

Señor, he terminado mi jornada,
estoy al fin de mi doliente vía,
y ya no debo nada
a la vida, le dí cuanto tenía.

Qué más pides, Señor? He recorrido
larga senda de espinas y asperezas,
y estoy desfallecido,
bajo el peso mortal de mis tristezas.

Mi fe de soñador, la fe que exalta
a un tiempo el corazón y el pensamiento,
se ha apagado; me falta
el estímulo noble de su aliento.

Dejé entre los zarzales que me hirieron,
con jirones de mi alma, mi esperanza,
y mis anhelos fueron
como nube fugaz en lontananza.

Tras la bravia tempestad, decaigo—
extinguidos ya todos mis fervores—
como árbol sin arraigo,
y sin savia, sin hojas y sin flores.

Mis pies se niegan a avanzar. No puedo
mi sandalia calzar de peregrino
oh, Señor! tengo miedo
de las piedras hirientes del camino.

¿Qué te pido, Señor? Sólo el remanso
de la infinita paz, sólo el beleño
del eterno descanso,
con que pueda dormir mi último sueño.

Es tan inútil mi existencia! Advierte
que se agotó mi sangre en cada herida
y que compro la muerte
con el dolor inmenso de mi vida.

Y dámela, Señor. La muerte amiga
de mi angustia será libertadora.
Señor, haz que bendiga
tan suprema piedad en esta hora.

LA NOCHE EN QUE YO MUERA

La noche en que yo muera quiero, Amada, que sea una
noche en que los rosales enfllore Primavera
sus rosas más gentiles, una noche de luna
serena y armoniosa, propicia a la quimera.

El viento, por lo suave, parecerá un suspiro,
una blanda caricia la luz de las estrellas,
y un ave enamorada, oculta en el retiro
del jardín, lentamente rimirá sus querellas.

La fuente, nuestra fuente, que era como hermanita
juguetona y alegre, verterá sus cristales
y tendrán sus murmullos, en la calma infinita,
algo así como el eco de viejos madrigales.

No sentiré los pasos que dé la Segadora
en mi torno; a mi lado llegará sin ruido
y, absorto en tus recuerdos, en esa suprema hora,
una embriaguez extraña me turbará el sentido.

Me dormiré en la muerte, pensando en la dulzura
de los días felices de nuestro ayer risueño
y, cuando deje mi alma su carnal envoltura,
sentiré en mi cabeza las alas del ensueño.

Y mi espíritu amante volará hasta tu estancia,
hasta el lecho en que duermes, oh! Bienamada mía,
para que tú lo aspiras convertido en fragancia,
para que tú lo escuches trocado en armonía.

Te besaré en la frente, con un rayo de luna,
imperceptiblemente te besaré dormida,
y nunca, como aquella, habrá existido alguna
más bella, y delicada y tierna despedida.

ALEA JACTA EST

Y bien; todo ha concluído
y está echada la suerte;
tú vas hacia el olvido,
yo voy hacia la muerte.

Fuiste tú mi postrera
y más bella ilusión;
te di mi vida entera,
al darte el corazón.

Y hoy, despiadadamente,
dejas rota esa vida
y al corazón doliente
con incurable herida.

Si mi dicha y mi calma
te llevas, a la vez,
dejas, en cambio, en mi alma
la indomable altivez.

Y, al ver cómo te alejas
y al sufrir tus agravios,
ni reproches ni quejas
te dirigen mis labios.

No esperes que te diga
que tornes hacia mí;
ni implora ni mendiga
el amor que te di.

Mi fe ha quedado trunca,
mas callo y me resigno,
sin humillarme. Nunca
me encontrarás indigno.

Tendré en mi orgullo fiero
mi torre de marfil;
porque el dolor prefiero
a ser cobarde o vil.

EL PLACER DE MORIR

Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir;
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.

Santa Teresa de Jesús

Muerte, cuando a mí vengas, no serás la maldita
Intrusa que, a su paso, los corazones hiela;
vendrás como una amante, vendrás como a una cita...
¡Hace ya tanto tiempo que yo te espero en vela!

En mi angustiada noche, creo ya que te aguardo
más siglos que los años dolientes que he vivido.
Qué esquivo me pareces y tu paso qué tarde,
para el anhelo mío de piedad y de olvido.

Te busco y no te encuentro; te llamo y no respondes.
Eres cruel e ingrata como mujer; te amo
y tu desdén me hiere. En dónde, di, te escondes,
Oh! Amada, que no vienes a mi dulce reclamo?

Para engañar las horas eternas de mi hastío,
finjo ver tu silueta al pie de mi ventana,
creo sentir tus besos de nieve en el rocío,
sueño con la inefable quietud de tu nirvana.

Cuando ese sueño sea realidad, cuando un día
llegue hasta mí tu barca, de la ignota ribera,
sentiré una inefable embriaguez de alegría,
porque vendrá contigo toda la primavera.

Oh! Deseada, qué dulce me será el poseerte,
qué dulce el entregarte mi pobre alma vencida,
en un supremo abrazo... Temo tan sólo, oh! Muerte,
que el placer de esa entrega me vuelva a dar la vida.

EL MAESTRO

Se fueron los chiquillos;
quedó vacía el aula,
vacía y silenciosa, como queda una jaula,
cuando, en busca de espacio, vuelan los pajarillos.

Y, cuando lentamente
se apagó, a la distancia,
el eco de las voces, tornó el maestro a la estancia
y un pliegue de tristeza se dibujó en su frente.

El último reflejo
de la tarde moría
y la sombra medrosa de la noche invadía
la clase solitaria y el corazón del viejo.

El maestro, el buen maestro,
en el silencio grave
de la hora, en su cerebro, como fatídica ave,
sentía que aleteaba pensamiento siniestro.

Tras de esa despedida
parecida a la muerte,
¿cuál sería el destino, el porvenir, la suerte
que a esos hijos de su alma reservaba la vida?

La vida es la madrastra
que implacable tortura;
la vida es la corriente cenagosa e impura
que a abismos insondables de pasión nos arrastra.

Y vió, en largos desfiles,
en su angustia suprema,
con la vertiginosa rapidez de un cinema,
de todos sus alumnos los rostros infantiles.

Cabecitas castañas
y cabecitas brunas
y cabecitas rubias ¿qué diversas fortunas
tendréis por los senderos, qué fortunas extrañas?

Esa risa que enflora
vuestros labios de grana,
risa alegre y divina, perdurará mañana,
cuando se desvanezca la edad encantadora?

¿Vuestras bocas, las bocas
que hoy desgranán canciones,
no mancharéis, acaso, con las imprecaciones,
en el vértigo infame de las orgías locas?

Oh! niños, oh! inocentes,
¿qué será de vosotros?
¿subiréis a las cumbres o, como tantos otros,
del crimen o del vicio iréis por las pendientes?

Ante ese colosal
enigma pavoroso,
el pobre viejecito tan bueno y cariñoso
sintió que su garganta oprimía un dogal.

Y, en su inmenso dolor,
el maestro, el buen maestro,
lloró, bajo la garra de su pensar siniestro,
en su Huerto de Olivos, como Nuestro Señor.

AMOR, DOLOR

El amor es dolor. Qué bien sabía
esta verdad—que, por mi mal, yo siento—
el sabio que expresó este pensamiento
de lúgubre y cruel filosofía.

El amor es dolor, dulce alma mía,
es un martirio inacabable y lento;
pero de ese dolor yo me alimento
y ese martirio el corazón ansía.

Es su angustia mi aliento; su tortura
mi goce; mi delicia su amargura;
mi luz su sombra; su inquietud mi calma.

Vivo por el amor y por él muero,
y, siendo vida y muerte, lo prefiero
a la incurable vaciedad del alma.

DESCRIPTIVAS

EN LA ERA

Agosto. Mediodía. Reverbera
en el cenit, el sol,
y el suelo de la era
arde, como si fuera
encendido crisol.

En el escueto campo, en la llanura
del segado triginal,
que promete la holgura,
no ofrecen su frescura
ni un árbol ni un zarzal.

Y, allí, en la tierra adusta, bajo el fuego
que abrasa sin piedad,
un robusto labriego
trabaja sin sosiego.
en ajena heredad.

Es joven y ágil. Sobre el cuello erguido,
su rostro de gañán,

como en bronce esculpido,
ha quedado curtido
en las luchas del pan.

Al soplo de una ráfaga importuna,
en loca dispersión,
su cabellera bruna
flota, tal como una
melena de león.

El ancho tórax vigoroso y rudo,
tórax de luchador,
al mostrarse desnudo,
se asemeja al escudo
que ciñe un triunfador.

El esfuerzo hincha el músculo; se empina
sobre los firmes pies,
y la parva culmina
con la opulenta hacina
de la bermeja mies.

Aspira un vaho abrasador. En torno,
hay como una embriaguez
de luz; la tierra es horno,
y produce el bochorno
una honda languidez.

Y sigue enhiesto el trillador. Azota
su torso el sol tenaz,
y el sudor, gota a gota,
cual de una fuente, brota
de su tostada faz.

Hay un silencio augusto: ni un ruido
se escucha ni un rumor.
El campo aridecido
se quedó sumergido
en profundo sopor.

Y, en medio de esa calma soberana,
toca con lento son
una esquila lejana.
La voz de la campana
invita a la oración.

Es la llamada del descanso. **Empieza**,
la hora de la quietud,
e inclina la cabeza
el campesino y reza,
en humilde actitud.

Y, cuando alza del suelo la rodilla
y pone el último haz
de la rubia gavilla,
hay en su alma sencilla
serenidad y paz.

PARVA DOMUS, MAGNA QUIES

Mi casita campestre, mi casita
clara y risueña, humilde y pequeñita,
vuelvo a tí, tras bravias tempestades,
para que tú me des la paz bendita
que calme mis ocultas ansiedades.

Te miro ya desde la altura. Asomas
al pie de la ladera, entre las lomas,
tal como un diminuto relicario
o como un blanco nido de palomas,
bajo la augusta sombra del santuario.

Así, alegre, riente, acogedora,
te evocaba mi mente soñadora.
Cómo me late el corazón, al verte;
cómo pienso que, acaso, en mi última hora,
me has de hacer dulce hasta la misma muerte.

Con intensa emoción llego a tus puertas,
que para recibirme están abiertas,
con el afecto de lejanos días,
y, al franquear tus umbrales, ya despiertas
en mí, otra vez, las muertas energías.

Eres la misma de antes. Tus palmeras
levantan más en alto sus cimeras;
el pomar que formé da ya maduro,
y rico fruto; hay más enredaderas
de jazmines que crecen junto al muro.

Sobre el arco gracioso de tu entrada
dejó el tiempo una pátina dorada;
la lluvia orineció tus verdes rejas;
el musgo se extendió en tu balaustrada,
la siempreviva se arraigo en tus tejas.

Casita mía, acaso, envejeciste,
como envejece todo lo que existe;
pero hoy, cuando buscando a mi fatiga
descanso, torno a tí, doliente y triste,
eres la misma cariñosa amiga.

Con la voz del recuerdo lisonjero
me hablas de todo lo que ansio y quiero,
como si me acogieras complacida,
y hasta las golondrinas del aëro
parece que me dan la bienvenida.

Después de rudo temporal deshecho,
me refugio al amparo de tu pecho
y, para descansar de los combates
que herido me dejaron y maltrecho,
pongo bajo tu sombra mis penates.

Huyendo de las torpes vanidades
del mundo, hallaré en tí serenidades
para mi pobre espíritu abatido.
Tú les darás, tras tantas tempestades,
a mi alma paz y a mi memoria olvido.

Con el alba, entrará por mi ventana
el vocinglero son de la campana
que llama a los labriegos a la misa;
despertaré y la luz de la mañana
será en mi corazón una sonrisa.

Envuelto en velos de carmín y armiño,
el sol, desde el oriente, como un niño
regocijado, jugueteón, travieso,
llegará a mi aposento y con cariño
pondrá en mi frente su encendido beso.

En el jardín, gorriones y jilgueros,
desde sus nidos, me enviarán, parleros,
el matinal saludo hasta mi estancia
y, abriendo el blanco azahar, los limoneros
me embriagarán con su sutil fragancia.

Exento de dolor y de tristeza,
saldré al campo, anhelante de belleza,
para aprender a leer, como un chiquillo,
el libro de la gran naturaleza,
que es tan sabio a la vez que tan sencillo.

Y el alto monte, el prado, el ondulante
rubio trigo, la fronda verdeguante
del bosque, el rosedal el manso río,
serán un baño de bondad sedante,
fresco y puro, cual gota de rocío.

Y, así, con el espíritu despierto
a la vida tranquila, sin incierto
afán, ágil el cuerpo y renovada
el alma toda, bajaré hasta el huerto,
para empuñar, como un gañán, la azada.

La tierra estará allí, noble y jocunda,
opulenta y feraz. En su profunda
entraña, abriré el surco a la simiente,
y en ese surco la labor fecunda
hará caer el riego de mi frente.

Y no serán esos esfuerzos vanos.
Todo enflorará bajo mis manos
y la tierra a mi amor agradecida—
más humana, en verdad, que los humanos—
dará frutos de bien, frutos de vida.

Entregado al trabajo deleitoso,
sólo lo dejaré, cuando, gozoso,
oiga la dulce voz, al mediodía,
de la adorada compañera mía,
que me llame, invitándome al reposo.

Será su acento, en la serena calma
del campo, una caricia. Toda el alma
vibrará de placer, en aquella hora,
y de mi afán encontraré la palma
en su suave sonrisa seductora.

A la tarde, escondido en la espesura
del bosque, de balsámica frescura,
departiré con mis amigos viejos—
los solos fieles, de fealtad segura—
mis libros, y ellos me darán consejos.

Cuando oiga, entre el ramaje solitario
que el *angelus* resuena en el santuario,
cuando escuche los místicos cantares
y las flébiles notas del rosario,
casita mía, tornaré a tus lares.

Y tú me aguardarás, como en espera
maternal, en el lar alegre de la hoguera,
encendida la luz en cada estancia,
cordial y alborozada, toda entera
plena de dulcedumbre y de fragancia.

Al extinguirse el sol, todas las cosas
quedarán adormidas, silenciosas,
y, envueltos en penumbra los jardines,
ebrias de amor se besarán las rosas
y esparcirán esencias los jazmines.

Una hora emocionante, de belleza
agusta será esa hora. Aun la tristeza
tendrá extraño dulzor y raro encanto
y se convertirá naturaleza
en templo colosal, solemne y santo.

Y, en la inmensa quietud, en la bendita
paz que al olvido y al perdón invita,
habrá en mi corazón un puro anhelo
de bondad inefable e infinita,
y como una oración subirá al cielo

.....
.....

Fue ésa mi aspiración. Cuando el destino
sembraba con abrojos mi camino
y con saña cruel me perseguía,
la visión del sosiego campesino,
como fuerza en la lid, me sostenía.

Todo fue un sueño, solamente un sueño.
La dura realidad truncó mi empeño
y por mi vía dolorosa sigo,
casita mía, mi rincón risueño,
ansiando siempre que me des tu abrigo.

Y ya nunca será! Nido deshecho
de mis amores quedarás. La suerte
no quiere que me ofrezcas blando lecho,
para entregarme en brazos de la muerte.

¡OH, DIVINA NOCHE!

Noche del huerto escondido,
divina noche serena,
viertes tú sobre mi pena
como un bálsamo de olvido.

Noche de ensueño propicia
para mitigar mi duelo;
es tu silencio un consuelo
y tu paz, una caricia.

Bajo el dosel opulento
del cielo, las indecisas
estrellas, son cual sonrisas
de luz en el firmamento.

ME VOY MUY LEJOS

¿Que a dónde voy?... Muy lejos me voy a dónde
no me siga el tumulto de las ciudades,
allá, donde el silencio su faz esconde,
donde imperan tan sólo las soledades.

En medio del humano bullicio, en medio
de las pasiones que aullan como lebreles,
lentamente envenena mi vida el tedio
y el hastío me ofrece todas sus hieles.

Odio las multitudes ebrias y locas
que van vociferando llenas de ira;
me exasperan los gritos de tantas bocas
donde anida la sierpe de la mentira.

Quiero escapar de todos los torpes lazos
de las enrucijadas de la vileza,
y ansío que me tienda sus dulces brazos
la cariñosa Madre Naturaleza.

Y, alimentando anhelos de cenobita,
mi alma débil y enferma, triste y huraña,
suspira por el yermo, por la infinita
desolación eterna de la montaña.

Y, así, busco, por eso, las altas cimas,
los páramos desiertos, los bosques graves
en cuyas misteriosas frondas, sus rimas
desgrana una bandada de hermosas aves.

EN LA LAGUNA DE SAN PABLO

Bajo el azul infinito,
el verde moaré del lago
vamos surcando, al halago
de lánguido Sanjuanito.

Deslie el sol sus diamantes
en la agua mansa y dormida,
y es todo luz, todo vida
en los campos circundantes.

Al frente, el viejo Imbabura,
que su cima en brumas vela,
se lanza como un centinela
formidable de la altura.

Y, a sus pies—que, rumorosa,
socava la onda tenaz—
en una eglógica paz
todo, en mi torno, reposa.

Cada campestre alquería
entre el espeso follaje,
pone en el dulce paisaje
una nota de alegría.

Y es el perenne verdor
en cuanto la vista alcanza,
una divina esperanza
de bienestar y de amor.

En la linfa cristalina,
la barca airosa se mece
y, a su ágil paso, aparece
una región peregrina.

Ofrece tanta belleza
conjunto múltiple y vario:
parece como un muestrario
la madre naturaleza.

Allá, en la abrupta ladera
riza el viento los trigales
y se yerguen los maizales
con su flotante cimera.

Junto al bosque perfumado,
que brinda albergue a su
sombra,
extiende su suave alfombra
de grama y trébol el prado.

De arriba, de entre los riscos
en fuga precipitada,
desciende, como cascada,
un rebaño a los ariscos.

Y, abajo, en la playa mansa,
que el agua en silencio besa
la vacada en la dehesa
serenamente descansa.

MEDIODIA

Derrama el mediodía su beleño
sobre todos los seres y las cosas,
como un mago de manos prodigiosas,
que poseyera el filtro del ensueño.

Duerme en la fronda el céfiro abribeño;
se dispersan en pétalos las rosas,
y hasta las golondrinas, perezosas,
hunden el pico en el plumón seducido.

Bajo un sol que calcina y enneguece,
todo se hunde en sopor, en esta hora
de quietud inefable e infinita.

Sólo la tierra alienta y se estremece—
fecunda e incansable creadora—
y en un espasmo colosal palpita.

LA VIEJA NOCHEBUENA

Recuerdo con olor zagalita,
el más bueno, el más puro de mi infancia,
aún guardo aquí, en el alma, tu exquisita
y virginal fragancia.

Tienes en mi cariño honda raigambre —
no te arrancaron las pasiones locas —
y de tiernas memorias un enjambre
en mi cerebro evocas.

Aunque el tiempo transcurrió, como cadena
de dolores y tristes desengaños,
como si fuera ayer, miró la escena
de mis primeros años.

El viejo barrio; calles desiguales,
solamente bañadas por la luna;
blancas y antiguas casas coloniales,
y, entre esas casas, una.

Es mi paterno hogar, es el tranquilo
hogar donde corrió sin inquietudes
y sin afán mi vida, noble asilo
de amor y de virtudes.



Hay luces en los campos corredores
ruido de risas y rumor de fiesta,
y de pitos, cornetas y tambores
se oye una extraña orquesta.

A través de guirnaldas campesinas,
que cuelgan del dintel del aposento,
contemplan, asombradas, las vecinas
el santo Nacimiento.

Visión inolvidable y peregrina
de mi niñez, te he contemplado tanto,
que aún te llevo grabada en mi retina
y me atrae tu encanto!

Al pie de un monte de cabeza hirsuta,
bajo la estrella rútila de Oriente,
entre el verde ramaje, está la gruta,
toda resplandeciente.

Y, allí, bajo la luz, que Helios deslía,
en el pesebre humilde, se divisa
al bello Niño Dios, que se sonríe
con plácida sonrisa.

Se confunde su blonda cabellera
con la paja rubial de los rastrojos
y un fulgor inefable reverbera
en sus azules ojos.

Como si contemplara a sus iguales,
a los dolientes niños pobrecitos,
sin abrigo y sin pan, tiende cordiales
sus brazos pequenitos.

Su mirada de amor nos enajena
y, llenos de divinas emociones,
se van, en esa dulce Nochebuena,
hacia El los corazones.

Junto al Infante Dios, Nuestra Señora
se inclina en inefable arrobamiento,
y San José, con la actitud del que ora,
le rinde acatamiento.

Y, en tanto el coro angélico modula,
suspenso en el espacio, sus conciertos,
las bestias del establo—el bucy, la mula—
abrigan sus pies yertos.

Descienden ya por los abruptos riscos,
con ofrendas de frutas y de flores,
dejando abandonados los apriscos,
pastoras y pastores.

Siguiendo de la estrella los destellos,
en el cristal de diamantinos lagos
reflejan su silueta los camellos
de los tres reyes magos.

Negros de color de ébano, en borricos,
conducen, diligentes, el tesoro
del símbolo don, presentes ricos
de incienso, y mirra y oro.

Y, luego, nuestra vista se recrea
en las más asombrosas maravillas,
los valles y collados de Judea,
ríos, bosques y villas.

Una emoción inenarrable llena
los puros e infantiles corazones
y se van, en la dulce Nochebuena,
hacia El los corazones.

INVIerno

Naturaleza mustia,
en su doliente desnudez, tiritita
y hay una voz de angustia
que en mi torno musita
el lento miserere
de todo lo que muere.

Cuando volvió el estío
de galas y de encantos, ha arrasado
el vendabal bravío,
y todo se ha quedado
en el silencio triste
de lo que ya no existe.

Cubre al paisaje niebla
y, envuelto entre sus pálidos cendales,
parece que se puebla
de sombras espectrales
que, en fantástica ronda,
se pierden en la fronda.

.....

El día huyó. Ha tendido
sus crespones la noche. Una lechuza
con lúgubre graznido,
rápidamente cruza
por el gris firmamento
como un mal pensamiento.

Y en tanto que se aleja
y en las mudas tinieblas pavorosas
misterio y horror deja,
el alma de las cosas
entona la elegía
de la melancolía.

Un inclemente cielo
de invierno, en el paisaje solitario
tiende un lívido velo;
y, bajo ese sudario
blanco, todo parece
que llora y se estremece.

Apagó la armonía
de sus claros y diáfanos cristales
la fuente que, en un día,
te cantó madrigales,
cuando, en su linfa pura
reflejó tu hermosura.

Sus cabelleras lacias
cuelgan los sauces, tristes y ateridos;
de las mustias acacias
penden rotos los nidos
y abaten las palmeras
sus airosas cimbras.

Van las hojas caídas—
en confuso y revuelto torbellino—
tal como nuestras vidas—
a merced del destino—
y, al llevarlas, el viento
lanza un largo lamento.

A LA LUZ ESTIVAL

A la luz estival, clara y radiante,
se sonrien los campos. En la altura,
se agita en el trigal la mies madura,
tal como un lago blondo y ondulante.

El limonero, en el jardín fragante,
se viste de azahar; la fronda oscura
está llena de arrullos, y murmura
la fuente, su canción acariciante.

Y, mientras el sosiego campesino
parece un himno en la fecunda vida,
por extraño contraste de la suerte.

En la ciudad, el vértigo asesino
de la implacable lucha fratricida,
siembra el dolor, la destrucción, la muerte.

LA TARDE EN GUAPULO

Hora de melancolía...
tras las montañas azules,
envuelto en cárdenos tules,
está extinguiéndose el día.

Las estrellas temblorosas
se sonríen en la altura,
y hay una inmensa dulzura
en los seres y en las cosas.

El humo, en la lontananza,
surge y se esfuma en el cielo;
asciende como un anhelo,
muere como una esperanza.

Un lejano rondador
se escucha como un lamento,
y es cada nota un acento
de pasión y de dolor.

Y, mientras, a la distancia,
se apaga el eco doliente,
difunden en el ambiente
los jazmines su fragancia.

Todo calla; honda quietud
hay en el campo; reposa
la tierra con amorosa
e inefable lasitud.

El viento en el saucedal
agita el ramaje espeso,
blandamente, como un beso
cariñoso y fraternal.

Enmudece la torcaz
abandonada en el nido,
y queda el valle dormido,
bajo una infinita paz.

Sólo del viejo santuario
de la Virgen de la Nube,
cual ave que a lo alto sube,
sale el rumor del rosario.

Y la voz de la oración
que se aleja, que se aleja,
es, a un tiempo, arrullo y queja
que llega hasta el corazón.

LA PLEGARIA DEL SILENCIO

Cruz blanca del camino, cruz triste y solitaria,
donde nadie ha elevado talvez una plegaria,
donde nunca hubo flores, donde nunca hubo cirios;
emblema desolado de todos los martirios
que el sol ha calcinado y el huracán azota;
cruz de los caminantes orittecida y rota,
en este Viernes Santo campesino, yo quiero
acercarme a tu vera, para ser tu romero.

Te alzas en la eminencia, sobre la abrupta roca
cuyo granito tiembla ante la furia loca
del Pastaza que ruga, en fiero paroxismo.
Pareces centinela del pavoroso abismo
y frente al monstruo airado, de espumosa melena,
te muestras más augusta, te muestras más serena.
Te miro como a buena y cariñosa amiga
y llego hasta tus plantas rendido de fatiga
el cuerpo y el espíritu. Tus brazos se han tendido
como para ofrecerme descanso, paz, olvido,
y a tu sombra me acojo, en busca de esos dones
que son como óleo suave para los corazones.

El paraje es agreste y singular. Enhiestos
peñones cuyas grietas fingen extraños gestos

de la naturaleza; salientes de pizarras,
que en el vacío extienden amenazantes garras;
murallas imponentes de piedras y de lava
que el volcán ha formado y que el turbión socava;
gargantas afiladas donde, tras de la espesa
fronda, la muerte aguarda, invisible, su presa,
y abajo, en lo profundo, al pie de la pendiente,
el río, la bravia y colosal serpiente.

Se estremece el espíritu ante el caos, se aterra
ante esas convulsiones furiosas de la tierra;
pero, al tiempo que esa honda desolación, divisa
la mirada la dulce y piadosa sonrisa
que, junto a los esquistos negros, descomunales,
ponen el verde tierno de los cañaverales,
el platanal cuajado, los naranjos floridos,
las casas en las lomas suspensas como nidos
y, más allá, a lo lejos, las montañas azules,
envueltas de las brumas en los flotantes tules.

Y, así, cobra el paisaje inenarrable calma,
sutil melancolía que penetra en el alma
y que es cual un sedante, tras la enconada lucha.
Todo es quietud en torno de mí. Nada se escucha
que perturbe el sosiego y el misterioso encanto
de la tarde tranquila, en este Viernes Santo,
y el silencio inefable es tu mejor plegaria,
cruz blanca del camino, cruz triste y solitaria.

AL FINAL DEL ESTIO

Aún pone el sol en el jardín florido
la gloria de su luz, bella y radiosa,
aún hay notas de amor en cada nido
y un aroma sutil en cada rosa.

Gracias, hermano estío. Todavía
nos ofreces el don de tus canciones
y escancias, generoso, tu alegría
en el vaso de nuestros corazones.

Cuando tú ya te alejes, cuando acabe
tu sonata final de despedida
y se mueran las hojas, nadie sabe
lo que a nosotros nos dará la vida.

La vida es el enigma. ¿Quién alcanza
a descifrar lo que ella nos reserva?
Es, a un tiempo, dolor y es esperanza;
es, a un tiempo, piadosa y es proterva.

EL POEMA DEL PERDON

Bajo un cielo que en añil
El horizonte teñía,
Jerusalén sonreía,
esa mañana de Abril.

Allá, el Moab, entre tules
lèves de gualda y violeta,
perfilaba la silueta
de sus montañas azules

y, en torno de la ciudad,
las tres sagradas colinas,
descarnadas, blanquecinas,
bañábanse en claridad.

En el Templo, al pie del Moria,
un sol triunfal y radioso
en el pórtico suntuoso
ponía un nimbo de gloria

y, envuelta en aquella lumbre
de oro, en el atrio gigante,
se congregaba, anhelante,
una inmensa muchedumbre.

En medio de ella, en la calma
grave del santuario augusto,
se oía la voz del Justo,
que penetraba hasta el alma.

Jesús hablaba. En su faz
de dulce melancolía
y astral palidez había
una sobrehumana paz.

Blonda y luenga cabellera
caía en sus hombros, flotante,
y era como halo brillante
sobre su figura austera.

De sus ojos, de expresión
inefable, ojos de santo,
emanaban raro encanto
y una extraña sugestión.

Y era su decoro tal,
que hasta su manto sencillo
tenía, en su cuerpo, el brillo
de la púrpura imperial.

Jesús hablaba: "Yo soy
el pan de la eterna vida
y es mi sangre la bebida
que, por salvaros, os doy.

Aquellos que tenéis sed
venid a mí, con fe ardiente.
Soy agua viva. En mi fuente,
de esa agua viva bebed.

Es mi doctrina de amor.
Dios da el sol, de bondad pleno,
tanto al malo como al bueno,
al justo y al pecador.

Es uno el linaje humano.
No tengáis gesto altanero
para aquel que es extranjero;
ved en cada hombre a un
hermano,

No uséis la ley del Tali6n.
A los que os odian, amad;
por los que os hieren, orad.
¡Es tan hermoso el perd6n!"

Regaba así, la simiente,
y era su acento divino
como arroyo cristalino
que manara mansamente.

Absorta, la multitud
escuchaba, silenciosa,
la palabra milagrosa
de extraordinaria virtud.

De pronto, grupo siniestro,
lanzando discorde grito,
con iracundia inaudita
se presentó ante el Maestro.

Era una turba de escribas
y fariseos. Con ellos,
llevada por los cabellos
y con las manos cautivas,

una mujer, sin vestido —
flor de angustia de tormento —
en el duro pavimento
cay6, lanzando un gemido.

"Rabí, dijo uno, Rabí,
a su fe y su ley perjura,
sorprendinos a esta impura.
Te la traemos aquí."

Alzaron a la mujer,
florosa, aterrada, muda,
y su belleza desnuda
se vi6, al sol, resplandecer.

Un prolongado rumor
se elev6 en torno de Cristo...
¡Nunca, juntos, se habían visto
tanta hermosura y dolor!
y la carne, temblorosa,
se mostraba deslumbrante.

Y ese cuerpo venusino

Era un mármol palpitante
su cuerpo gentil de diosa,
conservaba las señales
de veinte manos brutales
del Sanbedrín asesino.

Las crenchas largas y sueltas
de su cabellera rubia
caían, como áurea lluvia,
sobre sus formas esbeltas.

Un guijarro infame, aleve,
de ese furioso tropel
rasgó la sedosa piel,
junto a sus sienas de nieve,

y la mancha de la herida,
que manaba lentamente,
era una rosa encendida
en el marfil de su frente.

Sus ojos, en donde el cielo
reflejó su claridad,
como implorando piedad,
lloraban con desconsuelo,

y en su boca, blando nido
de la sonrisa y del beso,
el terror había impreso
como un rictus dolorido.

El implacable enemigo
siguió diciendo: "Rabi,
tú, que eres tan sabio, di
¿cuál debe ser su castigo?"

Esta mujer que aquí ves
ha cometido adulterio,
y tan atroz vituperio
penó la Ley de Moisés.

Será la lapidación
lo que merece el pecado
o, como tú has enseñado,
merece talvez perdón?"

El fariseo reía,
al decir "Maestro, contesta"
y esperaba la respuesta
a su sangrante ironía.

Y, en tanto que la reunión
sus palabras aguardaba,
Jesús callaba, callaba,
sin expresar su opinión.

Le contemplaban, malignos,
los escribas. Con el dedo
él iba trazando, quedo,
en el suelo, ciertos signos.

"¿Cómo comprender su intento—
pensaban sus enemigos —
¿pone nombres de testigos
sobre el sucio pavimento?"

Gritáronle "Contestad"!
las gentes del Sanhedrin,
y, erguido, entonces, al fin,
con serena magestad,

el Profeta, inspirado,
les dijo: "Que, en este trance,
la primera piedra lance
quien libre esté de pecado."

Con sus miradas de fuego,
midió a la turba farsante,
y, en el silencio expectante,
continuó escribiendo, luego.

Vibró, como vibra el trueno
con el rayo que fulmina,
aquella frase divina
que pronunció el Nazareno.

Los fariseos, heridos
con sus armas, de rechazo,
cayendo en su propio lazo,
se miraron confundidos.

Acaso, había el Profeta,
con su visión soberana,
como en la Samaritana,
visto su vida secreta.

No habló su soberbia loca;
bajaron la altiva testa,
y no se abrió a la protesta
ni a los agravios su boca.

Temblaron. Estaban ciertos
de que los signos trazados
eran sus propios pecados,
y, de vergüenza cubiertos,

su despecho devorando,
se fueron, como serpientes,
uno a uno, entre las gentes,
en silencio deslizando.

Huyó el grupo proditorio,
como para eterno ejemplo,
y se oyeron en el Templo
aplausos del auditorio.

Alzando Jesús los ojos,
con mirada protectora,
contempló a la pecadora,
arreholada en sonrojos.

"En dónde están—preguntó —
tus fieros perseguidores?
¿De aquellos acusadores?
alguno te condenó?"

Y contestó la doliente,
toda encendida en rubor:
"Ninguno de ellos, Señor;
huyeron cobardemente."

Entonces, el Rabí, lleno
de augusta serenidad,
dijo, con honda piedad:
"Yo tampoco te condeno.

Vete en paz, pobre mujer.
Ya tu pecado de amor
ha redimido el dolor
y ha borrado el padecer.

No vuelvas más a pecar;
en tu falta no reincidas.
Quizá de nuevas caídas
no te podrás levantar."

Tan convincente dulzura
tenía aquel suave acento,
que surgió el remordimiento
en el alma de la impura.

Dobló ante él el grácil busto
y, así, postrada de hinojos,
con lágrimas de sus ojos
ungió las plantas del Justo.

Caían lentas, gota a gota,
esas lágrimas y, al verlas,
parecían como perlas
salidas de esa alma rota.

Cristo de sus pies la alzó,
secó en su pupila el llanto,
puso sobre ella su manto
y, después, la despidió.

Y, al partir, callada y sola,
la pecadora, la impura,
con aquella vestidura
iba envuelta en una aureola.

EN LA PAZ DE LA HORA

Tarde plena de luz, tarde tranquila
que te mueres envuelta en un celaje
de oro, de rosa y lila,
te quiero, así, para mi eterno viaje.

Cuando llegue hasta mí la Segadora
a libertar de su envoltura a mi alma,
que sea en esta hora
dulce y serena, de infinita calma.

Entonces, como hoy, tras de la fronda,
en fantástico cielo de quimera,
el sol, cuando se esconda,
será una inmensa y colosal hoguera.

Al fulgor de sus últimos reflejos
que iluminen los vastos horizontes,
mostrarán, a lo lejos,
áuricas diademas los nevados montes.

Los valles, cobijados con el manto
de la penumbra, quedarán dormidos,
y un misterioso encanto
turbará el corazón y los sentidos.

El viento, blandamente, sin rumores,
moviendo apenas el frondaje espeso,
deshojará las flores
con la inefable suavidad de un beso.

En el fragante y húmedo potrero,
rumiarán mansamente las vacadas
y hacia el nativo alero
tornarán golondrinas rezagadas.

Todo será sosiego en torno mío;
en la cumbre, en el bosque y en el prado,
y hasta la voz del río
tendrá un eco más lento y apagado.

Lejos de todo afán y todo empeño,
en esta paz eglógica y propicia
para un divino ensueño,
el silencio será como caricia.

Y cuando en la campiña solitaria
se oiga el eco doliente y cadencioso
del *angelus*, plegaria
de la melancolía y del reposo,

riclará, temblorosa e indecisa,
una estrella en la oscura lontananza,
tal como una sonrisa
de piedad, de amor y de esperanza.

Y mi espíritu — esencia que consume
el afán de una pena honda y secreta, —
se irá, con el perfume
exquisito y sutil de una violeta.

ACUARELA

Un claro día del Abril florido;
una mansión claustral, adusta y vieja;
un inculto jardín, tras de una reja,
que convida al reposo y al olvido;

una fuente que corre con ruido,
fingiendo una plegaria o una queja,
y, oculta entre la fronda, una pareja
de jilgueros, besándose en un nido.

Y, en medio a esa quietud, mansa y serena,
que, de un encanto misterioso plena,
tiene la suavidad de una caricia,

junto a un rosal que ríe, solitario —
blanca como las hostias del sagrario —
la silueta gentil de una novicia.

BAÑOS

Rinconcito de paz! Cómo pudiera
ya para siempre, por la vida entera
gustar de tu dulzor,
y en tu serenidad embebecido,
en fuente tammatúrgica de olvido
mitigar mi dolor.

Aquí, entre tus murallas de granito,
escuchando la voz de lo infinito,
calmaría mi afán,
lejos de las humanas mascaradas,
al rumor colosal de las cascadas
y al rugir del volcán.

Entre lomas, al pie de una barranca,
levantaría una casita blanca,
cerca de un manantial,
y, en esa grata soledad oculto,
ni odio, ni ingratitud, ni torpe insulto
me causarían mal.

El sol, mi viejo amigo, me traería
a mi retiro humilde, de alegría
su milagroso don,

y, como una divina primavera,
con rosas de ilusión enflorciera
mi yerno corazón.

Sin que me inquiete el porvenir incierto,
cultivaría con amor un huerto
con olor de azahar,
y para descansar de la faena,
bajo la sombra de frescura llena,
me pusiera a soñar.

Así fuera mi vida, como fuente
sellada que, serena y mansamente,
manara siempre igual,
sin que enturbien su linfa cristalina
ni locas ansias ni ambición mezquina
ni la pasión fatal.

Y si el rumor de necias vanidades,
como un eco, hasta mí, de las ciudades
llegase alguna vez,
ante esta singular naturaleza
de extraña y terrorífica belleza,
mediría la humana pequeñez.

Baños, abril de 1931.

EL AGUACATAL

Los árboles gigantes — cada uno es un abuelo del bosque — en el espacio extiende su ramaje, como amorosos brazos, y forma su follaje dosel de susurrante y suave terciopelo.

Un tapiz opulento de trébol cubre el suelo y en esa verde alfombra, a través del encaje de la fronda, manchando bellamente el paraje derrama el sol topacios y zafiros el cielo.

Hay un secreto encanto en esta memorosa soledad, saturada de nardos y de rosa y bañada en el oro y el carmín del ocaso,

y parece que vivo, en esta hora, un idilio de Teócrito, una égloga fragante de Virgilio o una estrofa divina del dulce Garcilaso.

AL PASTAZA

Al formar la cascada "Inés María"

Tú me recuerdas al Titán vencido,
en tu ira excelsa, en tu infinita saña.
Tú, como él, pretendiste la montaña
escalar, y al abismo has descendido.

Un implacable dios te ha retorcido,
como a serpiente colosal y extraña
y de las pétreas rocas en la entraña
te hundes aún más y lanzas tu rugido.

Pero aún tienes aliento todavía,
a pesar del dolor con que te abrumba,
y, al extinguirse tu imposible anhelo,

magnífico y terrible en tu osadía,
a lo alto arrojas tu sutil espuma,
para escupir tus cóleras al cielo.

Baños, abril de 1931.

RIO VERDE

Berbiquí de cristales, desde la cima enhiesta
que al azul infinito alza la hirsuta frente,
saltando entre peñones, cantando alegremente,
desciende el claro río a la feraz floresta.

El valle engalanado como para una fiesta
suave regazo ofrece al diáfano torrente,
se mira en el espejo de su pura corriente
y, entonces, la esmeralda de su color le presta...

Las linfas, encantadas del divino paraje,
Reposan un instante del turbulento viaje;
luego, con nuevo impulso reanudan la carrera,

y, al caer en el abismo, su caudal se desata
tal como un regio manto de brocado de plata,
con que adorna su cuerpo gentil la Primavera.

POESIAS VARIAS

AMOR

Cruel e inefable amor
hunde en mi pecho tu daga.
Es divino tu dolor,
que me ofende y que me halaga.

Siento en mi pecho el ardor
de un fuego que nada apaga;
dame a beber tu licor,
que me envenena y embriaga.

Hazme aspirar tu perfume
que me alienta y me consume.
Sólo ansío poseerte

en mi alma y mi pensamiento.
Sé mi dicha y mi tormento,
sé mi vida, sé mi muerte.

EL ALBA EN LA TINIEBLA

Cuando me dijo que me amaba, el cielo,
en esa tarde gris, lluviosa y fría,
de fúnebres crespones se vestía
y la noche tendía ya su velo.

Mas yo no vi, en el colmo de mi anhelo,
la tiniebla en la bóveda sombría,
sin estrellas, ni vi que, ausente el día,
se hundió la tierra en mudo descosuelo.

Escuché sólo el musical acento
de su voz inefable y seductora;
la luz miré de sus divinos ojos,

y, de mi inmensa dicha en el momento,
sentí en mi corazón como una aurora
teñida en el carmín de sus sonrojos.

EN LA PAZ DE LA TARDE

En la paz de la tarde suave, mansa y serena,
oh, dulce Amada mía, se diluye mi pena,
y el dolor de tu ausencia pone sobre el encanto
del risueño paisaje como un velo de llanto.

Otra vez, Bienamada, el sol, como en otrora,
con un nimbo bermejo las cordilleras dora
y otra vez en el valle derrama su sonrisa,
bella cual la sonrisa de amor de Monna Lisa.
Detrás del alto bosque, cuyos árboles viejos
nos brindaron su sombra cariñosa, a lo lejos,
brillan las esmeraldas de los cañaverales
y ondean, como rubios estanques, los trigales.
Al pie de las distintas y desiguales lomas,
se ven los caseríos, blancos como palomas;
el humo de las chozas sube, cual un anhelo
de las almas ingenuas, al infinito cielo,
y cruzan lentamente por los ásperos riscos
los rebaños de ovejas, con rumbo a los apriscos.

Una quietud egológica infiltra su dulzura
en todo. Hay un silencio inefable. A la altura,
hasta la fronda amiga, misteriosa y callada,

sólo llega a mi oído, isócrona, apagada,
como el ritmo gigante de un corazón que late,
la voz grave del río que entre las peñas bate
la corriente bravía. El viento se ha dormido.
Dos jilgueros se besan quedamente en el nido
ocultando su dicha. Una abeja golosa
ansiosamente liba las mieles de una rosa,
y, junto a mí, dos albas margaritas gentiles
se inclinan, para darme sus esencias sutiles.

Cuántas y cuántas veces — lo recuerdas, bien mío?
miramos, en las tardes templadas del estío,
esta visión de ensueño: monte, valle, bosque,
flores, nidos y brisas... Es el mismo paisaje,
pero, con ser el mismo, en él todo ha cambiado;
porque ya no te encuentras, como antes, a mi lado;
porque ya no contemplo, en mis locos anhelos,
reflejarse en tus ojos el azul de los cielos;
porque no oigo, en el canto de tu voz cristalina,
esta música blanda de la paz campesina,
y no aspiro en tu aliento el olor de jazmines
y azahar, que despiden los floridos jardines.

Ya no encuentro el hechizo de aquel tiempo lejano,
ya no siento en las mías la presión de tu mano,
ya no tengo tu talle de mis brazos cautivo
ni disfruto la gloria de tu beso furtivo.
Estoy solo y doliente, y te pienso y te adoro,
y es tu dulce recuerdo como un rico tesoro,
como un rico tesoro de divinos joyeles,
con que engaño las horas de la ausencia, crueles.

AQUELLA TARDE

La tarde gris, la tarde nebulosa
se envolvía en un manto de tristeza,
y, a su pálida luz, de tu belleza
emanaba el encanto de una diosa.

Yo te ofrecí la diminuta rosa
de mi jardín, y tú con gentileza
guardaste aquella flor en la tibieza
del seno, como en ánfora preciosa.

Llegaba a nuestro oído una doliente,
romántica canción. Traducía ella
mi sentir, y callé. Profundamente

te miré, y en tus ojos seductores
vi una esperanza, una divina estrella
que en la noche brilló de mis dolores.

LA AGONIA DE LAS ROSAS

Ya hay rosas en mi huerto,
y en silencio cada una se deshoja.
Como tu amor ha muerto
para mi amor, ya no hay quién las recoja.

Y son frescas y bellas
y fragantes. Vertió, al romper su broche,
sus perfumes en ellas
el alma encantadora de la noche.

Las hermoseó el rocío
con la vívida luz de sus joyeles
y destiló el estío
en los abiertos sépalos sus mieles.

Hay pálidas, con una
palidez luminosa de alabastro.
Un rayo de la luna
las besó, y de ese beso quedó el rastro.

Otras hay sonrosadas
de un tono suave, delicado y leve,
que parecen formadas,
como tu carne, de carmín y nieve.

Y hay otras encendidas,
rosas de fuego, rosas de pasión,
rojas cual las heridas
que tu desvío abrió en mi corazón.

Yo las planté en un día
y las cuidé, como hábil jardinero,
dulce adorada mía,
para alfombrar con ellas tu sendero.

Y, como espero en vano
que tornes hacia mí; como ya ha muerto
tu amor, no hay una mano
que recoja las rosas de mi huerto.

Oh, tristeza infinita
la de esas rosas que agonizan solas,
aguardando tu cifa,
mientras se lleva el viento sus corolas!

Cual la mía es su suerte;
cómo la mía su esperanza toca:
no volverán a verte,
no mezclarán su aroma al de tu boca.

Su pompa soberana
y toda su belleza peregrina
sólo serán mañana
polvo sutil que el viento arruolina.

Si es que vuelves, acaso,
al huerto en que tu ausencia me consume,
hollarás, a tu paso,
lo que es hoy hermosa y es perfume.

Y, entonces, indiferente,
no pensarás, talvez, que lo que huellas
será mi alma doliente,
que -- toda entera -- yo la puse en ellas.

CREPUSCULO

Como amigas discretas, las sombras de la noche,
entraron lentamente en la apartada estancia;
y del huerto cercano, desatando su broche,
las rosas me ofrecieron el don de su fragancia.

Yo estrechaba tus manos y bebía el aliento
del clavel de tu boca. Una extraña dulzura
tus palabras vertían, y el panal de tu acento
derramaba sus mieles sobre mi honda amargura.

Recliné en la blancura de tus senos mi frente
y, al sentir en mí el fuego de tus ojos divinos,
se borró en mi cerebro la noción del presente
y olvidé hasta lo que eran nuestros propios destiuos.

La tiniebla, amorosa, nos cubrió y en la calma
de aquella hora inefable, que colmaba mi anhelo,
sentí como si hubiera descendido hasta mi alma,
con sus estrellas todas, el infinito del cielo.

HERMANA SUAVIDAD

Hermana Suavidad, te amo en cuanto **eres**,
En todo cuanto está tu poesía:
En la idea, en las cosas, en los seres,
En la luz y el perfume y la armonía.

Te amo en la tarde pálida y serena,
Cuando despide el sol su último lampo,
Y el lento son del ángelus resuena
En la infinita soledad del campo.

Te busco en el misterio de las frondas,
Cuando la paz del huerto enflorado,
Sabe verter sobre mis penas hondas
El sedante befeño del Olvido.

VERDE COPA, MI MUSA DE POETA

Verde copa, mi musa de poeta,
cuando el licor en el cristal titila,
pienso yo que me mira la pupila
de alguna hurí con que soñó el profeta
musulmán, en la mansión tranquila.

Con cuanto afán espero de esos ojos
el misterioso encanto sugestivo,
el que deja mi espíritu cautivo,
aquel que trueca en rosas mis abrojos
y en edén el erial en que yo vivo.

Oh! Musa, dame la embriaguez, tú creas
un mundo para mí desconocido
y, robándome el alma y el sentido,
haces reflorar nuevas ideas
dentro de mi cerebro ensombrecido.

Tú eres luz, y mis noches iluminas,
eres fuego, y me abrazas en tus llamas,
eres la amante y al placer me llamas,
al corazón arrancas sus espinas
y en sus heridas bálsamo derramas.

Cuando sienta tus cálidas caricias,
no me perseguirá con su odio insano
la grito infame del rebaño humano;
ni envidias y calumnias y estulticias
me arrojarán el fango del pantano.

Y, entonces, ya no oiré, negra y bravia
la tormenta rugir de las pasiones,
ni fenecer veré mis ilusiones
de perjura mujer por la falsía
ni de amigo falaz por las traiciones.

Dicen, Musa, que tú eres asesina;
que veneno letal tu copa vierte;
nada me importa ¡que te llamo advierte!...
¡quiero que me envenene la divina
sensación de tus ósculos de muerte!

Acercad, oh bohemios soñadores
la verde copa, aspiraré su esencia
mientras me acariciáis con la cadencia
de la estrofa de luz de Julio Flores
y las lánguidas rimas de Valencia.

A UNA ARTISTA

Oh delicada artista, oh soñadora,
que, en la góndola azul del pensamiento,
bogando vas hacia el país divino
do finge sus mirajes el ensueño.

Tú eres hermana de los lirios, tienes
en tu frente —nidal de los anhelos —
la lánguida tristeza de esas flores
que suspirar parecen en silencio.

Tú eres hermana de los lirios, guardas
oh cantora gentil, cual guardan ellos,
en el cáliz de tu alma peregrina
la embriagadora esencia de tus versos.

LAZOS DEL RECUERDO

Cae la nieve ya del abandono.
Ya todo en torno nuestro es hoy diverso.
No importa, a comprender sólo ambiciono
En nuestra alma todo el Universo.

Nunca como en esta hora te he querido,
Y es este amor un vínculo tan fuerte,
Tan a prueba de ausencia y del olvido,
Que sólo puede desatar la muerte.

Y ni la muerte acaso. En el instante
En que ella llegue a herirnos, todavía
El recuerdo, con lazos de diamante,
Nos seguirá ligando, Amada mía.

ERES ASI

Es tu frente de espumas y marfiles;
tus hechiceros ojos son turquesas;
rosas que envidiarían los abriles,
tus mejillas; tus labios son dos fresas.

Hay en tu faz patricia los perfiles
de aquellas venecianas dogaresas,
gráciles, delicadas y gentiles,
cuyo amor era un premio a las empresas.

ERES INEXORABLE

Eres inexorable. Yo quisiera
darte la vida entera
por ver una sonrisa de tu boca:
mas nada ya tu corazón conmueve,
frío como la nieve,
duro como la roca.

Eres inexorable. Evoco en vano
de aquel tiempo lejano
el recuerdo. El amor que me tuviste;
gozas al verme herido,
gozas al verme triste.

Y me resigno. Mana, gota a gota,
sangre del alma rota,
y en medio de la angustia que me aqueja
ya tu lo ves, a tu rencor me inmolo
eternamente solo,
sin siquiera una queja.

A veces al herirme tu desvío,
como puñal, me río
de mi mismo dolor, y te perdono!
porque pienso, sin hiel y sin encono,
que, en la vida, no puedo ya ofrecerte
nunca otra dicha que mi propia muerte.

COMO TEMO LEER EN TU FRENTE

Cómo temo leer en tu frente,
cómo temo que, abierto ese libro,
vea escrito en sus hojas un nombre
que no sea el mío.

Cómo temo leer en tus ojos,
cómo temo, a travez de ese brillo,
con que irradian tus negras pupilas,
mirar un abismo.

Cómo temo bajar hasta tu alma—
que fue un día el santuario bendito,
que la ofrenda guardó de mi culto—
y hallar el vacío.

Tú no sabes las hondas congojas
de mi pecho, no sabes que vivo,
acosado de dudas crueles,
doliente, intranquilo.

El rosal de mi dulce esperanza
va quedando ya seco y marchito,
ya sin savia, sin hojas ni flores,
sin sol, ni rocío.

Y mi fe es un esquife que flota
sin concierto, ya roto y perdido,
sin hallar una playa clemente,
merced al destino.

Yo te di lo mejor de mi vida:
toda mi alma; te di el infinito,
el inmenso caudal de ternuras
que guardé desde niño.

VEN, ACERCATE MAS

Ven, acércate más, junto a mi pecho,
como en los días bellos y lejanos,
en que, al abrigo de este mismo techo,
estrechabas mi mano entre tus manos.

Las zarzas todas de la selva oscura
me hirieron, en la senda de la vida;
mas la suerte, al final, con tu ternura
me dá el remedio para cada herida.

Lastimaron mis pies, una por una
las espinas del áspero trayecto;
mas, al final, me ha dado la fortuna
el ólco milagroso de tu afecto.

A UNAS MANOS

Manos libertadoras de mis negros martirios,
manos hechas de rosas, manos hechas de lirios,

manos que, peregrinas, valéis más que un tesoro,
¡oh manos de mi amada, yo os ansío, os adoro!

Cuando, llenas de aquellos perfumados hoyuelos,
donde se enciende toda la gracia de los cielos,

os posáis en mi frente, amantes y piadosas,
yo contemplo divinas visiones luminosas.

Y amo la vida, entonces, y siento que la gloria
me corona con lauros de una inmortal victoria.

Que hay algo como un nimbo de luz en mi cabeza
y se va, fugitiva de mi ser, la tristeza.

Y florecen en mi alma las esperanzas bellas
como en la noche bruna florecen las estrellas.

Y sobre mí la dicha sus ánforas derrama
y misteriosas voces me dicen: "goza y ama!"

Manos donde figuran destellos de alborada,
manos blancas y suaves, manos de mi Adorada,
que, haciendo de ternuras milagroso derroche,
sabéis desgarrar todas las sombras de mi noche.

Manos que adoro tanto, cuando llegue traidora
tendiéndome sus brazos la negra segadora,
y me hiera implacable su guadaña inclemente,
posaos en mis labios, posaos en mi frente.

Yo quiero en esas horas, de mi dolor, supremas
ceñir la más hermosa de todas las diademas.

Quiero que se liberte el ánima cautiva,
bajo vuestra inefable caricia sugestiva.

Quiero sentirme bueno, quiero sentirme fuerte,
quiero sentir la vida en brazos de la muerte.

COMO UNA FLOR DE ESTIO

Del amor inmortal que me ofreciste,
del amor que juzgábamos eterno,
nada nos queda ya, ya nada existe.
Fue flor de estío que mató el invierno.

Cómo pudo engañarnos a tal punto
de la ilusión el mágico espejismo!
Hoy, extinta la llama, me pregunto
si la misma eres tú, si soy el mismo.

Tardes de ayer que mi memoria evoca,
citas de la calleja solitaria,
dulces frases y besos de tu boca,
sólo son cual ceniza funeraria.

Talvez ya no recuerdes de esos días
que, a un tiempo, están tan cerca y tan lejanos,
cuando con voz de arrullo me decías,
estrechando mi mano entre tus manos:

"Sólo sé que soy tuya. No comprendo
cómo pude vivir sin conocerte.
Va esta inmensa pasión en que me enciendo
más allá de la vida y de la muerte."

Y cuando, quedamente y al oído,
te contestaba yo: "Al olvido temo",
replicabas: "No nombres al olvido;
ten en mi culto fe, no seas blasfemo."

Declinaba la tarde. Lentamente
invadía la sombra el aposento
y contemplaba en tu pupila ardiente
las luces fulgar del firmamento.

Temblabas de emoción y de ternura
y de loca pasión a los excesos,
en esta hora inefable de ventura,
estallabas en lágrimas y en besos.

Y, entonces, era aquella humilde estancia
palacio de riquezas milagrosas,
donde yo me embriagaba en la fragancia
de tu cuerpo de nardos y de rosas.

Mi lírica plegaria de poeta
antes de despedirnos te decía
y repetías tú, como Julieta:
"Oh, mi Amado, es temprano todavía".

Oh, divina embriaguez! Como dos niños,
olvidamos las duras realidades,
nos amamos con todos los cariños,
fuimos de un solo ser como mitades.

.....

He vuelto al viejo barrio, a la apartada
calleja colonial, al blando nido
acogedor de antaño. En ellos nada
la crueldad del tiempo ha destruido.

Todo cual lo dejamos aún subsiste,
pero todo está frío y está yerto.
Tiene aquel cuarto un no sé qué de triste,
como si alguien en él se hubiese muerto.

En búcaro empolvado, se consume
an tulipán de la postrera cita:
mas no despide su sutil perfume
la flor difunta ya, seca y marchita.

Ella es, en su abandono, el fiel emblema
de aquel idilio que creiste eterno,
en otro tiempo. Tu pasión suprema
fue flor de estío que mató el invierno.

Feneció esa pasión sin agonía,
sin siquiera un adiós, sin un reproche,
como la luz del más radiante día
en las hondas tinieblas de la noche.

Y, al encontrarnos hoy, indiferentes,
por los senderos de la vida, pienso
si fue un sueño no más de nuestras mentes
aquel amor inenarrable, inmenso.

PASION

Pasión que has de morir incomprendida
y en imposible anhelo me consumes,
eres, en el silencio de mi vida,
como una flor de tóxicos perfumes.

Al tiempo que me embriagas, me envenenas
y al tiempo que me matas, me acaricias;
eres la causa de mis hondas penas
y la fuente de todas mis delicias.

Y, así, te llevaré en lo más oculto
del corazón, que convertí en santuario
para ofrecerte, como a Dios, un culto
infinito, doliente, solitario.

Nunca saldrás a flor de labio, nunca
llegarás al oído de la Amada.
Será tu historia una quimera trunca,
sin un beso de amor ni una mirada.

SONATA DE OTOÑO

Sobre las mustias flores de los amores idos,
sobre las secas flores de los amores muertos,
que arrastran los otoños de todos los olvidos,
llora mi desolado corazón. Son las yerbas

despojos de los dichas fogones del pasado,
restos que dejó el tiempo — que todo lo consume—
de aquel jardín de cuando os amo, con desdichio, ha guardado
algún sutil effluvio del lejano perfume.

Yo aspiro esa fragancia. Vistud evocadora
tiene para mí espíritu, y el carajo destila,
ante mí, de las bellas amadas: de Lilianora,
Lily, Margot, Julieta, Genoveva y Lucila.

Dulces nombres remítate a los de aquellas mujeres
que encantaron mi vida. Con unción de plegaria
los pronuncian mis labios; los grabé en caracteres
indelebles, en lo íntimo de mi alma solitaria.

Con hilos de diamantes, tejí cada una de ellas
mi velo de ilusiones, en imperial derroche,
y son hasta hoy las dulces, las pálidas estrellas,
que hacen, con sus fulgores, menos negra mi noche.

A todas las recuerdo. Leonor, la quinceañera,
la de las crenchas áurcas, de ojos claros y azules,
que era como la imagen gentil de Primavera,
envuelta entre flotantes y sonrosados tules.

Toda tímida y casta, nimbaba su cabeza,
como aureola divina, un no sé qué de santo;
tenía en su mirada una vaga tristeza,
y, al verme, se llenaban sus pupilas de llanto.

Fue un idilio en el campo. La amé todo un estío,
y, cuando dejó trunco la suerte nuestro anhelo,
ella, fiel al recuerdo de ese único amor mío,
ya no pensó en el mundo, sólo pensó en el cielo.

Lily... Tenía el porte de una reina, tenía
el cutis más sedoso, el rostro más bonito,
el cuerpo más gracioso. Como un sol, encendía
la pasión en las almas, llevada a lo infinito.

Fue su amor un poema y fue una embriaguez loca
de inefables delicias, de tormentos crueles.
En el cáliz purpúreo de su divina boca,
como abeja golosa, libé todas las mieles.

Por gustar de esas mieles, por aquel embeleso
de sus labios quemantes, con que mi sangre ardía,
como lava candente de un volcán, por un beso,
por un beso tan sólo mi existencia daría.

Y Margot? Más que amante, para mí fue una hermana,
con su amor sin tormentas, con su amor suave y manso;
lo que al pobre viajero de la audaz caravana,
el oasis riente que le ofrece descanso.

Fue una buena hermanita, sin el fuego que exalta
la pasión: una hermana indulgente, la amiga
que nos da sus consejos, que perdona la falta,
que, en las horas más negras, los dolores mitiga.

Reclinado en su pecho, le contaba al oído
los anhelos, las luchas y las penas del alma,
y, amorosa, me hablaba, y era el blando sonido
de su voz un beleño de consuelo y del calma.

Cual envuelta en las ondas de una luz peregrina,
toda de nieve y rosas, esa grácil Julieta,
que era una delicada y frágil figulina,
frívola y deliciosa, seductora y coqueta.

Parecía su risa como hecha de cristales
de una fuente armoniosa. Se reía, se reía,
y, esquiva y atrayente, iba sembrando males,
a su paso, inconsciente, sin saber lo que hacía.

Era una mariposa que, siempre en movimiento,
iba girando en torno de la flama, ligera,
y tenía el secreto de ese dulce tormento.
goce y dolor a un tiempo, que embriaga y desespera.

En cambio, a Genoveva, el fuego consumía
de trágicos amores, de imposibles anhelos.
Era una apasionada que en el alma sentía
la ternura inefable y el furor de los celos.

Su triunfal hermosura era digna de un trono.
Sus ojos llameantes, más negros que la noche,
la pasión encendía en horas de abandono
y humedecía el llanto en horas de reproche.

Sus mejillas llevaban dos graciosos hoyuelos;
su boca era un joyero de perlas y rubíes,
y su cuerpo de mora habría dado celos,
por sus líneas perfectas, a las mismas huríes.

Y Lucila... Este nombre me trae la memoria
de los días floridos, por los cuales añoro.
Por ella he conocido lo que será la gloria,
con ella he poseído el más rico tesoro.

La cita ambicionada... En un suburbio feo,
la estancia acogedora, donde ella, toda mía,
al escuchar la alondra que inquietaba a Romeo,
decía: "no es el alba, espera todavía."

Las palabras que tiemblan de emoción... la promesa
de la pasión eterna... exquisitas ternuras...
una boca fragante que con ardor me besa
y brazos que me estrechan... las divinas locuras...

Ella y yo nos quisimos con todos los cariños,
con lágrimas y risas, con ese amor profundo
que creemos perdurable, porque éramos dos niños
que en un rincón humilde limitamos al mundo.

Y, luego, el golpe rudo que para siempre trunca
el más bello poema, y, al golpe de la suerte,
tan sólo una palabra inexorable: "Nunca".
y el implacable olvido, más cruel que la muerte.

.....
.....

Amadas, bienamadas, que me abristeis las puertas
del corazón, amadas que el placer en mi vaso
escanciasteis un día, sólo sois flores muertas,
sólo sois flores secas que contemplo, al ocaso.

Una ráfaga helada del invierno me azota
y se lleva esas flores con furor y arrebatada
los despojos dolientes. Ya mi vida está rota,
estoy solo, muy solo y el hastío me mata.

A UNOS OJOS

Ojos transparentes, profundos, inquietantes,
que tenéis la fijeza de las aguas dormidas
de un estanque, sois como dos espejos brillantes
que tan sólo reflejan el fuego de otras vidas.

Hay en vuestras pupilas esa quietud extraña
de las pétreas esfinges, la quietud de lo inerte.
Con la mirada vuestra, que la emoción no empaña
ni la pasión enciende, debe mirar la muerte.

Sois bellos y sois fríos como las niveas cumbres;
tenéis — oh, peregrino conjunto — a un tiempo mismo,
terribles hosquedades y raras dulcedumbres.
Vuestra atracción evoca la atracción del abismo.

Os temo y os adoro; vuestra engañosa calma
me espanta y me seduce, y, así, mientras quisiera
no sentir vuestro hielo, por vislumbrar una alma
tras de vuestros cristales, toda mi vida diera.

MIRAME ASI

Mírame así; en la noche oscura de mi vida
tu mirada es un dulce y divino arrebol;
agonizando siento que corre por mi herida
un haz de sangre nueva que purifica el sol.

Tú eres mi nueva vida, tú eres la Primavera
que llega hasta mi estéril y yermo corazón
para encender la llama de la emoción primera
y enflorcer el seco rosal de mi ilusión.

Dame el aire de gracia, la infinita dulzura
de tu sonrisa—bella rosa de suavidad—
y, vertiendo tu esencia en mi inmensa amargura,
ábreme los caminos de la Felicidad.

A T I

Ingrata que con desdenes
Pagando estás mis amores
Y que a calmar mis dolores
Esquiva, hasta mi no vienes

Depón, por fin, tus enojos,
Tu hermoso rostro sonría
E ilumine al alma mía
La luz de tus negros ojos.

Depón, mi bien, tu rigor,
Cesen, por fin, tus agravios;
Ven a escuchar de mis labios
La inmensidad de mi amor.

Ven a escuchar, en la calma
De esta noche sin rumores,
Endechas de mis amores,
Tiernos suspiros del alma.

Convida al amor la noche!
Modulando trinos suaves,

Adurmiéronse las aves
Y plegó la flor su broche.

Naturaleza en esta hora
Dormida está y descansando;
Tan sólo queda velando,
Triste el alma que te adora.

Si herido por tu desvío
Miraras mi corazón,
Cabida a la compasión
Dieras en tu alma, bien mío.

Mientras más ahondas la llaga
De mi pecho adolorido,
Con afecto más rendido
El tantos desdenes paga.

Creí conmovier, mi dueño,
Su insensible corazón;
Mas tan hermosa ilusión
Del alma fue solo un sueño.

Qué triste! sí, en mi afán loco,
Sueño yo en felicidad,
Del dolor la realidad
Tan sólo, infelice, toco.

Y es, entre tantos dolores,
;Infausto sino faltal!
Mi vida desierto erial
Sin cantos, aves ni flores.

Si, calmando mis tormentos,
Pudiera verme en tus ojos
Y oír de tus labios rojos
De amor los suave acentos;

Si tú me amaras y un día
Me viera yo entre tus brazos,
Mi corazón en pedazos
De placer estallarí!...

Mas ay! no escuchas mis quejas,
Luz de mis dulces amores;
Y mi canto, en sus rumores,
Que se lleve el viento dejas.

Ingrata, de amargas hieles
Sigue mi vida llenando,
Que he de ir con amor pagando
Tantos desvíos crueles.

Y es que yo, prenda querida,
De tus encantos cantivo,
Alma mía, sólo vivo,
Porque tu amor es mi vida.

Pues es tu divino acento
De celestial dulcedumbre
Y de tus ojos la lumbre
De la luz del sol tormento.

Si es que te veo deliro
Con amante frenesi,
Y si te ocultas de mí
Con pena amarga suspiro;

Y si una sonrisa, al fin,
De tus frescos labios brota,
Mi vida es cual dulce nota
Del laud de un serafín.

Si es que tanto y tanto duelo
Acaba con mi existir,
Bendiciendo he de morir
Tu nombre con dulce anhelo.

Ingrata, de amargas hieles
Sigue mi vida llenando,
Que he de ir con amor pagando
Tantos desvíos crueles.

FRAGMENTO

Estás en cuanto yo amo, en la alta cumbre austera
que eligen los cóndores para hacer su nidal,
y en los valles jocundos de eterna primavera
donde enrojece el fruto y se dora el trigal.

PLEGARIA DE AMOR DOLIENTE

Señor, tú que apuraste las más acerbas hieles
y que ascendiste toda la escala del dolor,
no tuviste, entre todos tus suplicios crueles,
ninguno que igualara a este mal del amor.

Tu alma fue un claro arroyo, de aguas puras y quietas,
cuyo seno tranquilo no agitó la pasión
y nunca conociste las borrascas secretas
que se desencadenan dentro del corazón.

Encerrado en la torre de tus castos anhelos,
no te hirió la mirada de ninguna mujer,
ni, cual jauría hambrienta, te asaltaron los celos
ni la duda maldita emponzoñó tu ser.

Como un rico tesoro, el don de tu cariño
diste a la miserable, doliente humanidad
y en las vidas humildes tu espíritu de niño
vertió, como un perfume divino, su piedad.

No sentiste caldearse tu sangre con la llama
que devora y consume, como incendio voraz
ni sufriste —oh, Profeta— el tormento del que ama
y vanamente busca un minuto de paz.

Fue tu pecho un sagrario de quietud: tus latidos se ajustaron a un ritmo compasado e igual, y, en tus noches de ensueño, no turbó tus sentidos el encanto maldito del misterio sensual.

Una tarde, a tu vera se acercó Magdalena y, besando tus plantas, puso en ellas la unción de perfume y de llanto; mas en tu alma serena no encontraste para ella sino el dulce perdón.

Y era llena de hechizos la gentil pecadora — no se vió en Palestina otra belleza igual — pero, a pesar de toda su gracia tentadora, fuiste para ella sólo el Cordero pascual.

La carne es la tristeza. Rabí, qué bien hiciste en huir del deleite falaz de la mujer.

La carne es la locura fatal, y nada existe más amargo que el fondo del vaso del placer.

Yo que apuro en mi vida sus venenosas heces y que en mis venas siento, más vivo cada vez, el fuego de infinitas y locas embriagueces, oh, Señor Jesucristo, bendigo tu esquivéz.

Por encontrar la fuente que calme este delirio que agita mis sentidos y turba mi razón, trocara con el tuyo, gustoso, mi martirio y por tus llagas todas, la de mi corazón.

Sobre esa herida abierta derrama tu befeño, dulce y sabio Maestro de la Serenidad, y en mis días aciagos y en mis noches sin sueño pon, como un milagroso bálsamo, tu piedad.

En las hondas tinieblas, voy sin rumbo y sin tino, llevando cual tú a cuestras la cruz de mi pasión, y, exánime, he caído, en medio del camino, hasta que me confortes con tu consolación.

Señor, no pido dichas. En el cruel sendero dejé pedazos de alma que me arrancó el dolor. Sólo anhelo la dádiva de paz y sólo quiero un talismán de olvido para mi mal de amor.

AMOR, DIVINA HERIDA;

Jesús, mi buen hermano, cuando yo te pedía
un talismán de olvido para mi mal de amor,
era porque, en el vértigo de mi pasión, tenía
turbados los sentidos y la razón, Señor.

Mis labios traicionaron al corazón; mentía
cuando yo te rogaba que arranques mi dolor.
Ese dolor encierra toda la dicha mía,
y subo a mi Calvario, Rabí, como a un Tabor.

Jesús, mi buen hermano, déjame con mis hieles
y mis tristezas hondas y deja que, hasta cuando
en mí alicente la vida, mi llaga esté sangrando.

¿Qué importa que me hieran los abrojos crueles,
si ella, mi Bienamada, con su mano piadosa,
en vez de cada espina, me ofrecerá una rosa?

LA VIDA ES ASI

Princesita loca,
rubia Margarita,
que, envidiada de todas las demás princesas,
en los ojos llevas dos lindas turquesas
y un rubí en la boca;
dulce princesita,
la flor más galana de todas las flores,
no flores... no flores,
porque, en tus anhelos,
lograr no has podido tocar a los cielos.

Bajo el suave halago
de la noche en calma, temblaba en el lago
la luz de una estrella.
Al verla tan bella,
quisiste alcanzarla, corriste hacia ella
con ligero paso,
tal como los vuelos de las mariposas,
y, cuando inmergiste tus manos — dos rosas,
dos rosas fragantes —
en el terso espejo
de la linfa clara;
entre el torbellino del agua, el reflejo
no brilló como antes,

se apagó, y el astro
escondió la cara,
sin dejar ni rastro.
Quedaste perpleja,
quedaste indecisa;
tu boca bermeja
quebró los cristales de su alegre risa,
y, llena de enojos,
ante el desencanto,
un velo de llanto,
empañoó el divino fulgor de tus ojos.

Rubia Margarita, me angustia tu pena:
nunca tan amargo desconsuelo ví!
Rubia Margarita, tu dolor serena;
¿qué quieres, princesa?... la vida es así.

El hombre es un niño
que vive de ensueños.
Con locos empeños,
va en pos de la dicha y en pos del cariño,
y dicha y cariño son vana ilusión.
Nos muestra, a lo lejos, su luz la esperanza,
su luz de ficción,
que nunca se alcanza.
Corremos tras ella,
e igual a tu estrella,
igual al lucero, brillante y burlón,
que alumbra esta noche tranquila de estío
al tiempo de asirla, tan sólo el vacío
nos deja en las manos y en el corazón.

Rubia Margarita, me angustia tu pena:
nunca tan amargo desconsuelo ví!
Rubia Margarita, tu dolor serena;
¿qué quieres, princesa?... la vida es así.

DOLOR DIVINO

Dulce amor solitario y escondido,
amor, mi gran amor, antiguo y nuevo
que, como herida, siempre abierta, llevo
dentro del corazón adolorido;

ha tiempo que tus hieles has vertido
en esta copa de amargor que bebo;
mas, a pesar de todo, no me atrevo
a librarme de tí con el olvido.

Eres como una llama que consume
todo mi ser, como sutil perfume
que me embriaga y me mata lentamente.

Eres dolor, pero un dolor divino,
dolor tan inefable y peregrino
que como un goce singular se siente.

MORIR

Morir! Está ya roto mi escudo, está mi vida,
mi vida toda tuya, destrozada como él.
Y siento que me mata esta incurable herida
que por ser de tu mano es más honda y cruel.

Te vas, bella y esquiva, por el valle florido
que, juntos y estrechados, recorrimos los dos:
te vas con el silencio, hermano del olvido,
sin volver la mirada y sin decirme adiós.

No tornarás ya nunca por el viejo camino
donde aún repite el eco tus palabras de amor;
quedo desamparado en brazos del destino.
El dolor es la lepra y hay que huir del dolor.

¡OH AMADA, OH BIEN AMADA!

Oh, Amada, oh, Bienamada!
el milagro de amor de tu mirada
ha dejado mi noche constelada.

Hay un florecimiento
de estrellas en mi oscuro pensamiento,
como en el infinito firmamento.

Y es mi alma una gran rosa
de luz, una lira luminosa
divinamente dulce y armoniosa.

Porque — astro y melodía —
has venido a llenar la vida mía
hasta ayer tan banal y tan vacía.

TE LLEVO AMADA MIA

Te llevo, Amada mía,
dentro del corazón como una llama
que arde sin consumirse. Cada día
mi amor con más anhelo te reclama.

Dentro del pensamiento
te llevo como un sol, oh mi Adorada!
y aquí, en mi ser, eternamente siento
el calor y la luz de tu mirada.

Y aunque ponga la ausencia
entre los dos un infranqueable abismo,
estás tan vinculada a mi existencia
que formas como parte de mí mismo.

JUNTO A TI

Como es de breve el tiempo, amada mía,
cuando estoy junto a ti; como quisiera
que todo lo fugaz de cada día
una infinita eternidad se hiciera.

Tengo ansia de vivir para quererte,
para sentirme tuyo, y me amilana
la visión de la ausencia o de la muerte
que nos podrían separar mañana.

Bien sé que es este amor como una herida
que ha abierto en nuestras almas el destino;
pero es toda la vida de mi vida,
toda la luz que ahumbró mi camino.

Cuando esa luz a mis pupilas falte
y en mí la llama del vivir no encienda;
cuando tu blanca mano ya no esmalte
de suaves rosas de pasión mi senda,

ya nada habrá que me seduzca, nada
que pueda libertarme del hastío.
Seré como hoja seca, arrebatada
por el viento, flotando en el vacío...

AUSENCIA

Desde que no te veo
te siento menos mía,
y, ausente, Amada, de tus ojos, creo
que flota mi existencia en el vacío.

Llevo en mí un infinito
anhelo, una ansia loca
de estrecharte en mis brazos. Necesito
que me embriague el perfume de tu boca;

que brille tu mirada
sobre mi noche oscura
y tu sonrisa vierta — oh, Adorada —
en el vaso de mi alma su dulzura;

que — música divina —
tu voz llegue a mi oído,
mientras en tu regazo se reclina
mi doliente cabeza de vencido.

TE HE VISTO

Te he visto, y voy llevando el alma plena
de sol y de bondad. Fue tu mirada,
en la noche insondable de mi pena,
tal como una alborada.

Te he visto, y, al pasar, en la indecisa
visión vertiginosa del camino,
en mis hondos dolores tu sonrisa
fue un bálsamo divino.

Te he visto... Inenarrables emociones
sentimos, y, del goce en el exceso,
fue el latido de nuestros corazones
como impalpable beso.

TE VAS.

Desde que tú te apartas de mi lado,
muere de soledad, muere de frío,
mi pobre corazón, dulce bien mío,
cómo si fuera un templo abandonado
que quedó sin su Dios mudo y vacío.

Te vas, te alejas ya, como viniste
a mí, con el encanto de un ensueño
incfable y fugaz, breve y risueño.
Has sido sólo en mi existencia triste
una bella ilusión, un loco empeño.

Es total mi impotencia de vencido
y ni siquiera intento detenerte.
No hay un dolor igual al de no verte;
pero sé, por mi mal, que es el olvido
más duro e implacable que la muerte.

ODIO

Gota a gota destilas
del corazón el odio y, gota a gota,
Brotó de la hosquedad de tus pupilas;
de la acritud de tus palabras brotó
ese odio con que lucho.
Estérilmente en tus miradas miro,
en el acento de tu voz escucho
y hasta en tu mismo aliento lo respiro.

No hay más dura cadena
que la que está ligando nuestras vidas,
porque van tu venganza con mi pena
y siempre juntas, para siempre unidas.

LLEVO EN MÍ AL ENEMIGO

No puedo libertarme del propio pensamiento!
A su yugo me encuentro, para mi daño, uncido,
y vanamente imploro la piedad y el olvido,
estando en mí la causa de mi tenaz tormento.

Llevo en mí al enemigo. Mi martirio es el lento
del Titán Prometeo. Soy, como él, un vencido,
y, como él, mi cerebro destrozado y roído
tengo ya por un buitrc insaciado y hambriento.

¿Cómo huir de su garra torturante, que quita
el descanso a mis días y a mis noches el sueño?
¿Cómo huir de mí mismo?... Oh! qué inútil empeño!

Mi dolor será eterno y mi angustia infinita;
porque, en fusión absurda, a mi destino plugo
a un tiempo convertirme en víctima y verdugo.

CUANDO LOS AÑOS PASEN

No soy ya ni la sombra de lo que tú creíste.
Consume mi organismo una mortal dolencia
que me roe y me mata, y mi espíritu triste
se extingue lentamente, como sutil esencia.

Busco en vano en tus ojos aquella llama antigua
de amor, con que encendiste mi corazón doliente,
y no puedo encontrarla. El tiempo que amortigua
y que lo borra todo te dejó indiferente.

Ya en tu voz no palpita la incalculable ternura
de la pasión, no tiene ese temblor divino
de la emoción suprema; hoy tu palabra es dura
e hiriente, como la hoja de un puñal asesino.

Yo hice vibrar tus nervios en otrora; en mis brazos —
de dolor y de goce, a un tiempo, estremecida—
te vi como en un éxtasis. Y todos esos lazos
han quedado deshechos y, con ellos, mi vida.

Quisiera que esa vida fuera como un renuevo
en mi cuerpo gastado por el dolor, quisiera
que a esta alma que rasgada por mil heridas llevo
tornara un milagroso soplo de primavera.

Entonces, Bienamada, con la diadema de oro
de la gloria, tu frente mi mano ceñiría
y pondría a tus plantas un divino tesoro
de juventud, de ensueño, de luz, de poesía.

Y aún podrías amarme. Carifosa y sumisa,
como en aquellos días que mi recuerdo evoca,
me traerías un rayo de sol en tu sonrisa
y me dieras el beso más dulce de tu boca.

Oh, imposible delirio que mi cerebro agita!
Tu olvido me condena al más duro holocausto.
Para que tú volvieses a ser mi Margarita,
no conozco el secreto del elixir de Fausto.

Y por eso te alejas, porque es estéril yermo
donde nada florece ni alienta el alma mía.
Me quedo desolado, dolorido y enfermo
y tú te vas en busca de una nueva alegría.

Te vas; mas, cuando pases los años tras los años
y cuando ya no seas sino una viejecita,
pensarás muchas veces, harta de desengaños,
que sólo mi ternura fue inmensa e infinita.

LUCHAR? Y PARA QUE?

Luchar? y para qué? Ya el desaliento—
parálisis del alma — me ha invadido,
y no tiene ni luz mi pensamiento
ni fuerza ya mi corazón vencido.

Fuiste toda mi fe, todo el aliento
de la doliente vida que he vivido,
y hoy resistir no puedo a este tormento
a que tú me condenas con tu olvido.

Tras el golpe mortal con que me abate,
en esta hora cruel, tu indiferencia,
abandono el palenque de combate,

y, cayendo en la vera del camino,
me entrego, sin inútil resistencia,
a toda la impiedad de mi destino.

EL BESO DEL OLVIDO

No esquives tus miradas de la mirada mía,
no creas que me arranque la verdad ni un reproche
ni una queja. Hace tiempo que, por mi mal, sabía
que siempre al claro día le sucede la noche.

Es tu piedad inútil y tu silencio vano:
lo que tus labios callan mi corazón lo advierte.
Háblame, nada temas. Yo besaré tu mano,
cuando ahonde aquí en la herida de mi alma. Seré fuerte.

Llegaste a mi existencia como una primavera
plena de luz, y aromas y ritmos, y encendiste
esa llama divina de la ilusión primera,
en las cenizas yertas de mi pasado triste.

Tu amor, cifra suprema de todos los amores,
fue, así, para mi vida, un sol. Piadosa y buena,
ungiste con tus óleos más blandos mis dolores
y me diste el remanso de una dicha serena.

Purificaste todo mi sér, y los abrojos
de mi tedio y de mi odio florecieron en rosas.
Mis ojos, al bañarse en la luz de tus ojos,
tras un velo de encanto vieron todas las cosas.

Tú me hiciste más bueno; todas mis asperezas
borraste con tu mano, de raras suavidades.
Fuiste libertadora de mis hondas tristezas
y la inefable fuente de mis felicidades.

Y, hoy, cuando extinto el fuego de tu pasión, no aciertas
a decirme que la hora llegó del abandono;
hoy, cuando están ya todas mis ilusiones muertas,
aun bendigo tu nombre, oh! Amada, y te perdono.

Yo sé que en tu romántico corazón atesoras
ternuras infinitas y sé que tu desvío
también a tí te hiera, y que sufres y lloras
por mi angustia indecible, por el tormento mío.

Y no quiero que vele tus miradas el llanto
ni en tu pecho se claven mis agudos puñales.
Por evitarte sólo una hora de quebranto,
aceptaría toda la eternidad de males!

Déjame así, entregado a mi propio destino.
Tremos en el mundo por sendas diferentes:
tú irás hollando rosas por tu triunfal camino
y yo iré por el mío entre espinas hirientes.

Vas a decirme, acaso, que mi razón delira,
talvez vas a decirme que mi dolor me engaña;
pero no me lo digas. Piedad es tu mentira,
y a esa piedad prefiero la verdad que me daña.

Ni tú ni yo podemos, en inútil empeño,
tornar a mirar dos almas que separó la suerte.
Adiós!... vas tú a las playas divinas del ensueño;
yo voy...? quién sabe a donde?... acaso hacia la muerte.

Vuelvo a hundirme en mi noche; tomo otra vez el peso
de esta cruz que me abrumba, y parto dolorido,
sin rumbo ni concierto. Dame un último beso.
Quiero que con un beso de amor selles tu olvido.

LEJOS DE TI

Mi alma mía, estoy triste y acongojado. Siento
un temor impreciso y una extraña ansiedad;
emprescan sombrías nubes mi pensamiento,
como si presagiaran cercana tempestad.

Como un dogal me oprime la angustia; un desaliento
definito invalida toda mi voluntad;
atormenta mi espíritu cruel presentimiento
y hasta me infunde miedo mi propia soledad.

El silencio me envuelve; en la finebla muda,
la sospecha me roe y me asalta la duda.
Como una gran herida, sangra mi corazón,

y lejos de tu lado, dulce Adorada mía,
no me encuentro, en esta hora de mi larga agonía,
quien de mí aparte el cáliz de la desolación.

DOLOR QUE SE AVECINA

Dolor de la vejez... soledad, frío;
recuerdo del placer que no se alcanza;
tumba en que sepultada la esperanza
dejan los desengaños y el hastío;

Dolor de la vejez... hondo, vacío
del alma; todo gris en lontananza;
vida ya mustia que al olvido avanza,
como hasta el seno de la mar, el río;

yertos anhelos del ayer, perdidos;
ceniza sepulcral de amores idos,
que lo inestable de la dicha advierte;

Dolor de la vejez, ya te presiento
y ausío, para huir de tu tormento,
la piedad infinita de la muerte.

TARDE VIENES A MI

Tarde vienes a mí, cuando agoniza,
como una última rosa del estío,
mi juventud; cuando es sólo ceniza
la ascua viva de ayer, en mi mar frío:

cuando, al paso incesante de los años,
mi fe se extinguió ya; cuando no creo,
a travéz de mis muchos desengaños,
que es el amor sino fugaz deseo.

Cuando he iniciado el áspero descenso
de mi camino, con la planta herida,
y en las tristezas de la muerte pienso
más que en los regocijos de la vida.

En silencio me miras, y esa pura
mirada de tus ojos — luz y fuego —
tiene la suavidad y la dulzura
de una canción y la expresión de un ruego.

Y, cuando así me miras, yo quisiera
consumirme en tu llama eternamente;
mas ¿cómo ha de mustiar tu primavera
de mi otoño la ráfaga inclemente?

EN SILENCIO

Mi dolor es callado; yo tengo
el supremo pudor de mis penas,
las oculto con ansia de avaro
y no quiero que nadie las sepa.

Mi dolor es callado; no busco
los consuelos de las confiancias
ni deseo vaciar en otra alma
la amargura que mi alma envenena.

Mi dolor es callado; yo ahogo
en el fondo del pecho mis quejas,
y a su oscura morada retornan
y a salir de mis labios no llegan.

Mi dolor es callado; insaciable,
cada día, en sus furias, me deja —
agitando invisible sus garras —
en mi sér, más heridas abiertas.

Mi dolor es callado; en silencio
yo devoro mis hondas tristezas,
y en mis labios enfloro sonrisas
y levanto la frente serena.

A LA SEÑORITA

MARIA ESTHER IRARRAZABAL

(Con motivo de la Embajada enviada por Chile,
para la ceremonia de la Trasmisión del Mando,
en 1924)

Dios te salve María
Esther, de encantos plena
Y plena de virtud y simpatía
Por hermosa y por buena,
Dios te salve, María.

Chile, para mostrarnos su nobleza,
Escogiendo el mejor entre sus dones,
Te envió a tí, flor de gracia y de belleza,
Para estrechar aún más los corazones.

Y unir supiste a nuestras dos Naciones
Con un lazo tan fuerte
Que dejás hoy, gentil Embajadora,
Su amistad para siempre vencedora
Del tiempo, de la insidia y de la suerte.

A AIDA I, Reina de la Belleza

Magstad, princesita de mirada hechicera,
Princesa de leyenda por lo bella y gentil,
Sus traes, con tu encanto, toda la primavera,
Tal como una radiante mañanita de Abril.

Magstad, en tu frente fulgura una diadema,
Como ninguna excelsa: tus raras perfecciones;
Tu cetro es el más alto, es tu gracia suprema,
Y tu imperio el más grande: todos los corazones.

Que eres luz, y ritmo y perfume: porque es
Tu alma —toda virtudes— una flor de bondad,
Como mi poesía a tus augustos pies,
En señal de homenaje rendido, Magstad.

A ISABEL I, Reina de la Belleza

Hubo, hace siglos, una excelsa monarquía
y en ella hubo una reina de preclaro nombre,
que, en su egregia persona, la heroicidad de un hombre
al dulce sentimiento de la mujer unía.

Con sus joyas, un mundo ganó para sí un día
aquella alta princesa que llevaba tu nombre,
y el colosal imperio fue tal que —no te asombre—
en su inmenso dominio el sol no se ponía.

Gloriosa fue la empresa y fue insigne la hazaña;
mas, Isabel, tú emulas a esa reina de España.
Si ella conquistó América y les venció a los moros,

tú, en cambio, Soberana de ensueño, con los dones
de tu belleza augusta y los regios tesoros
de tus gracias, conquistas todos los corazones.

MINICA

(En el álbum de la Señorita Carmela Malo A.)

Éres más bella que un ensueño. Plena
De gracia y magestad, como las diosas,
De tus líneas angostas y armoniosas
La hermosura triunfal surge serena.

—Así, del Mito en la grandiosa escena,
De las espumas albas y radiosas,
Coronada de mirtos y de rosas,
Afrodita surgió sobre la arena.—

Estás de hechizos tantos adornada
Y con tan peregrinas perfecciones
Sabes avasallar los corazones.

Que, por el don de amor de tu mirada
Y la gloria inefable de quererte,
Sería dulce hasta la misma muerte.

MARES

Miré al mar. . . En la inmensa lejanía
una ola, tras otra ola se rompía,
para a mis plantas fenecer muy quedo.
Y el mar no me dió miedo!

Miré a mi alma, otro mar, un mar en calma.
En sus negros turbiones,
flotaban mis marchitas ilusiones. . .
Y me dió miedo mi alma!

FILOSOFÍAS

Soy un estafío buzo de mi vida. Yo mismo
suelto en la escafandra de la filosofía
me hundo en mi propio corazón, abismo
insoluble y profundo de melancolía.

En ese mar salobre y amargo, en lo más hondo,
bajo las negras olas que la borrasca agita,
con celo cauteloso, como de avaro, escondo
mi tesoro intangible, mi esperanza infinita.

Son restos del naufragio de mi alma; son las gemas
y el oro cincelado con todos los primores;
perlas cristalizadas en angustias supremas,
oro purificado por íntimos dolores.

NOTA:

Por un error involuntario, error que se debe a la falta de corrección en las pruebas por parte de la Imprenta, en esta obra se han deslizado algunas faltas, tales como: omisión e inversión de estrofas, cambio de versos en la estructura del poema, repetición de composiciones con diverso título, etc., faltas que, sin escapar al mejor criterio del lector, serán disculpadas y enmendadas en debida forma.

AGRADECERIAMOS

se sirvan acusar recibo, notas y canjes de esta obra, a la señora doña: Inés Uquillas v. de Sánchez, calle Oriente N°. 141

Quito — Ecuador S. A.

INDICE

	Págs.
Epitafio de Nicolás Jiménez	3
Epitafio	33
EPICAS	
Epico	37
Epico de Arago	39
Epico de los heroes de Colombia	41
Epico a España	45
Epico	53
Epico	55
Epico glorioso	59
Epico a los heroes	61
Epico de Mentalvo	69
Epico a la Prusia	71
Epico González Suárez	79
Epico del porvenir	81
Epico de Guayaquil	87
Epico a Sáenz	89
Epico	91
Epico precioso	97
Epico a la hora	99
Epico	101
ELEGIACAS	
Elegia	109
Elegia	111

El Jardín Hogareño	113
Alma de artista	115
Cementerio aldenno	119
Dos de Noviembre	121
Madre	123
Resignación	125
Los expositos	127
Morir..... Morir..... Dormir.....	131
Mi dolor	133
Madre mía, he llorado!	135
Los leprosos	137
Vida no has sido buena	141
La violeta	143
Oración por los niños tristes	145
No dormiré en la muerte	147
La casa solariega	149
Tristitia rerum	151
En el día de la madre	155
Una lágrima	159
Bruma eterna	161
Al crucifijo de su mesa	163
Elegía	165
A la virgen de la soledad	167
Morir callando	169
Mis versos	171
¡Piedad!	173
En la paz campesina	175
1919	177
1920	179
Mi juventud ha muerto	181
Desaliento	183
Para la hora suprema	185
Al final del camino	187
La noche en que yo muera	189
Alea jacta est	191
El placer de morir	193
El maestro	195
Amor, dolor	197

DESCRIPTIVAS

En la era	201
Parva domus, magna quies	205
¡Oh, divina noche!	211
Me voy muy lejos	213
En la laguna de San Pablo	215
Medio día	217
La vieja noche buena	219
Invierno	223
A la luz estival	225
La tarde en Guápulo	227
La plegaria del silencio	229
Al final del estío	231
El poema del perdón	233
En la paz de la hora	237
Acuarela	239
Eñafes	241
El aguestal	243
Al Pastaza	245
Elfo Verde	247

POESIAS VARIAS

	Págs.
Amor	251 \pm N
El alba en la tiniebla	253
En la paz de la tarde	255
Aquella tarde	257
La agonía de las rosas	259
Crepúsculo	261 \checkmark
Hermana suavidad	263
Verde copa, mi musa de poeta	265
A una artista	267
Lazos del recuerdo	269
Eres así	271
Eres inexorable	273
Como tomo leer en tu frente	275
Ven, acércate más	277

El Jardín Hogareño	113
Alma de artista	115
Cementerio aldeano	119
Dos de Noviembre	121°
Madre	123
Resignación	125
Los expositos	127
Morir..... Morir..... Dormir.....	131°
Mi dolor	133
Madre mía, ¡no llores!	135
Los leprosos	137
Vida no has sido buena	141
La violeta	143
Oración por los niños tristes	145
No dormiré en la muerte	147
La casa solariega	149
Tristitia rerum	151
En el día de la madre	155
Una lágrima	159
Bruma eterna	161
Al crucifijo de su mesa	163
Elegía	165
A la virgen de la soledad	167
Morir callando	169
Mis versos	171
¡Piedad!	173
En la paz campesina	175
1919	177
1920	179
MI juventud ha muerto	181
Desaliento	183
Para la hora suprema	185
Al final del camino	187
La noche en que yo muera	189
Alea jacta est	191
El placer de morir	193
El maestro	195
Amor, dolor	197

DESCRIPTIVAS

En la era	201
Parva domus, magna quies	205
¡Oh, divina noche!	211
Me voy muy lejos	213
En la laguna de San Pablo	215
Medio día	217
En la vieja noche buena	219
Invierno	223
A la luz estival	225
La tarde en Guápulo	227
En la plegaria del silencio	229
Al final del estío	231
El poema del perdón	233
En la paz de la hora	237
Acuarela	239
Haños	241
El aguacatal	243
Al Pastaza	245
Elfo Verde	247

POESIAS VARIAS

	Págs.
Amor	251
El alba en la tiniebla	253
En la paz de la tarde	255
Aquella tarde	257
La agonía de las rosas	259
Crepúsculo	261
Hermana suavidad	263
Verde copa, mi musa de poeta	265
A una artista	267
Lazos del recuerdo	269
Eres así	271
Eres inexorable	273
Como tomo leer en tu frente	275
Ven, acércate más	277